

MARÍA SAINT JEAN

***NO ME DEJES EN DOMINGO***

*En memoria de María Saint Jean  
Su voz y sus historias  
viven para siempre  
en el canto de las casuarinas.*

Querido Chascomús:

A través de esta novela espero que se oigan los sentimientos profundos que no se pueden traducir a la palabra, los sonidos de mi alma.

El inmenso amor que te tengo, Chascomús, a tus aromas, a tus susurros milenarios, está en cada una de estas páginas. Quiero verte crecer y prosperar, mi amado pueblo. Aquí pertenezco; aquí quedé enredada entre los abrazos mágicos de mis amadas casuarinas.

*María Saint Jean*

## PRÓLOGO

El contenido y esencia de esta magnífica obra [...] revela, sin perjuicio de su calidad literaria, el temperamento de una autora que con destacable capacidad de observación y percepción de los sentimientos humanos, logra poner al desnudo, la endeblez moral, el egoísmo, y la exacerbada vanidad, de ciertos personajes o personalidades de un pueblo, como tantos, que ajenos a toda valoración que no sea la de preservar a resguardo su vana condición social, exponen su dignidad al menosprecio que tarde o temprano, sin que valgan escudos o linajes, culmina siendo el costo ineluctable de tan absurdos anhelos distintivos.

“No me dejes en domingo”, constituye una realización que, no exenta de matices, verdaderamente poéticos, fusiona, con emotivo apasionamiento, el romanticismo con el drama, la pasión con la intolerancia y el amor con la porfía de los poderosos. Una verdadera joya de la literatura que impacta y conmueve hasta las lágrimas.

Como epílogo de este prólogo cuya solicitud me ha honrado, digo: que María Saint Jean, creadora de esta producción, claramente descriptiva de los sucesos y fisuras terrenas, es una de esas personas que, esquivas a las palmas del aplauso por modestia innata, se ha ganado, merecidamente, la definición, de ser una mujer-exponente, que, sin aderezos ostentosos, ha logrado traducir en palabras de simpleza absoluta, los rastros más ocultos de la vida misma.

Juan Miguel Vian

## EMILCE

Llegué a la esquina de Alsina y Lavalle, a las tres de la tarde de un apacible y soleado abril chascomunense. Encendí un cigarrillo para hacer tiempo, ya que no tenía una idea clara de lo que haría en la casa de los Unzué, una vez que tocara el timbre.

La casa colonial, pintada a la típica usanza bonaerense —pared blanca con un alto zócalo marrón claro, postigones verde inglés y rejas negras en las ventanas altas y angostas— ocupaba la esquina, explayándose media cuadra por Lavalle y un cuarto por Alsina. Recorrí toda su vereda, crucé la calle para lograr una visión completa de la casa y observé que una de las ventanas estaba abierta dejando pasar el sol. No reparé en la mujer que estaba allí hasta que vi su mano agitándose. Miré hacia atrás pensando que no era a mí a quien se dirigía, pero al ver que me encontraba solo, en aquella desierta siesta pueblerina, crucé.

Era una mujer mayor, le calculé ochenta años, estaba sentada en un sillón hamaca de esterilla. Tenía las canas de un tono lila suave, recogidas en un peinado impecable, las uñas pintadas de rosa pálido enmarcaban sus manos largas y descarnadas y llevaba puesto un vestido negro de cuello alto. No me dio tiempo a presentarme ni a saludar, con voz serena y segura dijo:

—Yosí no está aquí.

—¿Cómo sabe que la busco? —pregunté sorprendido.

—Porque usted es periodista.

—¿Y cómo sabe eso también? —pregunté divertido por el juego de adivinanzas.

—Por el olor.

—¿Qué olor?

—A periodista —dijo sonriente y agregó— Déjenla en paz, bastante ha sufrido la pobre.

—No vine como periodista, o mejor dicho no busco una nota, sólo la historia verdadera.

Me miró unos instantes sin hablar y dijo:

—¿Quiere hacerme creer que vino de Buenos Aires para escuchar una historia que no le va a dar dinero?

—Sí, aunque no suene creíble es la verdad. Alguien cree que hay un eslabón perdido en esta historia y me envía a buscarlo.

— ¿Quién lo manda? —preguntó en tono desconfiado.

— No puedo decirlo.

—Si no confía en mí, tampoco voy a confiar en usted y deberá regresar sin historia.

Volvió a balancear la mecedora y retomó el rezo silencioso del rosario que tenía en sus manos.

—No puedo decirlo —repetí- pero ya no me miraba y fingía no oírme. Quedé unos minutos desconcertado, mirándola, hasta que sin decidirlo dije rápidamente: - Me manda el Juez.

Dejó de mecerse bruscamente, se incorporó hasta quedar sentada en el borde del sillón y con la mirada me preguntó por qué. Miré hacia abajo, empecinándome en las baldosas lustradas de la vereda y, con la conciencia intranquila, dije:

—Me une una larga historia con el Juez, tengo una deuda con él que no viene al caso, me pidió este favor, pero, si alguien se entera de esto, puede costarle caro. Cree que algo huele mal en este caso y que los abogados están sólo concentrados en el tema de la tenencia, que es lo que sus clientes les han pedido. He confiado en usted, le pido que, aunque no se digne a ayudarme, por lo menos guarde este secreto.

Dije todo aquello, apurado, con un solo aire y, recién después de haberlo hecho, la miré. Tenía los ojos cargados de lágrimas y dijo, no sé si a mí o al sol de abril que la tocaba:

—A usted lo manda Él, jovencito, no el Juez; ustedes son simples intermediarios. No cree en Dios ¿verdad? Lo puedo leer en su cara, pero tarde o temprano va a creer. Él le va a regalar esa oportunidad, no la desaproveche. Vaya hasta la puerta cancel que da a Alsina y entre sin llamar. Encontrará un patio español, siga derecho por la galería hasta la tercera puerta que vea a su izquierda, entrará a un pasillo, doble a la derecha y se enfrentará a mi cuarto. Lo espero.

Seguí el recorrido que me indicó y al llegar hasta la puerta de la habitación, la abrí incómodo, sintiéndome, no sé por qué, un intruso o un ladrón. Me esperaba de pie con gesto esperanzado. Se sentó en su mecedora haciéndome una seña para que me sentara en una banqueta a su lado, pero me detuve a observar aquel cuarto impecable, con muebles antiguos y majestuosos de roble oscuro. Una colcha blanca, evidentemente almidonada,

cubría la cama y bajo el vidrio del tocador, las fotos me atrajeron logrando que olvidara mi buena educación y fui a mirarlas. Creí que encontraría fotos de color sepia con viejos cogotudos de bigotes arqueados, pero me sorprendí al descubrir que la mayoría eran fotos a color. Ocho de ellas mostraban a una adolescente de sonrisa melancólica y mirada profunda, linda por donde se la mirara. En otras, se veía a un hombre en distintas etapas de su vida, entre los veinte y los sesenta años aproximadamente.

La voz de la mujer me volvió a la realidad.

—Ella es Yosi y él era mi hijo Augusto que murió el año pasado. Ellos dos son toda mi vida; uno está en el cementerio y si ella no está también allí, es gracias a su hija —aclaró con voz sin dejo de melodrama.

Dijo aquello mientras me tomaba de la mano y me llevaba suavemente hacia la banqueta.

— ¿Yosi es su nieta? — pregunté mientras nos sentábamos.

—Sí, mi única nieta.

— ¿Podría hablar con ella?

—No pierda el tiempo, ella no está aquí, vive en el campo y no piensa salir de allí hasta el lunes que empieza el Juicio. Si usted va en auto, no va a poder pasar porque la tranquera tiene candado y si decide saltarla y llegar a la casa a pie, sólo logrará caminar unos metros hasta que los dóberman lo detecten y lo saquen corriendo con un mal recuerdo en su trasero. De cualquier manera, no lograría nada, Yosi jamás habla del tema, ni siquiera conmigo que fui su confidente durante tantos años. Se encontraría usted con una mujer extraña que lo miraría de una forma vaga, como si le fuera imposible prestarle atención. Desde que aquel muchacho la dejó, ella quedó fuera del mundo real. El único dejo de normalidad que puede vérselo es el trato con su hija. Ha sido una buena madre, fuera de eso podría decirse que su vida es ficticia. Conmigo mantiene un trato desesperantemente cordial. “¿Cómo andás de salud, Emilce?”, pregunta al verme. Como verá no me dice abuela, siempre se lo prohibí, me parece deprimente. “No deberías fumar, Emilce”, me dice como si fuera uno más de la familia que me tiene harta con el tema. Hablando de fumar, ¿no tendría un cigarrillo? Cuando la mucama me los encuentra, los tira porque sabe que el médico me los tiene prohibidos.

Estuve a punto de decirle que no debería fumar a su edad, pero recordé a tiempo su despectivo comentario hacia los que se lo advertían y me disculpé diciéndole que sólo tenía cigarrillos negros.

—Mejor que mejor — contestó para mi sorpresa. Le alcancé uno encendido y encendí otro para mí. Le dio una pitada profunda que ni yo mismo habría soportado y, con los ojos entrecerrados disfrutando aquel placer prohibido, siguió: - Yo trato de hacerla reaccionar, es tan joven... Le pregunto: “¿Dónde estás, Yosi? ¿Adónde está mi Yosi?”. Pero no se inmuta, simula no saber de qué le hablo y me contesta que está donde la veo y que estoy vieja y chocheando. Ella sabe que no es así, lo único que tengo de vieja es mi cuerpo, pero se empeña en mantenerme lejos. Así está Yosi, a miles de kilómetros de todos. Siempre fue distinta a los demás, con las chicas de su edad, la separaba un abismo, pero conmigo y su tío, el que vio usted en las fotos del tocador, se entendía bien, manejábamos un mismo código de comunicación. Muchas veces entraba a verme, ponía su cabeza en mi falda, yo la acariciaba y sin que me contara nada, sabía lo que sentía. Otras veces entraba corriendo, alegre, conversadora, apabullante, como cuando se enamoró de Jorge Villalba. Mientras sus compañeras deliraban con “Sui Generis” y “Vox Dei” o cantaban canciones de “Banana Pueyrredón”, ella pasaba horas oyendo a Mozart o se sentaba a tocar el piano y le caían lágrimas, aunque no tuviera un drama concreto, sólo lloraba sin ruido. En esos momentos, se alejaba del mundo y no había timbre, ni teléfono, ni voz humana que la volvieran a la realidad. Siempre fue especial mi Yosi, por eso la quiero tanto, pero fui cómplice de algún modo de aquella historia que le partió la vida y creo que por eso me arrancó de su alma como a un quiste doloroso.

— ¿Qué es lo que ocultan? —pregunté temiendo que mientras hablaba de su nieta, se arrepintiera de darme la clave del asunto.

—Mire —contestó— quiero serle sincera desde ahora y usted decidirá si vale la pena quedarse o no. Juré guardar el secreto, no puedo decirle a quién ni por qué, pero ése es el único eslabón que falta aquí y, aunque maldigo la hora en que hice ese juramento, no puedo confiárselo a usted ni a nadie. Pero Dios es generoso y sé que lo ha enviado para que lo averigüe sin que yo traicione mi palabra. No voy a decirle lo que no puedo, ni siquiera una pista muy evidente, pero si presta atención a toda la historia, vaya anotando si quiere para no perder detalles, confío en que va a descubrir mi maldito secreto. Le ruego que tenga paciencia y no se vaya, usted puede lograr que Yosi vuelva a vivir. Me miró suplicante y preguntó: - ¿Se queda?

—Sí —contesté y saqué mi libreta de apuntes. Y siguió:

-Poco a poco, en mi relato, van a ir apareciendo los personajes de esta historia, no pierda detalles. Empiezo por los padres de Yosi: mi hija y mi yerno. Mi hija siempre ha sido una mujer frívola, pura cáscara, no muy inteligente pero astuta. Como se habrá dado cuenta, somos una familia de mucho dinero, pero mucho ¿oye? Ni siquiera mi hijo que despilfarró de lo lindo y jamás trabajó, logró acabarlo. Si bien no voy a caer en la simpleza de decir que la plata no hace a la felicidad, ya que no hay peor desgracia que la pobreza extrema, sí puedo afirmarle que en esta familia parece ser una maldición. No importa lo que hagamos con el dinero, prolifera, se multiplican los billetes y creo que, aunque yo fuera la única dueña de la fortuna y la donara por completo, al abrir la caja fuerte me taparían los billetes de un papel nuevo y reluciente. Vuelvo a mi hija. Mi marido la educó con la idea de que cuando se es rico, la única manera de no ser engañado es casarse con alguien igual o más rico que uno. Él cumplió su convicción al casarse conmigo y ella hizo lo mismo al enamorarse a mi yerno, sin preguntarse por un minuto si lo quería o no. Viéndolo educar a nuestra hija, descubrí por qué me había jurado amor eterno. Traté de contrarrestar aquella influencia, pero la perseverancia de mi esposo por transformar a mi hija en una desconfiada pesó mucho más y logró que ella viera en cada hombre que se le acercaba a un caza fortuna. ¿Quiere sorprenderse un poco más? Estaba feliz con su matrimonio, no con el marido que poco le importaba quién fuera, sino con la sociedad en sí, una sociedad inteligente para usar palabras de mi esposo que no creo que descansen en paz. Y acá tiene usted, a uno de los personajes más siniestros, a mí misma. Se preguntará cómo puedo hablar así de mi esposo que está muerto y de mi propia hija. Bien, esta madre desnaturalizada y sentenciosa soy yo, no puedo contra mí misma, ni siquiera puedo consolar a mi hija que, autoproclamándose deprimida, lleva una semana encerrada en su cuarto. No me da el estómago para ir a verla. Fui el primer día y ¿sabe lo que me dijo? Que no soportaba pensar que nuestro apellido se viera involucrado en un telenovela al estilo mexicano, que, por culpa del venezolano, así nombra ella a Jorge Villalba, que ahora es famoso, el Juicio se fuera a transformar en un circo. Interrumpí sus lamentos para recordarle que Yosi podía perder a su hija con todo esto, su nieta le recalqué por si lo había olvidado, pero siguió hablando de su drama personal, de su vergüenza y preguntándose qué pecado terrible había cometido, para que ese mecánico de cuarta le siguiera amargando la vida después de tantos años de haber desaparecido. Luego de escuchar su última frase, salí de la habitación y no

he vuelto más. Pretendía que yo me compadeciera de su drama y no lo soporté. Hace tres años, cuando mi yerno enfermó, ante las visitas ella detallaba su penoso día, su sufrimiento en ese ambiente adonde acechaba la muerte. Era su esposo el que moría, pero los demás debían compadecerla a ella como víctima. Y aquí me tiene de cuerpo entero, júzgueme sin piedad, soy una madre que no soporta a su hija por más de cinco minutos. Mi yerno fue un buen hombre, en rasgos generales, claro, y si bien tuvo carácter para manejar a la peonada de sus campos, no le alcanzó para manejar a su mujer, a la que bien le habría venido una frenada. Se resignó a tener una sola hija porque Clara alegó que jamás repetiría una experiencia tan humillante como el parto. A él le habría gustado tener un hijo varón, me lo dijo una vez con la esperanza de que yo convenciera a mi hija, pobre iluso, pero Clara se mantuvo en sus dichos y sólo tuvieron a Yosi, que fue mucho más de lo que merecían. Mi hija se mudó a mi casa al morir su esposo porque el silencio la sacaba de quicio, decía, y la entiendo, no sería fácil convivir con ella misma y su vacuidad. Me ocupo de que la mucama le lleve la comida, de controlar que el médico la visite a diario, ya que lo exige a gritos. Aunque me manda a decir por la mucama que le mande a otro profesional porque éste insiste en que no tiene un cuadro depresivo, yo le mando el mismo y que me deje de jorobar. Le deja una pastilla para dormir por día, temiendo que, si tiene un frasco, se pueda suicidar. A mí me causa gracia porque mi hija jamás se haría daño, pero a él no le digo nada. En cuanto a mi hijo...

En ese momento, sonaron tres golpes y entró la mucama a la habitación y, al verme, lanzó un grito y estuvo a punto de tirar la bandeja que traía con el té.

— ¿Quién es usted? ¿Por dónde entró? —me gritó.

—Ay, Marta, los modelos — dijo Emilce, pero la mucama sin inmutarse me encaró nuevamente:

— ¿Usted quién es?

—Cierto —dijo Emilce— ¿Quién es usted? Mejor dicho, no sé su nombre.

Riéndome por lo ridículo de la situación contesté:

—Gonzalo Pedernera.

— ¿Estás conforme ahora? — preguntó Emilce a la mucama y agregó: - Para tu mayor información, este joven es mi amante secreto y ha venido de Buenos Aires a verme como todos los lunes.

—Ay, señora Emilce —dijo la mucama ruborizándose— usted siempre la misma.

Le preguntó si todo estaba bien a lo que Emilce contestó que no había de qué preocuparse, que yo era un viejo conocido y que después de traerme un café, nos dejara conversar tranquilos. El rato que demoró la mucama en traer mi café lo llenamos riéndonos del episodio, de su cara de susto al verme, y no retomó el relato hasta verla desaparecer nuevamente.

— ¿Por dónde íbamos? — preguntó y sin que llegara mi respuesta dijo: -Ah, sí, por mi hijo —y su cara se iluminó de amor.

Se levantó a cerrar la ventana porque el sol desaparecía y el fresco del otoño empezaba a filtrarse. Aproveché para estirar las piernas, caminé por la habitación mientras encendía cigarrillos para los dos. Me hizo una seña para que me acercara al tocador y describió a su hijo mientras miraba su foto con un gesto de dolor calmo.

—Era un tiro al aire —comenzó— como seguramente habría sido yo de haber tenido la dicha de nacer varón. Quise hacer de él un espíritu libre, sin prejuicios, desapegado al dinero, y con él le gané a mi marido porque tenía una manifiesta afinidad conmigo. Lo acerqué al arte para que abriera su mente, le enseñé a pintar, después le voy a mostrar sus cuadros, le hice leer cuanto libro aparecía, de los recomendables y de los que no, y logré un ser sensible y abierto. Lo malo de esto fue descubrir de vieja que me había equivocado. El exceso de sensibilidad lo llevó al cementerio el año pasado, después de meterse una pistola en la boca para destrozarse el cerebro. Como verá, cada uno tiene lo que se merece, no puedo querer a mi hija como debiera, y al que quise modelar a mi gusto, lo cobija una asquerosa tumba mientras usted y yo hablamos. Y mi último castigo es Yosi, a quien también quise aislar de su entorno real y allí está ahora, seguramente hecha un ovillo en el sendero de las casuarinas en “La Blanqueada”. Acorralada, pensando que tendrá que salir de su mutismo a partir del lunes y que, si no lo hace, seguramente perderá a su hija. Ese monstruo soy yo; quise liberar mis propias cadenas en mi hijo y en mi nieta. Soy, como ya se habrá dado cuenta, un personaje macabro en esta historia. La infancia de Yosi, transcurrió siendo muy mimada por su padre que la adoraba, perseguida por su madre que quería hacerla a su imagen, e influida por mí con quien ella congeniaba a las mil maravillas. La madre le llenaba el día con clases de inglés, francés, piano y natación y yo me la robaba todos los fines de semana para llevarla conmigo a “La Blanqueada”. Los padres no protestaban demasiado porque gustaban

de la vida social y se reunían con amigos viernes y sábado por la noche. Los viernes a la tarde, con mi hijo buscábamos a Yosi por su casa e íbamos a disfrutar el fin de semana al campo. Yosi adoraba a su tío, le decía que lo sentía un hermano, y era realmente así; mi hijo nunca maduró, los años pasaban y él seguía actuando como si tuviera dieciocho. La casa del campo es inmensa, en una de las salas habíamos improvisado un telón y allí representábamos obras de Shakespeare, concentradísimos, y al terminar corríamos apurados a las sillas para aplaudirnos nosotros mismos. Cada uno recitaba un poema de cualquier autor que debíamos elegir y estudiar durante la semana, porque nos habíamos impuesto que fueran nuevos cada vez. Al finalizar la función completa, nos tirábamos, extenuados, sobre las tablas del escenario, tomados de la mano y en silencio. Enseñé a mi nieta, en unas largas vacaciones en que sus padres viajaron para recorrer Europa, a escuchar el sonido único y mágico de las hojas de las casuarinas al ser tocadas por la brisa y a entender lo que decían. Sí, no me mire con esa cara porque estoy vieja pero no loca, ellas hablan. Una vez que aprendió, Yosi pasaba largas horas tendida en el colchón de hojas del sendero, conversando con ellas. En el verano en que terminó la primaria, la vida feliz se nos fue por las alcantarillas porque Clara nos comunicó a todos, a su marido incluido, que mandaría a Yosi a estudiar su secundario a Buenos Aires ya que, según ella, ningún colegio de Chascomús podía darle una educación adecuada. Aclaró que los fines de semana los pasaría con ellos, que se acabarían los viajecitos al campo, porque serían los únicos días que estaría con sus padres. Yosi se puso a llorar aferrada a mi blusa, le grité a Clara que estaba loca con sus ínfulas aristocráticas, por separarse de su hija en una etapa tan crucial como la adolescencia, por lo que ella daba en llamar una “educación adecuada”. Augusto enfrentó a su hermana dirigiéndole, por primera vez en mucho tiempo, la palabra, con un enojo como jamás le había visto, y mi yerno inició una tímida protesta, pero nada sirvió, porque Clara nos dejó hablando solos. Lo último que dijo fue que el tema no estaba en discusión, que sólo se había dignado a informarnos y se encerró en su cuarto. Lo que quedó del verano transcurrió en un ambiente de duelo, no lográbamos divertirnos como solíamos hacerlo, y nuestras representaciones de Shakespeare fueron suspendidas por llanto colectivo. Cuando sólo faltaban veinte días para el inicio de las clases y yo pretendía, sin éxito, contagiar a Yosi de un ánimo festivo que no sentía, Clara nos sorprendió con la noticia de que había anotado a Yosi en la Escuela Normal de Chascomús. No aclaró nada más y

con Augusto no le hicimos preguntas por temor a que nos dijera que nos estaba haciendo una broma. Cuando Clara salió de casa, nos miramos y los dos a dúo dijimos: ¡¿A la Normal?! Luego, reímos un buen rato por la coincidencia de nuestra frase y nuestras expresiones incrédulas, pusimos un disco de los Rolling Stones y bailamos hasta que caímos al piso. Cuando nos recuperamos del ataque de felicidad, cargamos la camioneta con víveres y buscamos a Yosi para ir a “La Blanqueada”. Obviamente, había adivinado nuestra reacción porque nos esperaba, ansiosa, en la puerta. Había conseguido permiso para quedarse con nosotros hasta el domingo anterior a que empezaran las clases. En el trayecto nos contó, entre carcajadas, la razón del abrupto cambio de decisión de Clara. Yosi había cursado todo el primario en el colegio de los curas con Facundo Álzaga con quien la unía una amistad sólida y cómplice, cosa que jamás logró con chicas de su edad. Salían del colegio, siempre tomados de la mano sin que les importaran las cargadas de sus compañeros, pasaban largas horas jugando y conversando, y cada secreto importante de sus vidas, corrían a contárselo uno al otro. Clara estaba fascinada con aquella amistad, porque la cuenta bancaria de los Álzaga equiparaba o tal vez superaba la de mi yerno, y daba como un hecho que los dos terminarían casándose. Los Álzaga son un matrimonio excepcional, y al ver a Facundo desesperado por la noticia del alejamiento de Yosi, idearon un plan para impedirlo. En una de las reuniones de los sábados en casa de mi hija, fingieron no conocer la decisión de Clara y comentaron, como al pasar, que sacaban a Facundo del colegio de curas para que cursara el secundario en la Escuela Normal. Sin darle tiempo a Clara a manifestar su horror, Agustina Álzaga, en un tono superficial y tilingo que no era el suyo, comentó que eso era lo más adecuado para chicos de familias bien, que alternaran con chicos de todos los ambientes y agregó que ellos no iban a caer en la estupidez de los nuevos ricos, de mandar a su hijo a estudiar pupilo en Buenos Aires. Yosi y Facundo, que espiaban detrás de la puerta, contaron que vieron desfigurarse la cara de Clara al escuchar las palabras “nuevos ricos”, las que siempre le han producido verdadera alergia. Agustina Álzaga continuó diciéndole a Clara que sería fantástico que Yosi y Facundo siguieran juntos para que no perdieran aquella amistad tan conveniente para todos. Yosi nos contaba esto sin poder parar de reír y llegamos a “La Blanqueada” los tres, violetas. Aquellos días fueron inolvidables: inventamos danzas, improvisamos obras de teatro, cantamos, recitamos hasta quedar exhaustos. Gracias a Dios, a Clara no le gustaba la vida del campo, jamás aparecía y “La

Blanqueada” en aquel entonces era mía; mi yerno sólo pasaba a saludarnos de vez en cuando ya que estaba ocupado con su trabajo. Buscamos a Facundo para que disfrutara de unos días con Yosi y...

—Disculpe —interrumpí— necesitaría saber algo de la relación de Yosi con Jorge Villalba, que es lo concerniente al juicio.

—Sí, sí, discúlpeme, a los viejos nos sobra el tiempo y esos recuerdos son muy queridos para mí y al compartirlos me parece que los vivo, nuevamente. De todos modos, no subestime nada de lo que le cuento, recuerde que usted deberá encontrar la clave, solo. Pero bueno, empecemos el secundario con Yosi. Agustina Álzaga era sincera, a pesar de haber adornado sus alegatos con falsedades para que Clara cambiara de opinión, lo cierto es que ella quería que Facundo alternara con todo tipo de gente. Es una mujer encantadora, que nunca tuvo la obsesión de los caza-fortunas. Y así, los chicos fueron compañeros del hijo del Juez, del médico, del abogado, pero también del hijo del albañil, del camionero, del comerciante...

—Y del mecánico —agregué.

—Y del mecánico —me dijo con una sonrisa y agregó -Veo que está apurado.

—Digamos que intrigado — corregí.

—Todo a su tiempo —continuó— Ya vamos a llegar al mecánico, no se preocupe. Era un grupo de chicos fantástico, no importaba allí quién era quién, se integraron sin problemas, y si bien Yosi conservaba sus gustos exóticos para su edad como no escuchar música “pesada” como la llamaban, y prefería su piano y los fines de semana conmigo y Augusto en el campo, también compartía programas con sus compañeros que realmente la querían. Era imposible no querer a Yosi. Salía del colegio abrazada a Facundo, para el placer de Clara, pero de lo que mi hija no se daba cuenta era que, siendo hijos únicos los dos se habían adoptado, mutuamente, como hermanos y así se querían. ¡Si le hubiera visto la cara a Clara cuando los compañeros de Yosi estudiaban en su casa! Una tarde, al ver que había un chico nuevo en el grupo, Clara le preguntó el apellido y el chico le contestó “Estevez” y contó que estaban recién mudados a Chascomús y que venían de Buenos Aires. “¿Ustedes descienden de los Estévez de Salta?”, le preguntó Clara, encantada. El chico sólo dijo “no”, pero ella insistió y le dijo: “Porque los Estévez son de una sola rama y, si bien después se dispersaron por todo el país, su origen está en Salta”. El chico, ya incómodo, insistió en que él no tenía nada que ver con los Estévez de Salta a lo que Clara interrumpió

diciendo: “Pero fijate que...” El chico, que a esa altura había perdido la paciencia, con el tono de voz un poco subido le dijo: “No, señora, no, no tengo nada que ver con los benditos Estévez de Salta, nosotros somos de Barracas”, y repitió Barracas silabeándolo lentamente. Clara, furiosa, salió del lugar entre las carcajadas de todos los chicos, incluidas las de Yosi. Pero bueno, se va a impacientar usted de nuevo conmigo, porque sigo yéndome por las ramas. ¿Usted quiere al mecánico? Aquí viene. Entró en escena cuando los chicos cursaban tercer año, al poco tiempo de iniciarse las clases. Llegó con una triste historia a cuestas. Sus padres acababan de separarse en Venezuela y su madre, que es argentina, había regresado con él y sus dos hermanas a Buenos Aires. Esta mujer, no sé si por la separación o porque no era muy equilibrada, entró en una profunda depresión que la llevó a pedir a familiares que se hicieran cargo de sus hijos, provisoriamente, según dijo en ese momento, pero en realidad nunca los buscó y así, sus hijas menores quedaron a cargo de una hermana suya y Jorge Villalba vino a vivir con su tío a Chascomús. El padre argumentó que, por su trabajo, creo que era viajante, no podía hacerse cargo ni siquiera de su hijo varón. Pedro Ludueña, el tío de Jorge, lo recibió con gusto, era viudo y no tenía hijos propios, lo consideró un hijo y así lo trató. Murió al cumplirse un año de la partida definitiva de su sobrino, supongo que de tristeza. Tenía un taller mecánico muy grande en la calle Lastra y le iba muy bien. El curso de Yosi era muy especial, lo decían los mismos profesores, recibieron al chico nuevo y lo integraron al grupo y a todas sus salidas. No parecía venir de una historia tan triste aquel chico de quince años, porque si algo sobresalía en él era la alegría. Siempre andaba cantando y haciendo bromas, se hizo querer inmediatamente. Trabajaba como ayudante en el taller de su tío y, poco a poco, aprendió todos los secretos del oficio. Una tarde, en “La Blanqueada”, me contó que el primer día que entró al aula, y mientras la directora lo presentaba, él sólo veía a Yosi, que había quedado hipnotizado y que pasó un papelón al darse cuenta de que todos se reían porque la directora le preguntaba algo y él ni se había enterado, por lo que tuvo que repetirle la pregunta. Me habló de su decepción al ver salir a Yosi, del colegio, abrazada con Facundo, y que pasó días enteros preguntándose por qué todo tenía que salirle mal en esta vida. Facundo mismo se ocupó de sacarlo del error porque, al comprobar que, a las eternas y melancólicas miradas de Jorge, Yosi había empezado a devolver sonrisas, lo fue a ver al taller y le explicó la relación fraterna que tenía con ella, pero le advirtió, ya no tan amigablemente que, si llegaba a hacerla sufrir de alguna

manera, él se ocuparía de destrozarle la cara. Creo que Facundo conoce a Yosi tanto como yo, aunque tampoco ahora pueda hacer nada por ella. Cuando le advirtió aquello a Jorge Villalba, sabía que Yosi podría amar una sola vez en su vida y para siempre. No era la primera vez que alguien gustaba de Yosi, recibía muchas cartitas, invitaciones y declaraciones. De todos sus pretendientes, a ella sólo le habían gustado dos, y antes de entusiasmarse y darles una respuesta, los hizo pasar por una prueba de la que no salieron airoso. Los invitó a cada uno, en su oportunidad, a “La Blanqueada”, los llevó al camino de casuarinas y luego de eso los despidió a cada uno con un gentil “mejor sigamos siendo amigos”. Poco después de la conversación entre Facundo y Jorge Villalba, fue Facundo quien tuvo que convencerlo para que hablara con Yosi. Creo que el muchachito la miraba como si ella fuera algo inalcanzable e imposible para él. Una tarde, Facundo invitó a Yosi a pasear por la costanera. Hablando de costanera, ¿ya conoció la laguna?

—No — contesté apurado para que siguiera con el relato.

—No se la pierda — dijo y continuó: -Fueron al Club de Regatas, allí alquilaron un bote y, cuando estaban por salir, apareció Jorge Villalba que los estaba esperando, por indicaciones de Facundo, y subió al bote sin que ninguno de los tres dijera palabra. Cuando habían remado unos metros, Yosi tiró un beso a Facundo que había quedado en la orilla, silbando. Según Yosi me contó, estuvieron largo rato mirándose sin decir nada hasta que, al llegar al medio de la laguna, pararon de remar y él le dijo que la quería demasiado. Sí, demasiado, creo que fue la palabra. Ella tuvo que moderarse para no contestar que ella también, le dijo que el sábado le hablaría sobre sus sentimientos, en el campo. El sábado siguiente, Augusto fue a buscar al chico y lo llevó a “La Blanqueada”. Nunca había visto a Yosi tan preocupada por el pelo y la ropa, se cambió varias veces. Cuando llegaron, corrió hacia la camioneta y nos miró a Augusto y a mí como si mostrara un tesoro. Para nuestra sorpresa, demoró el momento de llevarlo al camino de casuarinas, seguramente temía que Jorge no pasara, victorioso, la prueba. Por fin, luego de pasearlo por todos lados y al volver de una recorrida a caballo, se decidió y lo llevó. Con Augusto nos fuimos discretamente al living y simulamos leer un libro cuando, en realidad, estábamos ansiosos por conocer el veredicto. A la hora y media, cuando ya oscurecía, los vimos llegar abrazados y en silencio. Entraron radiantes y Yosi, sin soltarlo, nos dijo: “les presento a mi novio”. Sentí una mezcla de felicidad y opresión porque, inmediatamente, supe que aquello no era pasajero y que Clara jamás toleraría que Yosi se

involucrara con un mecánico. De todas maneras, los besé a los dos y corrí a buscar unas botellas para festejar. A la noche, Augusto llevó al chico a Chascomús y Yosi corrió hasta mí para contarme. Me dijo que, al entrar al sendero de casuarinas, y a diferencia de los otros dos que habían pasado por la prueba y que habían parloteado trivialidades todo el camino, Jorge Villalba había dejado de hablar en el mismo momento en que se internaron en la arboleda, y que luego de unos instantes le había preguntado: “¿Escuchas? Parece que nos hablaran las hojas”. Yosi, sin contestarle por la emoción, lo abrazó y lo besó de tal manera, que se cayeron al suelo y allí siguieron besándose hasta que empezó a oscurecer. Ah, sí, así era mi Yosi, desconcertante. De una apariencia frágil y dulce, de la que cualquiera habría esperado su respuesta con un tímido “acepto ser tu novia”, y, sin embargo, lo sorprendió con un beso en el que se le fue el alma.

Emilce me pidió otro cigarrillo y quedó un largo rato en silencio balanceándose en la mecedora, con los ojos cerrados, como reteniendo el tiempo de su historia. Respeté su mutismo y no le hablé hasta que los abrió y dijo: —Usted va a disculparme, se ha hecho de noche, estoy vieja y me canso. ¿Hasta cuándo se queda?

Le dije que podría quedarme un día más. Había convencido a los dueños de la revista adonde trabajaba, de viajar a Chascomús para hacer una nota sobre el museo pampeano, excusa que me sirvió de pantalla para tapar mi verdadera intención. Le pedí volver a la tarde siguiente, ya que ocuparía la mañana en visitar el museo y hacer el bosquejo de la nota que rellenaría luego con mi palabrerío. Contestó que me esperaba, al día siguiente para almorzar y aclaró, con una sonrisa, que intentaría ser más sintética ya que el tema daba para muchas tardes más. Antes de irme, y con gesto cómplice, dejé mi atado de cigarrillos bajo su almohada y salí. Cuando casi llegaba a la puerta, me crucé con la mucama que, con cara de pocos amigos, me dijo: —Pensé que también se quedaría a comer.

—No se preocupe — contesté— mañana vengo a almorzar —y me fui.

No sentía hambre así que, antes de volver al hotel donde había dejado mi equipaje, decidí hacerle caso a Emilce y dar un paseo por la costanera. Caminé durante dos horas, me detuve frente a un edificio antiguo, pero bien mantenido en cuyo frente se leía “Club de Regatas”. Me quedé mirando los botes amarrados a la orilla y repasé en cada detalle, y sin consultar los apuntes, el relato de Emilce. Una luz potente, proveniente del edificio,

provocaba un juego de espejos en el agua que se movía suavemente haciendo subir y bajar los botes en forma alternada. Una melancolía molesta me invadió mientras me preguntaba por qué no había cruzado a una Yosi en mi vida. Puede parecer el pensamiento de un viejo —yo tenía veintiocho años— pero no sé por qué, en aquel momento, sentí que jamás conocería a alguien así. Volví al hotel sin apuro, lamenté no haberle pedido a Emilce la dirección de Facundo Álzaga y me acosté totalmente desvelado. Tardé mucho en dormir, no sé cuánto tiempo y, al día siguiente, desperté ansioso deseando que la mañana pasara rápido para reencontrarme con Emilce. Fui al museo pampeano, hablé con dos guías, grabé las conversaciones porque no podía concentrarme, junté cuanto folleto encontré a mi paso y salí a recorrer la ciudad. Pregunté por la calle Lastra y busqué el taller mecánico del tío de Jorge Villalba. Lo encontré en una esquina, era amplio y moderno, entré y pregunté. Los nuevos dueños me informaron que lo habían comprado en sociedad poco antes de que muriera Pedro Ludueña. Eran dos antiguos empleados a quienes Ludueña, prácticamente, se los había regalado, adjudicándole a su negocio un precio irrisorio. En su honor, el frente ostentaba un enorme y sencillo cartel que decía: “Don Pedro”. Cuando llevé la conversación al nombre de Jorge Villalba, la típica amabilidad bonaerense desapareció de sus caras y, mientras cada uno volvía a sumergirse en los motores, uno de ellos a modo de despedida me gritó: —De haber sabido que venía a averiguar de ese mocoso pelotudo, usted acá no entraba. Pregunte por el pueblo y le van a contar cómo se mandó a mudar de acá hace unos años dejando al tío en un pozo que lo llevó a la tumba. Pregunte, pregunte, ya va a ver, y por acá no vuelva a asomarse.

Salí apurado, avergonzado por mi pregunta, no sé por qué, pero así fue. Seguí caminando por Lastra hasta llegar al edificio de la Escuela Normal, quedé mirándolo y esperé la salida de los chicos del secundario. A las doce y cuarto en punto, salieron como una estampida. No tenía sentido preguntar algo allí, habían pasado muchos años desde que Yosi y su mecánico vivieron su amor escolar. Me sentí un viejo por ruborizarme cuando un grupo de chicas me gritó “potro”, al notar que me chocaba, sobremanera, que me piropearan mujeres y de aquella forma. El código de comunicación era abismalmente diferente y eso me alejó de ellos por más años de los que nos separaban, en realidad. Miré el reloj y tuve que correr para no llegar impuntualmente a lo de Emilce. En la puerta de su casa, coincidí con una adolescente que esperaba que le abrieran. Vestía gualda polvo y, sonriendo,

me dijo que me había visto a la salida del colegio. Inmediatamente aclaró: — Oíme, yo no fui de las que te gritaron ¿eh?

En ese momento, la mucama abrió la puerta y, mientras cruzábamos el patio español, pude ver a Emilce que nos esperaba en la puerta del comedor.

— ¿Ya se conocieron ustedes? —preguntó al vernos entrar juntos.

—Bueno no —alcancé a decir— sólo coincidimos en la puerta.

—Muy bien —dijo Emilce— ella es mi bisnieta Lucía y él es mi amante, querida.

—Mucho gusto — dijo Lucía con gesto serio y comprensivo. Horrorizado, empecé a balbucear: —No, no... En realidad, yo soy... Y no me dejaron terminar, las dos estallaron en carcajadas que me hicieron sentir un estúpido.

—No conocés bien a Emilce ¿verdad? — preguntó Lucía— A ella le gusta escandalizar. ¿Sabés la de veces que ha hecho la misma broma delante de viejas duritas y encima después no les aclara nada? Así es mi bisa y por eso la adoro.

—Ay nena —intervino Emilce— no me digas así que parezco una tarjeta de crédito.

—Está bien, Emilce —dijo Lucía— no te enojés, te lo hago a propósito para hacerte rabiar un poco.

—Antes de comer, andá a saludar a tu abuela —dijo Emilce.

A pesar de las protestas de Lucía que no tenía ningún interés en saludar a Clara, Emilce se puso firme y su bisnieta desapareció por dos minutos.

—Ya está —dijo al volver— ya le di un beso ¿estás contenta? —y mirándome agregó: - Mirá cuando les cuente a mis compañeras que almorcé con vos, se mueren. Hoy te miraban todas, a la salida y los varones se morían del odio. Bueno, bromas del amante de Emilce aparte, ¿quién sos vos?

Miré a Emilce pidiéndole ayuda y me salvó, inmediatamente, diciendo que yo era el nieto de una vieja amiga suya, que había viajado desde Buenos Aires por una sucesión.

—Ajá —dijo Lucía dándome la impresión de que no había creído en absoluto aquel cuento.

Nos sentamos a comer y yo aproveché los momentos en que Lucía contaba su día escolar para mirarla con atención y dilucidar a quién se parecía. Por ella supe que tenía dieciséis, la misma edad que tendría Yosi, aproximadamente, en las fotos del tocador, pero casi no se parecían, salvo en el pelo castaño oscuro. Yo conocía a su padre por revistas y vi que se parecía

a él, los ojos verdes, la frente ancha, los pómulos marcados... Observándola, en detalle, podía decirse que por los rasgos era más linda que su madre, pero no era así. Yosi, que no parecía tener rasgos impactantes, en conjunto era mucho más bonita que su hija, la mirada que escapaba del papel de aquellas fotos no la había heredado Lucía. El almuerzo se me hizo muy corto, Lucía tenía una risa contagiosa, saltaba de un tema a otro, apasionada, vehemente. A las dos en punto, sonó el timbre y Lucía, apenada, se despidió de nosotros. El encargado de “La Blanqueada” había pasado a buscarla.

—Ella vive aquí, de lunes a viernes, por el colegio y porque Yosi entiende que Lucía tiene que alternar con chicos de su edad —comenzó a explicar Emilce— pero ante la inminencia del juicio, decidió pasar las tardes y las noches con su madre. Quién sabe, ni Dios permita, pronto tengan que separarse. ¿La miró bien? Es Villalba con aros, desde la cara hasta el carácter, así era él, alegre, conversador... Pobre Yosi, cómo lo va a olvidar si cada vez que mira a su hija, lo ve de cuerpo y alma.

Le conté mi experiencia en el taller mecánico, lo que me habían dicho y Emilce, sin inmutarse, me contestó: —Eso le pasa por buscar información en cualquier lado. Nadie sabe lo que pasó en realidad así que confíe en mí y preste atención. Ahora vayamos a mi cuarto que no hay nada como la mecedora para los recuerdos.

La mucama nos alcanzó café, lo tomé de pie mientras miraba nuevamente las fotos.

—Sigamos —dijo Emilce— si no, usted mañana tampoco se va a Buenos Aires. No sabe cuánto me habría gustado terminar el relato en donde lo dejé ayer, pero, lamentablemente, continúa. La primera etapa del noviazgo fue bastante fácil, no hubo necesidad de explicarle a Jorge que, por un tiempo, era conveniente ocultarle a Clara el asunto, él lo intuyó desde el primer momento y se avino a los encuentros clandestinos sin preguntar el porqué. Ahorraba cada centavo que ganaba en el taller para ir a la Universidad, no le importaba qué carrera seguir, decía que su única vocación era cantar pero que estudiaría cualquier cosa para presentarse con el título ante mi hija y mi yerno. Les resultaba sencillo encontrarse, nosotros seguíamos con la costumbre de los fines de semana en “La Blanqueada”, pasábamos a buscar a Yosi los viernes a la tarde y volvíamos los domingos a la noche. Augusto buscaba a Jorge los sábados después de mediodía y a la noche volvía a Chascomús, lo buscaba los domingos a la mañana y a la noche volvíamos todos juntos. El chico se adaptó tan rápido a nosotros, como nosotros a él, se

divertía con nuestras locuras y poco a poco se fue integrando a ellas. Representó a Shakespeare, eso sí, era muy malo actuando, llevaba sus poemas aprendidos para recitar y un buen día apareció con una flamante guitarra que el tío le había regalado para su cumpleaños. A partir de allí, a las noches de los sábados, se sumaron sus canciones. ¡Dios mío, cómo cantaba el muchachito! Tenía una voz gamuzada y él mismo escribía las letras, por supuesto todas dirigidas a Yosi. Augusto para hacerla rabiar le decía: “Este, mejor que cante y no que hable”, en clara referencia a su marcado acento venezolano. Era emocionante ver cómo se mimetizaban, cada uno se llenó del otro. Jorge aprendió a disfrutar de los silencios y melancolías de Yosi, de Mozart, de su tristeza innata e incorporó todo aquello a sí mismo sin dejar de ser él. Por su parte Yosi aprendió a reírse con ganas, a salir un poco más, a escuchar a “Vox Dei”, “Arco Iris” y cuanto roquero circulara en aquel entonces. Eran una misma cosa compacta, indestructible, jamás los oí discutir, parecían volar por un mundo abstracto e invisible a los demás. Demasiado perfecto para ser real. A mí me agobiaban malos presentimientos, porque ¿cuándo se vio en esta tierra algo sublime que no muera despedazado bajo la envidia, la codicia o la rutina? Pero ellos vivían ajenos al pesimismo, al día y, sabe Dios, que lo hicieron, plenamente. Durante la semana se veían en el colegio, a la tarde Facundo les servía de pantalla, iba a buscar a Yosi, la llevaba a su casa y allí se encontraban con Jorge. Agustina Álzaga fingía no notar nada extraño y lo recibía sin problemas. Así fue el primer año del noviazgo. Al llegar las vacaciones de verano, Jorge se fue por un mes a visitar a su madre y Yosi parecía un fantasma, como si le hubieran robado el espíritu, adelgazó en forma alarmante. Clara la llevó al médico varias veces, de nada servían nuestros esfuerzos por alegrarla con representaciones grotescas, paseos nuevos, regalos o cualquier otra idiotez que se nos ocurriera. Clara y Rodolfo, mi yerno, estaban a punto de suspender un viaje a Grecia preocupados por el bajón inexplicable de Yosi, cuando ella cambió abruptamente, le volvieron los colores, empezó a comer bien y a reírse como si nada: Jorge Villalba había vuelto. El médico los tranquilizó, les dijo que seguramente había sido algún desarreglo hormonal típico de la edad, así que tomaron su avión como estaba planeado. El tío de Jorge tuvo que resignarse a prescindir de la ayuda de su sobrino por quince días más porque el pobre chico vino tan desesperado por estar con Yosi que no podía despegarse de ella. Augusto estaba realmente conmovido con el reencuentro, los miraba extasiado, él nunca logró enamorarse, quién sabe por qué. Mi hijo era un

mujeriego incurable, el récord de salidas con la misma mujer fue de cuatro veces. Por eso, creo yo, se maravillaba al ver a un hombre rendido de pies a cabeza ante una mujer, y para su felicidad que esa mujer fuera Yosi. Así que los ayudó, los escondió, zambulló a Jorge en su cuarto las contadas veces que vimos entrar la camioneta de mi yerno a “La Blanqueada”, y lo invitó a quedarse dos semanas con nosotros. Sé que el tío de Jorge estaba molesto, no porque el chico no fuera a trabajar, sino porque le había aconsejado que no siguiera con Yosi, que la gente debería moverse en su ambiente y que los dos habrían de sufrir mucho más cuanto más tiempo dejaran avanzar la relación. Pero a esa edad nada importa, Jorge se trepó a la camioneta, radiante, con su bolso y la guitarra a cuestas. Se acurrucó junto a Yosi y le cantó todo el camino. La casa de “La Blanqueada” es muy amplia, no sé si ya se lo dije, así que alojé a Jorge en el extremo opuesto al cuarto de Yosi porque el temblor, y la presión que emanaba de los dos chicos por el amor contenido en aquel mes de separación, se dispersó por cada lugar que tocaban hasta que podían verse, se lo aseguro. Durante tres días, los vimos abrazados pero nerviosos, sin la risa que solían compartir y aquellos silencios distaban mucho de ser los melancólicos de Yosi. Olvidaban la letra de las obras de teatro, versos enteros de los poemas, Jorge en lugar de cantar parecía gemir y, finalmente, cuando los suspiros que exhalaban los dos agotaron todo el oxígeno existente, tomé una decisión que hoy debería lamentar, y hay días, créame, en que realmente lo hago. Me levanté en la mitad de la desastrosa y malograda función y fui hasta un viejo ropero en donde guardaba unos vestidos de mi madre cuando era jovencita. Elegí uno color marfil con cuello alto de encaje, tenía el talle bordado a mano y... bueno, le prometí no perder tiempo. Sigo. Volví a la sala y, para horror de Augusto, ordené a Yosi que se lo pusiera y a Jorge que se peinara y se vistiera con la ropa más nueva que hubiera llevado, porque íbamos a celebrar su boda. El beso de amor más grande que recibí en mi vida fue el que Yosi me dio entre lágrimas al tomar el vestido. Cuando los chicos fueron a cambiarse, Augusto me enfrentó diciendo que me había pasado de la raya, que nuestra complicidad con ellos tenía sus límites y ¿sabe cómo me llamó? Inmadura. Él me llamó inmadura a mí. Tal vez tenía razón, creo que a la vejez todavía lo soy. Lo miré impávida, lo tranquilicé diciéndole que yo asumía la responsabilidad y que él quedaba afuera. Le pedí que no fuera a la ceremonia y que se volviera a nuestra casa de Chascomús. Fui hasta la cocina a buscar unas tijeras para arreglar unas flores y decorar el living para el festejo, y vi a la mujer del encargado, que

era muda pero no sorda ni estúpida, que estaba preparando una corona de novia con jazmines. Cuando los chicos llegaron, tuve que contenerme para no caer en la cursilería de ponerme a llorar. Tendría que conocer a Yosi para imaginársela con aquel vestido y el pelo larguísimo tomado sobre un hombro con una cinta blanca. Los tomé de la mano y los llevé al sendero de casuarinas. La mujer del encargado nos siguió en silencio y puso a Yosi la corona de flores sobre su cabeza. Augusto nos alcanzó pocos minutos después, aparentemente repuestos del shock, y di comienzo a la ceremonia. Les pedí a todos que invocaran a Dios para que estuviera presente en aquel lugar y los bendijera. Le dije a Yosi que repitiera la fórmula tradicional y con voz temblorosa empezó: “Yo, Josefina Unzué, te acepto a ti Jorge Villalba por esposo y prometo...”. Bueno, usted sabrá cómo sigue, lo mismo le hice hacer a Jorge. Improvisé una oración pidiendo a Dios que bendijera aquella unión y permanecimos en silencio hasta que las casuarinas bailaron y cantaron, apenas iluminadas por la luna y el resplandor de la luz que llegaba de la casa, anunciando que Dios los bendecía. Me saqué la alianza y la que había sido de mi marido y se las di para que se las pusieran uno al otro. Al terminar la ceremonia, hice una seña a Augusto y a la mujer del encargado, porque al ver a los chicos llorar abrazados, supe que el festejo sería sin ellos y que la noche de bodas se llevaría a cabo allí mismo, bajo las casuarinas. Así se casó mi Yosi, con un vestido de su bisabuela que arrastraba por la tierra del camino, con olor a naftalina, a humedad y a jazmines y con el novio vestido de jeans, zapatillas y peinado furiosamente a la gomina. Mientras nos alejábamos, oímos la voz emocionada de Jorge entonando un Ave María que nos erizó y que todavía puede oírse cuando cantan las casuarinas, como si hubiera quedado atrapado. Augusto se encerró en el cuarto y yo invité a la mujer a brindar conmigo ya que un casamiento sin fiesta me parecía triste.

Mientras bebíamos las dos en silencio, oímos una melodía potente y gloriosa ejecutada por las hojas de la arboleda. Los esposos no aparecieron al día siguiente, estaban en el cuarto de Yosi, ni dieron señales de vida el día que siguió, así que llevé comida en una bandeja, les golpeé la puerta y la dejé en el piso. Lo mismo hice durante los siguientes cinco días hasta que reaparecieron.

Me abrazaron como a un hada madrina y volvieron a ser los de antes, felices hasta la sangre, pero con una madurez nueva estampada en sus caras. Se miraban los anillos, incrédulos, y Yosi logró vencer la resistencia de Augusto ante la nueva situación, a fuerza de besos y palabras cómplices.

Volvimos así a nuestras representaciones, a las canciones de Jorge más intensas y sentidas que nunca. Cuando se acabaron los quince días, pensé que el regreso sería en un ambiente de duelo, pero no fue así, nada les arruinaba la dicha de saberse casados. Cuando llegamos al taller mecánico, Yosi que siempre adivinaba lo que los demás sentían, al ver la cara del tío de Jorge, se bajó de la camioneta y con total naturalidad, lo besó, le mostró su anillo y le comunicó que era su nuera, porque para ella, él era el verdadero padre de Jorge. El pobre hombre se agarró la cabeza y dijo: “¡Virgen santísima!”. Yosi rió y le contestó: “Esa no soy yo”. Yo les advertí, antes de que se separaran, que sus encuentros como esposos se llevarían a cabo sólo en “La Blanqueada”, ya que Yosi se alojaba en casa mientras sus padres viajaban, y yo no confiaba en la discreción de las mucamas.

Cuando empezaron cuarto año vinieron los problemas. Al saberse casada, Yosi se resistió a ocultar a Jorge Villalba y poco a poco, fingiendo descuidos, fue dejando evidencias. No se sacó el anillo de bodas, a su madre le dijo que yo se lo había regalado y que quería llevarlo puesto por consideración a mí. Jorge lo llevaba escondido en una cadena de plata debajo de la ropa y sólo se lo ponía al traspasar la tranquera de entrada a “La Blanqueada”. Yosi se abrazaba a él en la calle sin importarle los pedidos de discreción de Jorge. Clara lo había visto sólo dos veces en reuniones de estudio de los compañeros de Yosi, en su casa. Chascomús, no importa cuánto se expanda, fue y seguirá siendo un pueblo, todo se sabe. Y Clara se enteró de los abrazos callejeros y un día esperó a Yosi a la salida del colegio. Jorge, que salía con ella, intentó un tímido saludo que Clara no contestó y se fue solo, muerto de miedo mientras Yosi subía sonriente al auto de su madre. Avíseme cuando quiera tomar algo o si está cansado.

—No, Emilce, quiero seguir escuchando, tal vez usted quiera descansar un poco.

—Me gustaría, pero no tenemos tiempo.

Clara, sin dirigirle la palabra a Yosi, no condujo hasta su casa, sino que fue hasta el taller mecánico. Le ordenó a Yosi que bajara del auto, el tío de Jorge estaba cerrando el taller y Clara, sin saludarlo, le pidió entrar a su casa para hablar sin testigos. El hombre la hizo pasar por una puerta que daba al fondo del taller y Yosi lo siguió en silencio. Ya en la cocina y, sin aceptar la invitación del hombre a sentarse, Clara, con el mentón tembloroso y señalando a Yosi, le preguntó si él sabía algo de aquel asunto. “Sí”, contestó Ludueña sin preguntarle a qué asunto se refería. “O sea que yo soy la estúpida

de la película”, dijo Clara mirando a su hija y al mecánico y agregó: “Todo el pueblo comentando este asuntito y yo en el mejor de los mundos, me tuve que enterar por terceros que mi hija tiene un novio. Mire señor, yo no he venido a ofender a nadie, no soy ninguna anticuada como suele llamarme mi madre, pero es una cuestión de sentido común, de realismo, ¿qué vida le espera a Yosi al lado de su sobrino? Y le aclaro que no estoy hablando sólo de dinero, voy más allá de eso. Con el tiempo las diferencias van a herir, se van a hacer sentir.” En ese momento entró Jorge que llegaba del colegio, saludó, pero nuevamente Clara lo ignoró. Yosi se acercó al chico, que había quedado pegado a la puerta, apabullado y avergonzado, le tomó la mano desafiante, sin dejar de mirar a Clara y su madre continuó: “Lamento que no entiendas, Yosi, algún día lo vas a lamentar, lo vas a lastimar a él”, dijo dirigiéndole a Jorge una fugaz mirada y luego dirigiéndose a Ludueña continuó: “Espero que usted lo entienda, nosotros no somos ni mejores ni peores que ustedes, somos diferentes. Confío en que usted intervenga para que esto se acabe ahora, si es necesario que cambie a Yosi de colegio, lo voy a hacer”. El hombre la escuchó atentamente y antes de contestar miró a los chicos que lo miraban suplicantes. Jorge y Yosi sabían que él pensaba como Clara, por eso los sorprendió con su respuesta. “Mire señora, empezó, démosle tiempo al tiempo, ellos son muy chicos todavía para estar pensando en un futuro juntos, pero supongamos que esto sigue y más adelante quieran casarse, le aclaro que a mí el dinero no me sobra, pero tampoco me falta, y aunque usted diga que no es lo más importante, yo creo que también le importa. Mi sobrino es como un hijo para mí y una vez que termine el secundario, le voy a costear la carrera que él elija porque sé que quiere ir a la universidad. En cuanto a las costumbres, no es ningún tonto, va a aprender sin que se lo enseñen a moverse en su ambiente como usted lo llama”. Clara intentó decir algo, pero el hombre la interrumpió: “Disculpe señora, no terminé, usted me pide que intervenga, pero le aclaro desde ya que no lo voy a hacer, no voy a ser el responsable de partirle la vida a mi sobrino, que para su tranquilidad, a pesar de ser por ahora un mecánico como yo, es lo mejor que le pudo tocar a su hija y no voy a permitir que nadie lo haga sentir inferior. Le aclaro, señora, que, si usted se empeña en separarlos, lo único que va a lograr es que se aferren mucho más, y si nos disculpa, tenemos poco tiempo para almorzar, a las dos abrimos el taller”. “Veo que no nos entendemos, es una lástima”, dijo Clara y salió rápidamente tomando a Yosi de un brazo. Al subir al auto, Clara todavía temblaba y Yosi imperturbable le

dijo: “No importa lo que hagas, que me cambies de colegio, que me encierres, que me grites, yo siempre me voy a escapar para verlo, me mandes donde me mandes”. Clara se derrumbó al escucharla y, todavía con el auto en la puerta del taller, empezó a llorar y olvidando su democrático discurso de “nosotros no somos ni mejores ni peores”, gritó a Yosi que cómo se le ocurría salir con un mecánico y para colmo de males, un sudaca. Clara es de las que consideran a la Argentina algo aislado de Sudamérica y aquel comentario le costó caro. Ante el último calificativo que usó para nombrar a Jorge, Yosi se puso pálida y respirando lento y con dificultad le advirtió a Clara que, si volvía a ofender a su novio con alguna de esas palabras, ella se escaparía con él y no volverían a verla. Agregó, acercando su cara a la de su madre, que ni soñara que su relación con Jorge fuera pasajera “esto es hasta que me muera, te guste o no, mamá”. “Eso está por verse”, contestó Clara furiosa y Yosi, con una sonrisa extraña, dijo: “No me amenaces, mamá”. Clara en una crisis nerviosa tiró los libros de Yosi por la ventanilla del auto diciendo que ya no los necesitaría y rompió las hojas de las carpetas. De todos modos, Yosi fue al colegio al día siguiente sin que nadie la detuviera. Después de destrozar todos los útiles de Yosi, Clara manejó como una loca hasta su casa y una vez allí, volvió a gritar a mi nieta que, gracias a Dios, no se dejó apabullar por las histerias de Clara. “No lo voy a dejar, mamá”, le repitió una y otra vez sin alterarse. Mi hija se encerró en su cuarto, cosa que siempre hace cuando no sabe cómo enfrentar una situación y Yosi me habló por teléfono inmediatamente. Me contó con lujo de detalles todo lo ocurrido e insistió en pedirme que si Clara me preguntaba si yo estaba al tanto del noviazgo, lo negara rotundamente. Yosi temía perder sus encuentros en “La Blanqueada” y para ello, yo debería mostrarme totalmente sorprendida, evitando así cualquier sospecha de complicidad.

Aquella tarde, transcurrió como una jornada de atrincheramiento. Clara y Rodolfo se encerraron en su cuarto, Yosi en el suyo y Jorge Villalba en la casa de Facundo Álzaga. Facundo contó que Jorge estaba derrotado, que le daba la razón a Clara y que con su madre lo convencieron con grandes esfuerzos de que no era así. El chico se echaba encima la culpa de todo, decía que había sido un estúpido al acercarse a Yosi y que hablaría con su padre para rogarle que le permitiera ir a vivir con él a Venezuela. Les confió el secreto del casamiento y Agustina Álzaga aprovechó aquella confianza para convencerlo de que ya era tarde para irse, que no podía dejar a Yosi después de aquello. A las diez de la noche, llegaron a casa Rodolfo y Clara

con gesto de quien viene de un velorio. Clara estaba demacrada pero serena, y en tono calmo y resentido me dijo que se imaginaba que yo estaría al tanto del romance porque era la abuela “piola”. Ninguna representación me salió tan perfecta como aquella, ni la de los personajes shakesperianos a los que estaba tan acostumbrada. Nada fue jamás tan verosímil como mi actuación de aquella noche. Fingí ofenderme, terriblemente, ante la falta de confianza de Yosi hacia mí, repetí varias veces que no entendía por qué mi nieta no me lo había contado ya que debería haberse imaginado que a mí me habría parecido muy divertido el romance con el mecánico. Al ver la cara de horror de Clara ante mis dichos, y el enojo que le produjeron, me di cuenta de que la había engañado. Agregué, con una sonrisa comprensiva, que, si tanto le molestaba el asunto, que lo terminara de una vez, que les prohibiera verse, que enviara a Yosi a Buenos Aires y que, en poco tiempo, ella lo olvidaría. Dije todo aquello sabiendo que la especialidad de mi hija es tomar la decisión exactamente contraria a las que yo le sugiero. Y así fue. Rodolfo no abrió la boca, sólo miraba a su mujer mientras hablaba. Lo último que dijo Clara antes de irse, fue que toda esta vergüenza se la debía a la estúpida de Agustina Álzaga, que la había convencido de mandar a Yosi a la Normal. “Seguro que, si la infeliz se entera de esto, si es que ya no lo sabe, me va a consolar diciendo que no me preocupe, que ahora está de moda andar con mecánicos”. “Yo creí que Facundo era el novio de Yosi”, murmuró Rodolfo con gesto incrédulo, a lo que Clara, mirándolo con cierto desprecio, acotó: “Sí, querido, si en algún momento otorgan el premio Nobel a la estupidez, nosotros dos lo vamos a recibir antes que nadie. El jurado, por unanimidad, va a declarar empate”. Respiré aliviada cuando se fueron, los había convencido de mi inocencia y agradecí que Augusto no estuviera allí porque no habría sabido disimular... Gonzalo, por favor, toque dos veces el timbre que está al lado de mi cama, para que la mucama nos traiga el té y cierre la ventana que el sol está bajando y tengo un poco de frío.

Emilce cerró los ojos mientras se hamacaba hasta que la mucama nos trajo el té con *scones*. Mientras lo tomábamos, me pidió que sacara del ropero unos cuadros enfundados y que los pusiera arriba de la cama. Se acercó para mostrármelos.

—Son de Augusto — dijo — ¿No son espléndidos? Es una lástima que sólo pudiera copiar, mire qué talento, yo le insistía en que creara, pero al final me convencí de que no era bueno para eso.

Miré una a una las pinturas al óleo que eran réplicas exactas de obras famosas. Le comenté que sólo un experto podría darse cuenta de que no eran originales. Volvimos a sentarnos y me pidió que le alcanzara un saco gris del ropero.

—Contarle esta historia me está helando hasta la sangre — dijo y continuó: - Todos se sorprendieron de la actitud de Clara, a partir de la mañana siguiente al escandaleta. Todos menos yo, ojalá no la conociera tanto. Clara fue a buscar a Yosi al colegio y cuando vio que Jorge se alejaba al verla, lo alcanzó y, con su mejor sonrisa, lo invitó a almorzar. El pobre chico quedó desconcertado, no sabía qué contestarle, pero Yosi, a quien la felicidad y la ingenuidad de su edad le habían opacado su intuición natural, lo tomó de la mano y lo llevó hasta el auto sin darle tiempo a reaccionar. En el trayecto, Clara se disculpó por su actitud del día anterior, les dijo que no sentía todo lo que había dicho, que su comportamiento se había debido a la decepción por comprobar que su hija no había confiado en ella y que lo único que le importaba era que Yosi fuera feliz. A partir de allí, todo pareció un cuento de hadas. Jorge entró a la casa de Yosi cuantas veces quiso, Rodolfo lo llevó a conocer sus dos campos, le explicaba todo, como dando por hecho que, en un futuro cercano, el chico sería parte de la familia. Lo llevaron a Buenos Aires en varias oportunidades, con Yosi, por supuesto. Iban a comer a los mejores lugares, al teatro, a visitar amigos de Rodolfo y Clara y hasta un día le ofrecieron ir juntos a visitar a su madre, pero el chico se negó. El tío de Jorge le comentó que le parecía extraño todo aquello, pero no entendía el porqué de un cambio tan radical. Yosi estaba realmente feliz, a pesar de que se vieron frustrados sus encuentros amorosos en “La Blanqueada”. Clara, que jamás pisaba el campo, de repente se vio envuelta en un halo de espiritualidad y nos acompañaba cada vez. El primer día que fuimos con Clara, Jorge estaba mudo, muy nervioso, tenía miedo de decir algo que delatara que conocía el lugar. Las citas de los dos como matrimonio, usted me entiende, debieron realizarse en mi casa del pueblo. Las mucamas no podían creer mi ataque de generosidad, ya que les daba tres tardes libres a la semana, además del domingo. Los chicos extrañaban la paz de sus amores en las casuarinas, pero Yosi decía que era preferible esta nueva etapa en que sus padres compartían su felicidad. Esta situación duró unos cuantos meses. El mundo hervía, el país vivía horas cruciales, regresaba Perón del exilio, se produjo la matanza de Ezeiza, Perón volvía a salir al balcón, se moría, algunos lloraban por eso, pero Jorge y Yosi parecían no enterarse, volaban juntos en un planeta

privado. Yosi iba al taller por las tardes para verlo trabajar, le encantaba hacerlo, aprendió a cebar mate y lo atendía como al marido que era en realidad. El chico compró, en cuotas, en la joyería Hernández, un solitario con un brillante muy chiquito que le debe haber costado varios sueldos. Yo dejé que las cosas siguieran su curso, sentía curiosidad por ver cómo terminaría el plan de Clara y no advertí a Yosi que, poco a poco, se fue dando cuenta sola porque Clara, que ya iba perdiendo la paciencia, lo fue haciendo evidente aun sin quererlo. Cuando Yosi por fin se convenció de que lo único que buscaba su madre era insertar a Jorge en ambientes totalmente ajenos a él para resaltar la diferencia que los separaba, ella misma trazó otro plan para que nadie intentara, jamás, separarlos. Clara fue realmente ingenua, no conocía a Yosi. Pensó que, porque el pobre chico dudara, desconcertado, al no saber qué cubierto tomar, primero, en un restaurante, porque sus corbatas colorinches desentonaron en el Colón, o porque se inhibiera ante las amistades de mi hija que lo mareaban a preguntas sobre su oficio, mi nieta dejaría de quererlo. Creo que Yosi lo quería más al verlo en una situación incómoda. Pero vuelvo a la decisión de Yosi. Al comprobar las intenciones de su madre, decidió “olvidarse” de las precauciones necesarias para no quedar embarazada. Vino a contármelo antes que a nadie, con una serenidad y un orgullo, que por primera vez dejé de verla como a mi chiquita y vi a una mujer hecha y derecha. De mi casa, corrió al taller y después de sofocarlo a besos, esas fueron sus palabras, le dio la noticia a su esposo que en un principio la abrazó emocionado, pero que al escuchar los gritos de su tío llamándolos inconscientes, inmaduros y desagradecidos, miró a Yosi como preguntándole por qué se había descuidado. Yo fui hasta lo de Clara, quería estar allí cuando los chicos dieran la noticia. Al anochecer, llegaron Yosi, radiante, y Jorge y su tío, nerviosos. Esperamos una hora y media en la biblioteca hasta que llegaron Rodolfo y Clara que habían salido. La única que hablaba era Yosi, le preguntaba a Jorge si prefería varón o mujer, qué nombre le pondrían. “Si es mujer lo elegís vos, así que decime cuál te gusta”, dijo mirando al pobre Jorge que tenía un susto tal, que no podía articular palabra. Ella insistió tanto que él dijo “Lucía”, con apuro. Seguramente, fue el primero que se le ocurrió y lo dijo para que Yosi no hablara más del tema.

Cuando Rodolfo y Clara llegaron y nos vieron, perdieron de inmediato el ceño relajado que traían, éramos evidentemente una comisión de malas noticias. El tío de Jorge se puso de pie y, luego de aclararse la garganta, alcanzó a decir, mirando a Clara, un “señora...” que Yosi interrumpió

diciendo que la disculpara pero que ella, personalmente, iba a comunicar a sus padres la noticia. A su padre ni lo miró. Se paró frente a Clara a tan poca distancia, que creo se sentirían la respiración y, con una sonrisa de triunfo, le enrostró un “estoy esperando un hijo”. Clara la miró, unos instantes, con los labios afinados, la cara colorada y los ojos fijos en los de su hija y, como única respuesta, le atravesó la cara de un cachetazo que tiró a Yosi al piso. Jorge se acercó a levantarla y le dijo a Clara que era la última vez que vería a su hija porque él se la llevaba de allí. “¿Adónde? preguntó Clara. ¿A que te cebe mate en el taller de batón y rúleros?” Sin esperar respuesta, mi hija salió de la biblioteca y fue a encerrarse a su cuarto. Yosi se acercó a su padre que había quedado petrificado en un rincón, lo abrazó, le dio un beso y le dijo que lo iba a llamar por teléfono, y que, si él quería, se verían cada tanto. Rodolfo pareció reaccionar, le pidió que esperara, cerró la puerta y nos hizo sentar a todos. Jorge le acariciaba la cara a Yosi y se lo veía impaciente por irse de allí. Rodolfo pareció meditar unos momentos y, dirigiéndose al tío de Jorge, dijo: “Es nuestra única hija, usted entenderá que yo no soportaría que se fuera así, comprenda a mi esposa, sólo quiere el bien de Yosi, aunque se equivoque. Yo prometo aceptar esta situación con todas sus consecuencias, pero acepten ustedes mi propuesta, agregó mirando a Yosi y a Jorge. Mi esposa odia los escándalos, vivimos en un pueblo, y aunque para ustedes no sea importante, les pido que sean tolerantes. Mi hermano tiene un campo en Esquel, donde viven el administrador y su familia. Yo me iría allí con Yosi durante un mes, prepararíamos el casamiento como ustedes lo prefieran, y al cumplirse ese tiempo yo te vendría a buscar, dijo mirando a Jorge. Una vez casados, volveríamos a Chascomús. Parece tonto todo esto, pero Clara no toleraría ver a todo el pueblo, apiñado, en la puerta de la iglesia, curioseando a nuestra hija que se casa de apuro”. Yosi empezó diciendo un “no, papá”, que el tío de Jorge interrumpió para decir que los chicos aceptarían la propuesta, pero que al volver vivirían en su casa, que terminarían quinto año para lo que sólo les faltaban seis meses, y que no aceptarían ninguna ayuda monetaria de los Unzué, a excepción de regalos personales a Yosi, y aclaró que el apoyaría a su sobrino para que siguiera estudiando. Rodolfo quedó callado, sólo unos minutos, para luego decir un parco: “de acuerdo”. Miramos a los chicos que hablaban en voz baja, Jorge parecía estar convenciendo a Yosi, hasta que por fin nos miró y dijo “está bien”. A los cuatro días, un domingo frío y lluvioso de junio, Yosi y su padre partieron en auto, dejando a Jorge, desconsolado, en la vereda y a Clara en el umbral de la puerta, con

la cara sin emoción alguna y sin que hubiera dado a su hija, un beso de despedida. Yosi nos escribía a Jorge y a mí casi todos los días, nos hablaba por teléfono, nos contaba que Rodolfo había recorrido todas las iglesias y que se preocupaba por el color de las flores. Comentaba que le parecía absurdo “casarse” cuando ya estaba casada, pero que le daría el gusto a su padre. Augusto viajó a las dos semanas para estar con Yosi, y yo habría viajado con mi yerno y Jorge para la boda, si las cosas no hubiesen terminado como terminaron... Disculpe, ya se ha hecho tarde, yo no como a la noche, pero puedo hacerle traer algo. ¿Tiene hambre?

—No —contesté— no podría comer, gracias.

—Bueno, entonces sigo porque si no, vamos a amanecer aquí sin que yo haya terminado. Una noche, Rodolfo llegó con Augusto, se habían turnado para manejar y dormir, pero estaban exhaustos. Decidieron que saldríamos para Esquel a los dos días, ya que la boda se llevaría a cabo cinco días después. Todo estaba saliendo bien, el permiso del padre de Jorge, para que siendo menor pudiera casarse, había llegado de Venezuela a tiempo, y yo había empezado a creer que mis malos presentimientos eran tonterías de abuela preocupada. Facundo y Augusto fueron a avisarle a Jorge el día y la hora en que viajaríamos. Facundo nos había anunciado que lo haría con su madre, en avión, el mismo día de la boda. Percibí un dejo de pena cuando lo dijo, creo que el pobre chico se había dado cuenta, tarde, de que estaba enamorado de Yosi. Pensar que él mismo los había ayudado y se había prestado a servir de pantalla cuando Yosi y Jorge salían a escondidas. Voy a resumirle lo que falta, disculpe, pero estoy muy cansada. Llegamos al taller, el día convenido, a las seis de la mañana. Nadie contestaba el timbre, hasta que luego de mucho insistir apareció el tío de Jorge, ojeroso, con el gesto evidente de quien no ha dormido. Abrió la puerta, a medias, y le dijo a mi yerno: “Se fue”. “¿Cómo que se fue?!”, gritó Rodolfo fuera de sí. “Se fue a vivir con su padre y no quiso decirme por qué, tal vez ustedes lo sepan mejor que yo”, agregó y cerró la puerta. Cuando subió al auto, mi yerno trató de ocultar las lágrimas, imaginaba el momento de decirle a Yosi lo que había pasado. Augusto se puso como loco, “mocoso de mierda decía- si llega a volver, algún día, lo mato”. Nos pidió que lo dejáramos en casa, se disculpó asumiéndose cobarde, y diciendo que no soportaría ver a Yosi cuando recibiera la noticia. Partimos con mi yerno y llegamos a Esquel, a la noche muy tarde. Pensamos que nos iba a recibir Yosi, ansiosa por ver a Jorge, pero el que se adelantó al auto fue el administrador que, en forma desordenada y

nerviosa, nos dijo que Yosi estaba en un estado que parecía muerta, que esa tarde había recibido una carta, y que su esposa la había encontrado tirada en el piso de su cuarto, rígida, con el papel abollado en una mano, y que ninguno de los dos había logrado abrirle los dedos para sacársela. Corrimos hasta el cuarto, Yosi seguía en el piso, la mujer del administrador le acariciaba la cabeza y le hablaba sin obtener respuesta. Entre Rodolfo y el administrador la levantaron y la acostaron en la cama. Seguía con los ojos abiertos y fijos, parecía no vernos y no lográbamos enderezarla. Mi yerno fue hasta el pueblo y volvió con un médico que, después de revisarla, nos anunció que estaba en shock y le inyectó un calmante para que durmiera. Una vez que la vimos dormida, Rodolfo tomó la carta de la mano de Yosi, la leyó dos o tres veces. Me la entregó en silencio y salió de la habitación. Reconocí, en el acto, la letra de Jorge, Yosi siempre me mostraba las cartas que él le daba con poemas o letras nuevas de canciones, y no podía convencerme de lo que leía. En cinco carillas, le daba sus razones para haberla dejado. Le decía que la liberaba del juramento de las casuarinas, que lo perdonara por ser un cobarde pero que, en ese tiempo de estar separados, se había dado cuenta de que eran demasiado jóvenes, que Clara tenía razón, que él no podía imaginar a Yosi viviendo al lado de un taller mecánico y que tampoco quería ese futuro para su hijo. Agregaba que no se sentía maduro para ser padre y que el chico se criaría mejor en casa de Yosi. La tranquilizaba diciéndole que no lo reclamaría y que él jamás dejaría de quererla. Terminaba la carta suplicándole que no le hablara mal de él a su hijo y repitiéndole que la iba a querer siempre. Las únicas palabras que oímos decir a Yosi, al día siguiente, cuando despertó, fueron que ella no volvería a Chascomús. Dijo eso y enmudeció durante todo el embarazo y hasta un mes después de nacida Lucía. Fueron espantosos aquellos meses. Rodolfo tuvo que volver a Chascomús para atender sus cosas, así que iba y venía cuantas veces sus ocupaciones se lo permitían y yo me quedé con ella allí. Clara viajó e intentó quedarse, pero al ver que Yosi se alteraba con su presencia, iba sólo cada dos meses y la miraba desde la puerta del cuarto sin atreverse a entrar. A Yosi, que no se levantaba de la cama, hubo que ponerle suero varias veces porque pasaba días enteros negándose a comer. Cuando llegó el momento del parto, tuvieron que practicarle una cesárea porque estaba muy débil y no ayudó en ningún momento. Estaba tan delgada que parecía que no podría sobrevivir a la operación. Clara intentó ponerle a la beba en los brazos, pero con sólo ver la mirada de Yosi, desistió. Para mi asombro, Clara atendió a Lucía durante un mes, sin permitirme que

la ayude, durmiendo mal y sin quejarse. Cuando la chiquita cumplió un mes, esperó a que Yosi se durmiera y puso el moisés con Lucía, pegado a su cama. Yo estaba asustada, sabía que la beba lloraría para comer a las dos horas y temía por la reacción de Yosi. Por primera vez, Clara pareció conocerla mejor que yo. Nos sentamos las dos en el pasillo, al lado de la puerta del cuarto de Yosi. Cuando oímos llorar a Lucía nos paramos las dos y escuchamos. El llanto duró unos minutos, luego vino un silencio que nos asustó tanto que estuve a punto de entrar, pero oímos llorar a Yosi, primero débilmente y luego con sollozos desgarradores. No sabíamos qué hacer, pero ella misma nos salvó de la incertidumbre. Al rato, abrió la puerta del cuarto con la beba en los brazos, tenía la cara hinchada de tanto llorar y, sin parecer sorprendida por vernos allí, nos preguntó adónde estaban las mamaderas. A partir de ese día, habló normalmente, aunque como le dije ayer, nunca volvió a ser Yosi. Los únicos indicios visibles de sensibilidad que ha demostrado en estos años, es cuando está con su hija, con todos los demás es amable pero distante. En uno de los viajes de Rodolfo, ella nos reunió, le pidió a mi yerno que le alquilara una casa en las afueras de Esquel, y a Clara y a mí, después de agradecernos los cuidados para con ella y Lucía, nos dijo que quería vivir sola con su hija. Se disculpó diciendo que no quería parecer desagradecida, pero que volviéramos a Chascomús y que la visitáramos a menudo. Yosi vivió quince años allí, sin venir a Chascomús ni una sola vez. Es largo de contar esa etapa de la vida de mi nieta y no tenemos tiempo, ni importa para lo que usted vino a averiguar. Volvió el año pasado, se fue a vivir a “La Blanqueada” y rara vez sale de allí. Con Augusto pusimos el campo a su nombre hace cinco años, con la esperanza de que alguna vez superara tanto dolor y volviera. Pero el destino la persigue, volvió y, al poco tiempo, recibió una citación por el juicio iniciado por Jorge Villalba por reconocimiento y tenencia de Lucía. Hasta aquí es todo lo que yo puedo contarle de la historia de Yosi con Jorge Villalba. Espero que pueda ayudarla, sé que va a poder.

Salí de la habitación de Emilce, agobiado, repasando el relato. La casa estaba en penumbras y, cuando ya casi llegaba al patio español, una puerta del final del pasillo, se abrió. Distinguí una silueta de mujer, con ropa larga, supongo que un camisón. Como si pareciera conocerme dijo: “Yo soy la mala de la película ¿verdad? ¿Eso le dijo mi madre?”

— ¿Clara? —pregunté.

—Sí —contestó.

## CLARA

Estaba parada mirándome, con un hombro apoyado en el marco de la puerta. Intenté acercarme, pero me ordenó que no me moviera. “No estoy presentable -dijo- y, como ya le habrá dicho Emilce, soy una mujer superficial, no me gusta que me vean sin arreglo”.

— ¿Usted llama a su madre por el nombre? —pregunté.

—Por supuesto —contestó— así le gusta a ella. Emilce no es madre, ni abuela, ni bisabuela, ella es, simplemente, Emilce. No sé quién es usted ni por qué está aquí, pero sé que anduvo averiguando cosas que no son de su incumbencia. No se preocupe, no es mi costumbre escuchar detrás de las puertas, pero la mucama estaba preocupada con su presencia y me dijo que alcanzó a oír que Emilce le hablaba de mi hija y del Juicio. Pasó dos días encerrado con mi madre, no sé qué historia le habrá contado ella, pero quiero saber qué derecho tiene usted a preguntar. Le aclaro que, si es periodista y publica algo de la conversación con mi madre, voy a demandarlo. Ella está vieja y divaga así que olvide lo que le dijo.

—Yo la vi muy bien —contesté— me pareció una persona con sus facultades mentales a pleno.

— ¿Le parece? ¿No le contó, Emilce, que las casuarinas de “La Blanqueada” hablan, cantan, y que tienen atrapado un Ave María? Eso es lo que ella dice. ¿Usted ve eso normal?

Guardé silencio unos minutos, quedé desconcertado porque tanto había vivido el relato de Emilce, que lo de las casuarinas me había resultado coherente. Escuchando a Clara, tomé conciencia de la cuota de fantasía que cargaba la historia de su madre. Luego dije:

—Soy periodista, pero no vengo a buscar notas, no puedo explicarle por qué me interesa esta historia, sólo puedo decirle que alguien quiere ayudar a su hija y a Jorge Villalba. Las cosas no fueron como parecen, por lo menos así lo cree quien me encargó este viaje. Si usted pudiera aportar algo...

—Yo no voy a darle ninguna ayuda a una persona que no sé quién es, y no tengo por qué creerle sus buenas intenciones. Sólo me interesa que no se vaya con la visión de mi madre. Sé perfectamente lo que ella cree que soy, una mujer superficial, materialista, egocéntrica y algo tonta. Seguramente le habló de mi hermano Augusto, de su bebé soñado, sensible y débil.

— ¿Por qué ese dejo de resentimiento?

—Porque me dejaron afuera, eran ellos dos, sólo ellos. A mi padre también lo apartaron. Emilce tomó distancia conmigo y logró que Yosi fuera parte de su mundo, lo que llevó a mi hija a ser ajena a mí. Todos sus secretos y suspiros iban a parar al regazo de Emilce, no al mío, se miraban con complicidad dejando de hablar al verme entrar. Me sentía humillada, menospreciada. Tal vez le habrá hablado de mi obsesión por el dinero, pero le aclaro que, si bien me gusta tenerlo y disfrutarlo, me casé con mi marido porque estaba enamorada de él, no por miedo a que alguien se case conmigo por interés, como Emilce cree. En cuanto a mi intervención en el noviazgo de mi hija, traté de disuadirla porque no creí ni creo que pudiera ser feliz, al pasar los años, con un chico que venía de un mundo tan diferente. Si alguna vez lo ofendí, directa o indirectamente, después lo lamenté, no por el enojo de Yosi, sino porque realmente no sentía lo que decía, sólo estaba furiosa porque también me habían dejado afuera. Me tuve que enterar por una chusma del pueblo que vino, radiante, a disfrutar mi cara de asombro. Realmente me equivoqué con ese chico, yo trataba de separarlo de Yosi por lo que ya le dije, pero con cargo de conciencia, porque pensaba que era una buena persona. Allí estuvo mi error, cuando tuvo que demostrar su amor, escapó como un cobarde, y ahora vuelve con cara de distraído a decir que no sabía que tenía una hija. Aparece en la vida de Yosi después de dieciséis años, lleno de plata, a reclamar a Lucía y con una grave acusación a mi hija.

— ¿Dónde estaba usted cuando su esposo y Yosi fueron a Esquel y cuando desapareció Jorge Villalba?

—Yo los despedí en la vereda de mi casa. Cuando perdí de vista el auto, me acerqué a Jorge Villalba que lloraba sin consuelo y repetía entre hipos: “No me dejes un domingo, Yosi”. Yo me compadecí de él, no hay nada más triste que sufrir los domingos. Lo hice entrar a casa, le serví un café, lo consolé diciéndole que sólo faltaba un mes, que tuviera paciencia. Yo, la mujer fría y desalmada, consolé al chico. Estaba furiosa con la situación, pero no contra él, es más, aquel día tomé conciencia de que le tenía cariño, me apenaba su situación familiar y, en definitiva, mi lucha contra aquel noviazgo no era personal sino por las diferencias que le aseguro eran muy notorias. Al mirarlo llorar por Yosi, reconocí en mi interior que él había sido una buena influencia para mi hija ya que, mientras duró aquella relación, Yosi no debió ser internada. Al día siguiente, me fui a Buenos Aires, hice diseñar el vestido de novia de Yosi a Inés Duggan y encargué que se lo enviaran. Tampoco le habrá dicho eso mi madre, se habrá detenido a describir la cachetada que

pegué a mi hija. Luego, viajé a Washington, a la casa de una amiga. No quería estar en la boda, ni en Chascomús en esa fecha. Mi hija me había mostrado su desprecio al darme la noticia de su embarazo, así que me alejé. Adelanté mi regreso, cuando Rodolfo me llamó para decirme lo que había pasado y que Yosi estaba muy mal, pero ella tampoco me aceptó.

— ¿Por qué internaban a Yosi?

—Eso a usted no le interesa.

— ¿Era anoréxica? Sé de un período en que dejó de comer.

—No saque conclusiones en el aire, usted no sabe nada. Mi hija jamás fue anoréxica, simplemente no es una chica fuerte y, aunque se alimente bien, siempre está al límite de lo normal en su peso. Cuando baja medio kilo los médicos deciden internarla, le dan un shock vitamínico, dietas especiales y cuando vuelve a la normalidad, le dan el alta.

— ¿Tiene algún nombre esa enfermedad?

— ¿Cuál es el nombre de la persona que lo mandó a usted a investigar?

—Está bien, dejémoslo así. ¿De qué murió su esposo?

—Rodolfo tuvo, hace tres años, dos infartos muy seguidos que lo dejaron casi inválido, pasó un año en cama con fuertes medicamentos, hasta que murió.

— ¿Y Yosi no viajó a ver a su padre en todo ese año? — pregunté incrédulo.

—No, Yosi se transformó en una mujer sin sentimientos. Desde lo del venezolano, sólo Lucía logró conmoverla, a los demás nos trata con una amabilidad fría y distante. Mi esposo se desvivió por ella, desatendía sus cosas, viajaba a Esquel cada vez más seguido cuando Yosi decidió radicarse allí. Le alquiló una casa y, al cumplir, Lucía, tres años, les compró una quinta al pie de la montaña y le dio cuanto dinero se le antojó pedir. Usted pensará que eso no es ayuda, que el dinero no cura el alma, pero Yosi no aceptaba otra cosa. Cuando intentábamos hablarle del tema, decirle que tratara de olvidar, ella nos dejaba hablando, se levantaba y se iba. Al enfermarse Rodolfo, la llamé varias veces, le reprochaba su indiferencia, le rogaba que viniera a verlo, le avisé que iba a morir, le grité que viniera a despedirse de su padre, pero ella, impávida, me contestaba que no podía volver y que, de todas maneras, su presencia no solucionaría nada. Nos encerró a todos en una misma bolsa de rencor frío, a nosotros junto a Jorge Villalba.

—No entiendo cómo permitieron que Yosi se radicara sola en Esquel sabiendo que su salud era tan precaria.

—Le repito que usted no entiende nada. Los médicos aconsejaron que la dejáramos si ése era su deseo, que eso le haría bien. ¿Usted dice sola? Diga mejor sin familiares, tenía más personal doméstico que el necesario y un ama de llaves encargada de manejarlo. Seleccionamos a esa mujer entre veintiséis que aspiraban al empleo ya que tenía que dirigir la casa y ser una suerte de vigilante de mi hija. Tenía contacto permanente con los médicos y nos comunicábamos diariamente por teléfono con ella. Tuvimos suerte, se manejó con mucha inteligencia y nos ahorró muchas preocupaciones.

—Era muy joven su esposo. ¿La tristeza de Yosi pudo haber sido la causa de los infartos?

—Puede haber ayudado, pero ese no fue el detonante. Hace cinco años, Augusto y Emilce pusieron “La Blanqueada” a nombre de Yosi, alegando que algún día eso la haría volver. La verdad es que idearon aquella treta legal, asesorados por su abogado. Augusto había dilapidado cifras siderales, y los acreedores lo perseguían por todo el pueblo. Tenía el típico vicio de los pueblerinos ricos: el juego. Primero arruinó a mi madre y luego siguió con nosotros.

—Pensé que no tenían problemas de dinero —dije sorprendido.

— ¿Eso le dijo Emilce? — preguntó con risa irónica. No esperó mi respuesta y continuó. - Poco antes de que Rodolfo enfermara, lo llamaron del Banco porque les llamó la atención unas operaciones con cheques, poco usuales en mi marido. Los cheques ya habían sido pagados a los solicitantes, mi marido reconoció su firma, pero insistía en que él no los había firmado. El gerente le aconsejó que iniciara una causa penal. Rodolfo llegó a casa demudado, se sentó en su sillón con la cabeza entre las manos, durante una hora sin hablarme. Después me pidió que lo acompañara a casa de Emilce. Cuando llegamos, Augusto estaba por salir, pero Rodolfo lo agarró de la ropa y lo hizo entrar nuevamente. Tuve que rogarle que parara, porque ni bien estuvimos adentro, empezó a trompearlo y a insultarlo. Augusto no se defendía, estaba hecho un bollo en el piso, llorando como un idiota. Apareció Emilce, lo levantó como si fuera un bebé y lo llevó a su cuarto. Yo lloraba sin entender nada hasta que Emilce reapareció para recriminarle a mi marido cómo le había dejado la cara a Augusto. Rodolfo la dejó hablando sola, me llevó hasta el auto y, al llegar a casa, me dijo que Augusto había falsificado su firma en los cheques, que le había costado convencerse de aquello, pero que así era. Me dijo que nuestra situación quedaba muy comprometida, porque las sumas de los cheques eran serias. Era tal mi furia, ante semejante

traición, que le pedí que lo denunciara, pero Rodolfo, que tenía la nobleza que me falta a mí, me dijo: “Es tu hermano, vamos a arreglar esto”. El dinero de los cheques era irrecuperable y Rodolfo se hizo cargo, también, de las deudas de mi hermano. Para eso tuvo que vender el mejor de los dos campos que teníamos, y rematar hacienda del otro. Lo que nos quedaba se iba rápido, había que mantener a Yosi y a Lucía, indemnizar a la gente que tuvo que despedir Rodolfo y mantener “La Blanqueada”, que ya estaba a nombre de Yosi. Son quinientas hectáreas peladas, cuando hicieron el cambio de nombre, sólo quedaban la casa y los muebles, había que pagarle el sueldo al encargado... Al morir mi esposo, tuve que vender mi casa y mudarme aquí, indemnizar al personal de Esquel cuando Yosi volvió a Chascomús, las cuentas de los médicos no son chiste, se lo aseguro, y todo eso debo afrontarlo con lo poco que queda. En fin, ese era mi hermano: mujeriego, jugador, indolente y terminó arruinándonos a todos. Ahora estoy tratando de levantar una hipoteca sobre “La Blanqueada”. Tengo mucho miedo de perder esas tierras, Yosi no podría soportarlo.

—Su hija tiene edad para afrontar sus propios problemas, no veo por qué usted tiene que cargar con todo.

—Que tenga buen viaje.

—Una pregunta más. ¿Por qué se suicidó Augusto?

—Eso pregúnteselo a Agustina Álzaga.

—¿Cómo? —pregunté sorprendido.

—Ya le dije más de lo que quería decir. No sé por qué le conté todas estas cosas.

Dijo eso, entró a su cuarto y cerró la puerta.

—Seguramente por ayudar a Yosi — contesté, aunque ya no me escuchaba.

## LUCÍA

Cuando salí de la casa, la noche estaba fría, el reloj de la plaza daba una campanada y me sentía profundamente cansado, de cuerpo y alma. Esta historia se me había metido en las venas. Caminé las siete cuadras que me separaban del hotel, confundido, porque a pesar de que la conversación con Clara me había llevado al sospechoso, no entendía el porqué de su maniobra. Las contradicciones entre los relatos de Clara y Emilce me despistaban. Comprendí por qué el hotelero me había dado aquella dirección cuando pregunté por la casa de los Unzué. No quedaba ninguna propiedad de ellos en el pueblo, la casa era de Emilce, pero Clara vivía allí. Busqué mi auto en el hotel y salí a recorrer la costanera. El único ser viviente que crucé fue un borracho trasnochado. Paré frente al Club de Regatas, enfoqué los botes con los faros del auto y, mientras los miraba, pensaba si no sería tarde ya para arreglar aquello. El tema legal posiblemente se resolvería, pero dudaba de que el dolor acumulado durante dieciséis años, tuviera remedio. Cuando mis pensamientos llegaron a un pesimismo total, recordé la declaración de Jorge a Yosi en su paseo en bote. “Te quiero demasiado”. Aquel recuerdo me dio una esperanza, y con ella me fui a dormir al hotel.

No quería irme, pero en la revista no me disculparían otro día de ausencia. Quería seguir investigando, visitar a Agustina Álzaga, Clara me había dejado aquella duda torturante. No podía relacionarla con la ruptura de Jorge y Yosi, aunque Emilce había dicho que Facundo terminó enamorado de ella. Pero estaba involucrada en el suicidio de Augusto y eso no cerraba. En el momento en que cargaba el bolso al auto, una voz, a mi espalda, me llamó por mi nombre. Era Lucía. Vestía guardapolvo y mochila.

— ¿Vos conocés a mi padre? — preguntó.

—No —contesté— sólo por las revistas.

— ¿Por qué andás preguntando por él?

— ¿Cómo sabés eso?

—Esto es un pueblo —contestó— Antes de entrar al colegio alguien me contó que fuiste al taller mecánico de su tío y preguntaste por él.

— ¿Qué hacés fuera del colegio? — pregunté y en el acto me sentí un idiota.

—Me hice la rata y empecé a buscarte por los hoteles. Y no pongas esa cara de adulto horrorizado, no tenés edad para eso.

Yo ya estaba harto de mi explicación misteriosa, de no poder decir la verdadera razón de mi viaje, así que decidí confiar en ella, fuimos al bar del hotel y hablé por teléfono a la revista. Inventé un desperfecto mecánico y avisé que llegaría al día siguiente. Cuando volví a la mesa, le pregunté si estaba al tanto del problema judicial en el que sus padres se enfrentarían. Me dijo que sabía poco, que Yosi le había contado que su padre reclamaba darle su apellido y que viviera con él. Agregó que no entendía por qué aparecía tantos años después. “Si mi padre gana el juicio, dijo, mi madre va a morir, creo que sobrevivió todo este tiempo por cuidarme. Es una mujer extraña, si yo tuviera que ir a vivir a Venezuela, pienso que se echaría bajo las casuarinas a dejarse morir, no porque no pueda vivir sin mí, lo que no puede es vivir sin él. Si yo dejo de ser su responsabilidad, se va a entregar”.

— ¿Qué sabés de la separación de tus padres?

—Mamá me dijo que ella lo esperaba en Esquel para casarse, pero que recibió una carta de mi padre, en la que explicaba que no estaba maduro para el matrimonio pero que siempre nos iba a querer. Me puse furiosa cuando me contó eso, le dije que él era un cobarde asqueroso, que cómo se atrevía a decir que nos iba a querer siempre, si no quería vernos. Fue la única vez que mi madre estuvo a punto de pegarme, levantó la mano, pero se arrepintió y sólo me dijo que nunca volviera a hablar así de mi padre, que ella no lo iba a permitir, que él era sólo un chico cuando hizo aquello, que tenía diecisiete años y que era comprensible que se asustara. Yo le contesté que ella tenía diecisiete años cuando me tuvo a mí. “También estaba muerta de miedo”, me dijo. “Porque estabas sola, mamá”, le dije y no quiso hablar más del tema. Durante los años que vivimos en Esquel, mi madre vivió como en una isla, ahuyentó a cuanto hombre quiso acercarse a ella. Yo le preguntaba por qué no se casaba, pero ella me contestaba que ya estaba casada. Llevaba una alianza en su dedo, tal vez se inventó un casamiento imaginario con mi padre.

—Eso te lo voy a aclarar más adelante —dije mirando a Lucía a los ojos—  
Lo importante, es que sepas que en las declaraciones previas al juicio que el Juez tomó a tu padre y a tu madre en forma individual, los dos aseguran haber recibido una carta del otro cortando la relación. Tu padre declaró que Augusto apareció por su casa cuando se aproximaba la fecha en la que él viajaría a Esquel, y le entregó una carta de Yosi en la que le decía que había perdido el embarazo, posiblemente, por el largo viaje en auto y el nerviosismo de los últimos tiempos, que ella tomaba aquello como un aviso de lo que sería la relación entre los dos, que en la soledad había recapacitado

y que entendía los argumentos de sus padres. Le pedía que la olvidara y que no le guardara rencor, que no le hiciera las cosas más difíciles y que no intentara buscarla. El Juez le preguntó si estaba seguro de que la carta realmente era de Yosi, y él dijo que sí, que conocía perfectamente su letra, y que la carta traía un certificado médico con sellos de una clínica que no recordaba el nombre, donde constaba la pérdida del embarazo. Agregó que su primer impulso fue ir a verla, no podía creer lo que leía, pero que la humillación y la decepción pudieron más, y que por eso se había ido a Venezuela, con la idea de no volver nunca más.

—Esas son mentiras de él, para ganar el juicio —dijo Lucía.

—No — dije—. Tu madre declaró lo que te dijo a vos. Los dos le dijeron al Juez que habían destruido las cartas, ninguno puede probar que las recibió, pero el Juez les cree a los dos. Me pidió que viajara para tratar de esclarecer esto. Tu madre se niega a que Jorge Villalba te reconozca, porque dice que él no tiene ningún derecho sobre vos después de dieciséis años de abandono. Tu padre no puede probar que no supo de tu existencia durante tantos años, porque no tiene la carta. Los abogados de ambos están preocupados porque ganen sus respectivos clientes, y no les importa nada más.

— ¿Quién querría separarlos por maldad? — preguntó Lucía a punto de echarse a llorar.

—No sé quién en realidad, pero creo saber quién falsificó las cartas con tanta perfección.

— ¿Quién? —preguntó Lucía.

—Tu tío abuelo Augusto. Pero no entiendo por qué lo hizo.

Lucía se quedó callada, con la mirada fija en el mantel, respiraba agitada y luego de unos minutos levantó la vista y me preguntó:

— ¿O sea que mi padre nunca mandó esa carta?

—Yo creo que no, pero no sé cómo probarlo.

Con una sonrisa, y todavía reponiéndose de la sorpresa, dijo:

— ¿Sabés que conocí a mi padre?

— ¿Cuándo? — pregunté sorprendido.

—Unos días antes de que citaran a mi madre —contestó. A los dos meses de estar viviendo en “La Blanqueada”, una mañana, apenas clareaba, estaba por subir al auto para que Rubén, el encargado, me llevara al colegio, cuando él apareció en un auto. Primero no lo reconocí; lo conocía por fotos nada más, llevaba puestos anteojos negros, tenía la boca y los pómulos hinchados y oscurecidos. Me miraba y no hablaba, había empezado a darme miedo. Rubén

bajó del auto y le preguntó qué quería. Mi padre no le contestó, siguió mirándome hasta que me dijo: “¿Lucía?”. Sí, le dije yo, nerviosa, todavía sin reconocerlo. Estiró la mano como para tocarme la cara y yo retrocedí. En ese instante, vimos a los dóberman que venían hacia él, en silencio, pero en evidente actitud de ataque. Mi padre corrió hasta el camino de casuarinas y una magia lo envolvió allí, los dóberman se detuvieron y se sentaron expectantes. Miré hacia la casa porque mi padre miraba hacia allí, y vi a mi madre en el parque, con las cadenas de los perros en la mano. Le dirigía una mirada glacial que me dio piel de gallina, nunca había visto esa mirada en ella. Él la observaba con rencor, yo no podía entender cómo esas dos personas se habían querido tanto alguna vez. Mi padre hablaba desde las casuarinas, no podía moverse de allí por los perros, pero yo me tapé los oídos, corrí hasta donde estaba mamá y con ella entramos a la casa. Rubén sostuvo a los perros y le dijo a mi padre que se subiera pronto al auto. Él se fue, dejándole dicho a mamá que ya recibiría noticias suyas. Al poco tiempo, llegó la citación y anda como suspendida, más lejana que de costumbre. Verlo me produjo una confusión terrible, porque al descubrir quién era, sentí tantas cosas distintas a la vez... Odio, rencor, curiosidad, alegría porque quisiera verme, otra vez rencor, compasión cuando me llamaba desde las casuarinas, vergüenza de compadecerlo al pensar en lo que le había hecho a mi madre. Todo eso en minutos, no lo quería mirar, pero no podía dejar de hacerlo. Me intrigaba saber qué le había pasado, si había tenido un accidente o lo habían golpeado, si vivía con alguna mujer... Sabía que no estaba casado porque, a escondidas de mamá, leía las revistas en donde le hacían reportajes, pero eso no quitaba que tuviera alguna mujer. También compraba, a escondidas, sus cassetes y los escuchaba en el walkman. Un día, entré a mi cuarto y vi a mamá mirándolos, los había encontrado al ordenar mi placard. Pensé que iba a enojarse, pero no dijo nada, así que cuando salía del cuarto, le pregunté si quería oírlos. “No”, me dijo y se fue. Me sorprendió la reacción de mamá al ver a mi padre, ella ante mí lo había defendido, pero fijate que le largó los perros, lo podrían haber matado si no se hubiese amparado bajo las casuarinas.

— ¿Vos decís que las casuarinas lo protegieron de los perros?

—Sí, sé que suena increíble, pero lo vi clarito.

—Entonces Emilce no está loca. Ella le atribuye a la arboleda cosas extrañas.

— ¿Emilce, loca? ¡No! — contestó Lucía. -A veces, puede fantasear algún cuento cuando le conviene, pero está más cuerda que yo. Te aseguro que a mi papá le salvaron la vida, son perros entrenados. Desde ese día, mamá hizo poner un candado en la tranquera de entrada y tiene sueltos a los perros, por si alguien decide saltarla.

— ¿Por qué tu madre decidió volver a Chascomús?

—En un primer momento no lo entendí, me pareció una decisión caprichosa y egoísta de su parte. No quería irme de Esquel, tenía mis amigos, mis compañeros desde jardín de infantes, mis montañas...

Lucía tragó saliva en las que intuí, irían unas cuantas lágrimas y, en cuanto pudo, siguió:

—Me comunicó la decisión sin haberme consultado y de nada sirvieron mis llantos ni los de mis amigos, lloraba hasta el jardinero, pero ella se encerró en una barrera de silencio, parecía insensible a mi dolor. A la semana, partía el camión de mudanzas con todos mis recuerdos a cuestas camino a “La Blanqueada”. La noche anterior, no dormí pegada a los vidrios de la ventana de mi cuarto tratando de absorber el paisaje para siempre. Estaba furiosa con mi madre, no le dirigí la palabra durante muchos días. Ella no me molestó. Me dejó vivir mi rencor y esperó paciente, sabiendo que la quiero tanto que no resistiría mucho tiempo y así fue, poco a poco, como para recriminarle su decisión y echarle en cara mi dolor, empecé a hablarle. Llegó el día en que no pude aguantar más y la abracé diciéndole que la quería más que a cualquier lugar y amigo del mundo. El viaje fue una calamidad, nos fue a buscar Facundo Álzaga, mi padrino, lloré todo el tiempo, mamá no abrió la boca en todo el camino, y el pobre Facundo trataba de animarme hablando hasta por los codos, cantaba, hacía bromas, pero no consiguió nada. Ahora estoy bien, tengo buenos compañeros, “La Blanqueada” es un lugar soñado, aunque a veces me aburro, no soy como mi madre, la soledad no es mi fuerte, pero vengo a Chascomús para el colegio y cuantas veces se me da la gana, mamá no me lo prohíbe. Muchas veces duermo en lo de Emilce que es re piola como habrás visto y la paso bien. Lo que me preocupa, profundamente, es que ahora entiendo la razón que tuvo mamá para mudarse, sabe que en poco tiempo termino el secundario y que me voy a ir a estudiar a Buenos Aires. Es como si preparara el momento de entregarme a la vida con su misión cumplida, dejándome cerca de mis parientes y entregándose en paz a su lugar que es “La Blanqueada”. El día que llegamos al campo desde Esquel, ella actuó en forma tan natural como si hubiese estado allí el día anterior.

—No me contestes si te molesta esto, pero ¿has visto que internaran a tu madre?

—Sí, pero no pasa muy seguido. Mi abuela dice que tiene un problema de debilidad desde que era chica y que no debe estar por debajo de los 48 kilos.

—¿Qué hace en “La Blanqueada”?

—Disfruta de estar conmigo, por lo menos eso dice, escucha con paciencia oriental todos mis desvaríos adolescentes, me mimó todo el tiempo, es la mejor madre que me pudo tocar en suerte. Lee mucho, escribe, no sé qué porque después quema los cuadernos, y el resto del tiempo lo pasa en el camino de casuarinas; camina o se acuesta en la tierra y parece dormir. Aprendí a no molestarla en esos momentos, no contesta, aunque le anuncien un incendio.

—Quiero conocer a tu madre, Lucía, tenés que conseguirme eso. También quiero conocer las casuarinas.

—Lo segundo, encantada, pero cuando no esté mi madre. En cuanto a lo primero, imposible, no lograrías nada, no habla con nadie del tema, ni conmigo. Se limitó a informarme el porqué del Juicio y no volvió a contestar a ninguna de mis preguntas. Ella es la señora de los silencios, los maneja a su antojo, habla pocas veces y contesta sólo cuando tiene ganas. Siente que no es su obligación hablar sobre lo que no quiere. No queda en un silencio tenso o nervioso por el tipo de pregunta, simplemente no responde y sigue con lo que estaba haciendo como si el otro no hubiese hablado. Eso aumenta su soledad, la poca gente que la trata, se pone incómoda con esas actitudes y la esquiva.

—¿Conoció a alguien que le interesara en Esquel? Quiero decir algún hombre...

—Para mi desilusión no se interesó por ninguno y te puedo asegurar que tenía para elegir. Mamá tiene una luz que vuelve locos a los hombres. La mucama me contó que el primero que perdió los tornillos por ella fue el pediatra que me atendió cuando yo era bebé. Parece ser que el pobre, en la tercera consulta, le propuso casamiento. Mamá cortó por lo sano y cambió de médico, eligió uno que tenía sesenta años, que era casado y del Opus Dei. Con eso solucionó el problema del pediatra, pero no pudo con todos los demás, si no era algún médico que la atendía a ella, era el director del colegio adonde yo iba, o los padres divorciados de mis compañeros o el contador que administraba el dinero que mandaba mi abuelo y así, una lista demasiado

extensa para resumírtela ahora. Por culpa de los amores que provocaba mi madre sin buscarlo, casi tenemos un problema policial serio. Un vecino de quinta se había puesto un poco pesado queriendo conquistarla. Normalmente, el jardinero lo despedía diciéndole que mamá no podía atenderlo, pero un día el tipo ese la encontró en el parque de casa, estaba un poco pasado de vino y la quiso abrazar. Mamá le dijo que la esperara, que iba a buscar un abrigo para pasear con él. Volvió con la escopeta del jardinero y lo sacó a tiros. Gracias a Dios su puntería es muy mala, pero el no haberlo herido no nos salvó de la Policía que fue a buscar a mamá. El abogado logró sacarla a las pocas horas y llamó a mi abuelo a Chascomús. Llegó en el primer avión que consiguió y solucionó el conflicto pagando una considerable suma al vecinito enamorado. Al comprobar que mamá tampoco se enamorada del abogado que se desvivía por ella y que era un tipo joven, re pintón y buena persona, perdí todas las esperanzas que tenía de verla casada.

— ¿Cuándo viaja tu madre a Buenos Aires?

—El viernes, porque el lunes empieza el Juicio y tiene que entrevistarse con el abogado el fin de semana para arreglar los últimos detalles.

— ¿Si vengo el sábado, me llevarías a “La Blanqueada”?

—Por supuesto, si después me llevás a bailar.

—No, Lucía — dije— ya pasé por esa etapa, van a creer que soy un tío tuyo.

—Y dale con los años, ¿qué tenés? ¿Algún virus de vejez prematura?

—No, en serio, no me pidas eso, pensá alguna otra cosa para pedirme a cambio.

—Está bien, el sábado llevame a Buenos Aires y conseguime un encuentro con mi padre.

—No puedo hacer eso, está el Juicio de por medio y voy a terminar yo con un juicio encima, tu padre no está autorizado a verte, por ahora.

—Bueno, entonces no hay trato, olvidate de las casuarinas.

—Está bien, te llevo a bailar el sábado a la noche, es un trato.

— ¿Qué vas a hacer para probar lo de las cartas? Quiero ayudar. Si es como decís, quiero que mis padres se junten otra vez.

—Necesito la dirección de Facundo Álzaga y la de su madre.

—Te doy la de Facundo que vive en Buenos Aires, a lo de la madre voy con vos porque vive acá en Chascomús.

—Tengo que volver a Buenos Aires ya, si no me despiden del empleo. El sábado vamos a “La Blanqueada”, cumplo con mi promesa, y el domingo buscamos a la madre de Facundo.

Dejé a Lucía, feliz y nerviosa, en el bar del hotel, allí haría tiempo hasta el horario de salida del colegio. Tomé la Ruta 2, y no importaba cuántos kilómetros recorriera hacia la capital, el pueblo, la historia de Jorge y Yosi, con todas las personas que estaban involucradas en ella, viajaban conmigo, adheridos a mi piel.

## FACUNDO

Al entrar a Buenos Aires, me sentí un extraño. Los dos días que había pasado en Chascomús, se transformaron en los años que duró la historia de Yosi. La ciudad misma me había hechizado con sus bulevares, con la laguna, las calles empedradas, las casas coloniales intercaladas en barrios de modernos chalets y el hablar cantarín de sus habitantes. Me sentí atrapado en una red junto a los Unzué, los Álzaga, Jorge Villalba, las casuarinas que, aún sin conocerlas, comenzaban a ejercer su influjo sobre mí. Recordé las innumerables veces que había pasado, yendo por la Ruta 2 a Mar del Plata, por la entrada a aquella ciudad, sin prestar la menor atención y supe que ya no podría pasar por allí sin detenerme. Jamás me había pesado tanto la soledad como esa tarde al llegar a mi departamento. Tiré el bolso en un rincón, desplegué las notas sobre la mesa e hice algo que me sorprendió a mí mismo: llamé a mi madre y le dije que la quería. Le debía eso; mi egoísmo y mis horarios de porteño desenfrenado lo habían aplazado, como si dispusiera de todo el tiempo para hacerlo. Luego, organicé los apuntes y folletos del museo pampeano y escribí una nota mediocre y desapasionada, no podía concentrarme. La cara ilusionada de Lucía me torturaba, me sentía comprometido más que nunca, ya no era sólo con el Juez, era conmigo mismo. El pesimismo volvió a ganarme, tal vez la vista melancólica que me daba la ventana de mi departamento, de ese Buenos Aires apesadumbrado, ayudaba. ¿Y si me había equivocado y alguno de los dos estaba mintiendo? ¿Si sólo uno de ellos había mandado una carta destrozándole la vida al otro? El hecho de que Augusto fuera un excelente copiadore de pinturas y mejor falsificador de firmas, no garantizaba que él hubiera escrito las cartas.

Había sido vago, mujeriego, jugador, traidor, ¿pero podría ser tan hijo de puta de arruinarle la vida a Yosi?

Tomé café y fumé como un desesperado, terminé la nota mal y despacio, y esperé, impaciente, que llegaran las diez de la noche para llamar a Facundo. Lucía me había dicho que recién a esa hora lo encontraría. Por fin, llamé y tropecé con el primer obstáculo de mi investigación. No me atreví a decirle a Facundo lo del Juez, ya había sido demasiado indiscreto y volví al misterio de que quería ayudar a Yosi, pero sin poder decir porqué. Me escuchó en silencio y, finalmente, me mandó al carajo. Quedé perplejo, hasta ese momento todo había sido bastante fácil, las mujeres son más intuitivas,

confiaron en mí por una cuestión de electricidad corporal. Esto me descolocó, ya era miércoles a la noche, quedaba poco tiempo. Dormí abrazado a una caravana de pesadillas: Emilce, Clara, Yosi y Lucía me observaban y, señalándome, me decían a coro: “No lograste nada, nos arruinaste a todos, confiábamos en vos”. Después, el tío de Jorge Villalba, desde adentro de una fosa del taller, me amenazaba con una llave cruz y finalmente, veía a Augusto llevarse la pistola a la boca, como en cámara lenta, no escuchaba el ruido del disparo, luego su masa encefálica rodando por el piso lustrado de madera, a Clara gritándole: “Estaba recién encerado, idiota”. A Emilce que seguía meciéndose en su sillón como si nada pasara. Yosi entraba al lugar, lo tapaba con una manta y, manchándose de sangre, se tiraba al suelo, lo abrazaba y le cantaba una canción de cuna. En aquel punto, yo me despertaba transpirado, jadeando, y cuando lograba volver a dormir, las mismas secuencias se repetían una y otra vez.

Llegué a la oficina con cara de cadáver, sombrío y de mal humor, llamé al Juez a su despacho, pero estaba en audiencia. Soporté a mi delicado jefe gruñéndome un: “¿Por esta pelotudez te demoraste tres días? ¿Te fuiste de joda, vos?” Me enviaron a hacer dos notas intrascendentes, supongo que el jefe habrá visto mis neuronas en huelga y al fin escapé en mi hora de almuerzo. Llamé a lo de Emilce con la esperanza de que Lucía todavía estuviera allí, almorzando. Me llegó a través del cable el desprecio de la mucama al escuchar mi nombre, y luego la voz de Lucía que me sonó paradisíaca. Le expliqué, rápidamente, mi conversación con Facundo y me dijo que ella solucionaría el problema, que le diera mi número de teléfono y que no me moviera de casa esa noche. Le recomendé que guardara en secreto nuestra charla del día anterior y me contestó que otra vez yo me confundía por su edad. “Sé guardar un secreto”, agregó y colgó. Llegué al departamento a las nueve y media, el contestador tenía grabada la voz del Juez pidiéndome que lo llame a su casa, pero no lo hice, no sabía qué decirle, mis ideas estaban cada vez más desordenadas. Once y media sonó el teléfono y Facundo, sin presentarse, dijo:

— ¿Es urgente?

—Sí —contesté.

—Dame tu dirección que voy para allá.

Le pregunté si no prefería que yo fuera a su casa, pero un rotundo “no”, me convenció.

Cuando entró al departamento, tuve que mirarlo para arriba, le calculé un metro noventa y algo, tenía cara de pocos amigos y, dejándome con la mano en suspenso, se sentó en un sillón junto a la ventana y aclaró:

-Estoy acá porque Lucía me lo pidió y la quiero como si fuera mi hija. Quiere que confíe en vos sin preguntar y eso voy a hacer, pero te advierto que, si usás esto para algo que no ayude a Yosi, te voy a dejar la cara como se la dejé a Jorge Villalba, meses atrás.

Mientras él hablaba yo miraba, sin poder evitarlo, los músculos del brazo que se marcaban bajo su sweater. Avergonzado, porque la voz me salía más aguda de lo que en realidad era, le dije que podía confiar en mí. “Más te vale”, amenazó.

En aquel tono empezó nuestra conversación.

—Dijiste que le pegaste a Jorge Villalba, ¿cuándo fue eso?

—En diciembre del año pasado, me di ese gusto. Creo que la nariz se la tuvieron que hacer de nuevo. Era una vieja cuenta pendiente, y me la cobré. Cuando teníamos quince años y me di cuenta que él estaba loco por Yosi, y que a ella le gustaba, como lo vi medio tímido y era un buen amigo mío, me ofrecí para ayudarlo, pero le aclaré, sin vueltas, que, si algún día le hacía daño, le iba a romper la cara Y se la rompí. Claro que unos cuantos años después, porque el grandísimo hijo de puta se mandó a mudar, después de dejarla embarazada y con el vestido de novia listo.

— ¿Cómo lo encontraste?

—Desde el día en que se fue a Venezuela, no había vuelto al país, yo estaba a la expectativa, controlaba el taller mecánico del tío, pero los mismos empleados me contaban que el pobre Ludueña se estaba muriendo y el imbécil, al que le habían avisado, ni pensaba viajar. Después, se hizo conocido como cantante, cada vez más, hasta que entró en el mercado argentino, pero sólo en *cassettes*, él no aparecía. Leí sobre sus giras por Chile, México, Uruguay, Brasil, me armé de paciencia, sabía que algún día probaría suerte en Buenos Aires. Un domingo, leyendo la sección de espectáculos del diario, vi su foto en un anuncio. No me sorprendí, me regocijé, sabía que iba a encontrarlo, las cosas tarde o temprano se pagan. Corrí al teatro a comprar mi entrada y tuve que esperar durante doce días interminables. Cuando llegó el día de la función, me dio asco ver a todas esas mujeres apretujadas en la puerta, gritando su nombre. Antes de sentarme, me acerqué al escenario y le entregué una nota a un empleado de esos que acomodan los instrumentos, le dije que era un viejo amigo de Villalba y que quería saludarlo. A los pocos

minutos, las luces de la sala se apagaron, se encendieron las del escenario y, entre una nube de humo, apareció él. No sé qué cantó ni cuánto tiempo lo hizo, yo no oía nada, si siquiera la música, sólo veía su cara sobredimensionada, le estudiaba cada ángulo, cada facción. Al llegar el intermedio, encendieron las luces y vi que el empleado, al que yo le había entregado la nota me buscaba. Me acerqué y, cuando me vio, les hizo una seña a los de seguridad para que me dejaran entrar. Lo acompañé por un pasillo hasta llegar al camarín. Me transpiraban las manos, pero de emoción, había esperado aquel momento demasiado tiempo. Cuando abrió la puerta, el caradura abrió los brazos, me llamó hermano, yo sonreí, de placer, claro. Lo metí de un empujón y le llené la cara de trompadas. Reconozco que se me fue la mano, pero no podía parar, lo pateé cuando estaba en el piso y sólo paré cuando llegaron los de seguridad y me agarraron. Le sangraban la nariz y la boca y tenía un corte en la ceja. Todavía se retorció en el piso cuando llegó la policía. Me miró mientras los de seguridad lo levantaban y me preguntó por qué. Ahí casi lo agarro de nuevo. Le dije que esas trompadas eran las que Yosi y su hija jamás le podrían pegar. Se desplomó en un sillón y les dijo a los policías que me soltaran, que él no me denunciaría. “¿Qué hija?”, preguntó boqueando. Tuve ganas de vomitar y me fui. Me sentí más liviano, liberado de una carga que me había agobiado tantos años.

Al día siguiente, leí en el diario que se había suspendido esa función y las que seguían en la semana, hasta nuevo aviso. Sé que más adelante hizo su show, yo no volví a verlo. Supe por Lucía que apareció en “La Blanqueada” con la cara toda golpeada, yo no le aclaré el porqué de las marcas, y que Yosi se había encargado de ahuyentarlo. Después, me enteré de la demanda. Yo soy abogado, pero no puedo hacerme cargo de esto, creo que cada vez que vea a ese tipo le voy a despedazar la cara. Le ofrecí a Yosi el mejor abogado de mi estudio para que la represente y aceptó, tiene serios problemas económicos. El de Villalba es bueno, pero el mío es mejor, lo quiero ver.

— ¿Siempre estuviste enamorado de Yosi?

Me miró molesto, respiró hondo y contestó:

—Supongo que sí, pero tomé conciencia de eso cuando Yosi apareció radiante, en casa, a contarnos que estaba embarazada. Ella me abrazaba feliz, pero yo reaccioné mal, le dije que estaba loca, que había llegado demasiado lejos. Me miró desconcertada, éramos como hermanos, y allí tuve la certeza de que ya no la veía como a una hermana, que me moría de celos, que la impotencia por no poder retroceder el tiempo me enloquecía. Éramos amigos

desde tan chicos, que los sentimientos, los míos, bah, crecieron confundidos hasta que se mostraron cuando ya era tarde. Lloré tanto ese día, que mi madre se descompuso y papá llamó a un médico. A la mañana siguiente, llamé a Yosi, le pedí disculpas, le dije que me había sorprendido y que me daba miedo que, a su edad, tuviera un hijo. Me hizo prometer que viajaría a Esquel para su boda.

— ¿Fuiste con Augusto a lo de Villalba para avisarle la hora del viaje?

— ¿Qué viaje?

—El viaje a Esquel, con el padre de Yosi.

—No, no fui con él. ¿Por qué?

—Emilce dice que fueron juntos y que le avisaron la hora de salida.

—No, eso no es verdad.

— ¿Qué hiciste cuándo te enteraste de que Villalba la había dejado?

—Esperé unos días y viajé a Esquel, pero no encontré a Yosi, estaba sólo su contorno, no sé a quién abracé, no hablaba y tenía la mirada perdida, parecía no darse cuenta de que yo estaba allí. Volví a verla cuando nació Lucía, soy el padrino, y de ahí en más, fui cuantas veces pude, pero aún cuando Yosi había vuelto a hablar, jamás logré con ella el código de comunicación que nos había unido por tantos años. La verdadera Yosi se fue aquel año, quién sabe adónde y nunca volvió. Me recibió bien cada vez que las visité, me dejó asumir el papel de padre de Lucía, pero nada más.

— ¿Le hablaste alguna vez de lo que sentías?

—No tenía sentido, ella marcaba muy fuerte las distancias. Me arriesgaba a que no quisiera verme más y eso sí que no lo habría soportado.

A medida que hablaba, Facundo se iba hundiendo en el sillón, su impactante presencia se derrumbaba con los recuerdos. Respeté el largo silencio que siguió a su última frase, busqué más café y esperé. Finalmente, habló:

—Todos tenemos nuestras culpas y, en este caso en particular, mostramos u ocultamos nuestras miserias, pero ahí estaban. ¿Sabés qué sentí cuando llamó Emilce desde Esquel para avisarnos lo que había pasado? Una felicidad tan plena como no había sentido en mi vida. Me desilusionaba mi mejor amigo, la mujer a la que amaba más que a nada se arruinaba la vida, y yo ni siquiera luchaba para no sentir tanta alegría. Tenía el campo libre, Yosi para mí, yo me haría cargo del bebé, le daría mi apellido... Todo eso fui pensando en el vuelo a Esquel. ¿Te doy asco? Debería dártelo. Después de todo no sé quién es más porquería, si el venezolano o yo. En fin, mi poca noble alegría

no duró al comprobar en lo que Yosi se había transformado: una suerte de máquina que decide funcionar hasta que su hija se aleje de ella. Todos nos damos cuenta de eso, el día que Lucía venga a estudiar a Buenos Aires, o se case, Yosi va a morir, no porque se vaya a suicidar, simplemente va a hacer “Paf” y chau Yosi.

Dijo esto y apoyó la cabeza en sus manos, con los codos en las rodillas.

—Según Lucía, su madre no pudo enamorarse de ningún hombre a excepción de Jorge Villalba y que muchos se enamoraron de ella sin éxito. ¿Qué la hace tan atractiva?

—Es evidente que no conociste a Yosi, es algo que no puedo explicarte con palabras, ella es única, irrepetible, ajena al tiempo y al espacio en que todos nos movemos. Transita en otro terreno inaccesible para los demás y sentís un deseo inaguantable de entrar a ese mundo en el que vive y cuidarla de cualquier mal exterior que pueda dañarla. Sólo Villalba tuvo esa oportunidad, pero fue tan abajo y mezquino que no se dio cuenta de lo que tenía.

—No sé por qué te lo pregunté, desde que vi sus fotos quedé obsesionado por su mirada.

—Entonces, sacá número, ponete en la fila y esperá hasta que te mueras.

—Villalba niega haberla abandonado, dice que Yosi lo dejó a él.

—Sé perfectamente lo que declaró Villalba, no planteemos pavadas a esta hora. Él no mandó la carta, yo no calzo cuarenta y cuatro, vos sos morocho y el sol aparece a las nueve de la noche. Por favor... No me entra en la cabeza que use un argumento tan grotesco e infantil y que crea que va a convencer a un Juez con esa estupidez. Lo creía un tipo inteligente, un maldito hijo de puta inteligente.

—Por eso mismo, ¿no te parece que para mentir habría elegido algo más creíble?

— ¿Estás insinuando que Yosi miente? — preguntó incorporándose en el sillón con un gesto que me pareció asesino.

—No, no —casi grité para frenarlo— planteo la posibilidad de que los dos hayan recibido cartas falsas.

— ¡Ay Dios, en lo que me metió Lucía! ¿Qué te pasa? ¿Leés muchas novelas, mirás mucha televisión? ¡No digas pavadas! Villalba mandó la carta y escapó como un conejo. Ahora se le despierta el amor paternal y sabe que sin una farsa le va a ser imposible recuperar a su hija, pero te repito que eligió

algo tan burdo que ni todos los dólares que trajo, ni los abogados que contrató van a poder probar.

Pensó unos minutos, antes de seguir, y dijo:

—En el hipotético, y casi imposible, caso de que ganara el juicio yo te aseguro que él no se lleva a Lucía, de eso me encargo y no me importa cómo. Si engañaste a Lucía y trabajás para la defensa de Villalba, hacéselo saber.

—No engañé a Lucía, no quiero que se separe de su madre y no tengo ningún contacto con la defensa de Villalba, te doy mi palabra.

—Yosi no merece todo esto, no sé por qué Dios permite que siga sufriendo.

—Seguís enamorado de ella.

—Mirá —dijo mirando hacia la calle— Yosi es para mí un cáncer incurable, perdí mi primer matrimonio por su fantasma. Hace un año y medio que estoy casado con mi actual mujer, esperamos un hijo para agosto y no quiero perderla porque realmente la quiero. Sonará extraño que te diga que la quiero, si sigo queriendo a Yosi, pero es así. Yosi va a estar en mí hasta que me muera, pero tuve que aprender a vivir sin ella y a querer a otra persona sin dejar de quererla. Por eso quise verte acá y no en mi casa, le dije a mi esposa por qué venía, pero no quise someterla a oír estas cosas.

—Necesito hablar con tu madre.

—No sé qué pueda aclararte sobre esto, pero andá a verla, si es para ayudar a Yosi te va a atender. Ya me voy, es muy tarde. Cumplí mi palabra con Lucía, pero te recuerdo que si...

—No sigas —le interrumpí— tengo buena memoria.

Y se fue.

## EL JUEZ

La editorial era un manicomio, faltaban dos días para que la revista saliera a la calle y seguían lloviendo noticias explosivas, imposibles de dejar afuera. Había que re diagramar, mandar gente a la calle, la competencia con los demás semanarios era despiadada y no se podía llegar tarde. No alcancé a sentarme en mi oficina, el jefe vociferaba a diestra y siniestra, casi escupiendo órdenes. Mandaba a uno de mis colegas a la rotonda de Alpargatas adonde el actor de telenovelas más popular del momento había muerto por un choque frontal. Le entregaba un abultado sobre para que intentara sobornar a quien fuera necesario y así el fotógrafo tuviera acceso al cadáver; a otro lo mandaba a montar guardia frente al edificio de un conocido empresario que había sido acusado de evasión fiscal; a otro, a Retiro y a Once para que registrara la huelga de ómnibus de larga distancia y a mí, al palacio de Tribunales, donde los empleados judiciales realizaban una sentada. Tuve que esperar veinte minutos al fotógrafo que me acompañaría y, en ese rato, pude oír al jefe que le hablaba a una periodista novata y le decía: “¿Querés conservar tu empleo?” La voz de ella no se oía, pero, inmediatamente, el jefe agregó: “Bien, entonces el lunes me traés algo fuerte del caso Villalba contra Unzué. Te vas bien temprano a Talcahuano y conseguís una declaración de ella o de él, no me importa cómo, metete en el auto que llegan o pegá cuantas patadas sean necesarias para llegar a alguno de ellos, te mando con el mejor fotógrafo así que no me arruines la nota y no preguntes ninguna obviedad, preparate algo inteligente, te estoy dando una oportunidad, es una nota gorda, si no la conseguís por acá ni vuelvas. Te elegí porque tenés agallas, pero me estoy jugando, si los demás consiguen la nota y nosotros no, la semana que viene no le vendemos la revista ni a nuestros parientes”. Escuchar aquello, me trajo malos recuerdos de cuando yo también era un novato. Otra persona me había recomendado una vez: “Hacelo pedazos”, y yo había cumplido. Al escuchar a mi jefe dando directivas sobre el caso en el que yo estaba involucrado, sentí que era mi obligación malograr esa nota, a pesar de que la periodista perdiera su flamante empleo; en el fondo le haría un favor. Me sentí asqueado al oír aquel Villalba contra Unzué, frío, impersonal, indolente. Yo ya era parte de las dos partes, me sentí ultrajado, invadido. Llegó el fotógrafo y salimos, aspiré aliviado el aire de la calle. La nota fue fácil, preguntas muletilla, encendí el grabador y los dejé explayarse en sus

reclamos, volví a la editorial y armé el artículo, intranquilo. La casualidad — o tal vez las casualidades no existan— me había llevado aquella mañana a Tribunales, como si alguien quisiera recordarme que el Juez esperaba mi llamado. Terminé la nota y me escabullí como un prófugo antes de que el jefe me encargara otra cosa. Llamé al Juez desde un bar de la calle Tucumán y me citó para media hora más tarde. Mientras tomaba el tercer café con el quinto cigarrillo, me preguntaba qué podría decirle concretamente, todas suposiciones, disquisiciones tal vez sin fundamento, historias subterráneas de cada familia que en nada ayudarían a encontrar una pista, pero sabía que me esperaba desde el día anterior así que allí estaba, con la madeja tal vez más enredada que antes.

Como dijo Facundo, todos tenemos nuestras vergüenzas y humillaciones, pero no creo que puedan culpársenos aquellas que pasan por nuestros pensamientos o sentimientos y que no salen de allí. Las que sí son imperdonables son las bajezas con las que arrastramos a gente que no se lo merece. Ése es mi caso. Cinco años atrás, yo estrenaba mis veintitrés años junto a mi, todavía tibio, diploma de periodista entrando por la puerta grande al semanario más vendido del país. Mi padre había sido el jefe de redacción hasta su muerte y mi incorporación al staff fue algo natural, al que llegué sin el menor esfuerzo. Por un lado, sentía orgullo por los elogios hacia papá, pero por el otro, me invadía la certeza de que no sería tomado en cuenta allí, si no descollaba con luz propia.

Los dos primeros meses, me entregaron notas intrascendentes, entrevistas a modelos, cubrir las quejas de vecinos furiosos por la falta de un semáforo, huelgas de gremios que nadie conocía, yo me impacientaba con la soberbia de mis pocos años. Podía hacer mucho más que eso, pero nadie parecía darse cuenta, no me permitían demostrar que era tan capaz o más que mi padre. Dos meses pueden parecer poco, pero no lo eran para mí en aquel momento en donde el rencor por sentirme subestimado alargaba cada hora. Por fin llegó el ansiado día en que mi jefe me llamó en privado a su oficina y me anunció que estaba dispuesto a darme algo bien gordo. “Acá me vas a mostrar qué tan bueno sos, pibe -había dicho. Si me armás una buena nota, pasaste tu prueba de fuego, y si no, volvés a lo que estabas haciendo hasta ahora, y se la doy a otro”. Pasó a explicarme lo que debía hacer. La tendencia, bastante mal disimulada de la revista, era de apoyo al partido opositor al oficial. El Juez —en aquel entonces en lo Penal— doctor López Escalada llevaba una causa sobre narcotráfico, que la prensa seguía paso a paso, ya que gran parte de la

mafia de los narcos parecía poder caer. El Juez se movilizaba con custodia personal y para su familia, decisión que el gobierno había tomado dadas las amenazas a las que era sometido por la investigación. En la mañana que el jefe me llamó, los diarios, la radio y la televisión aullaban que el doctor López Escalada había sobreseído a uno de los principales sospechosos de la causa. El Juez había sido nombrado por el gobierno, a cargo del Juzgado más anhelado por muchos, el Penal numero uno, y eso no se lo perdonaría la oposición, fuera quien fuese el que lo ocupara. Por eso, el jefe fue bien explícito al encargarme la misión. Me había dicho: “Asesorate con el abogado de la editorial, hasta dónde podés llegar sin que nos querellen por calumnias, pero dejá entrever que es obvio que la mafia se puso fuerte, que lo coimeó, o que lo amedrentaron con las amenazas, o cualquier otra cosa que te sugiera tu imaginación, pero hacelo pedazos, pibe.” Para mí era sólo un nombre, mi reputación estaba en juego y no sabía si volverían a darme otra oportunidad. Tal vez no medí las consecuencias, tampoco lo pensé demasiado, habré supuesto que el artículo sería uno más de tantos que dirían lo mismo, o quizás no pensé nada y sólo quiera aliviar mi conciencia. Lo cierto es que me asesoré con el abogado y me ingenié para escribir una nota letal, en la que desplegué todo mi ingenio y mordacidad hasta hacerlo polvo. Todos me felicitaron, yo no cabía en mí mismo, explotaba de orgullo, el artículo se imprimió con una foto de archivo del Juez y salió a la calle como nota principal de la revista. La leía y releía, encantado, disfrutando al ver mi nombre al final. Fue comentada en programas de actualidad política, en todos los programas de radio, todos los medios pedían entrevistas al Juez, pero él se negaba diciendo que no tenía que dar ninguna explicación, que había actuado con la ley y que tenía la conciencia tranquila. El gobierno no se mostró tan parco (los medios de la oposición recalcan que López Escalada había sido nombrado por el oficialismo) y salió a defender la postura del Juez, por supuesto que no por él, sino por ellos mismos. Argumentaron las causas legales por las que no podía inculparse al sospechoso que había sido sobreseído, usaron su prensa para atajarse, pero como bien dicen los viejos, calumnia que algo queda. Al comprobar que la opinión pública que suele estar ávida de corrupción, no giraba y comprometía el buen nombre del gobierno, nombraron a López Escalada como Juez en lo Civil y Comercial, cortando así por lo sano. Había cumplido mi misión, lo había hecho pedazos. Vi, en un noticiero, cuando lo filmaban al salir de Tribunales, luego de conocer su cambio de Juzgado. Jamás voy a olvidar su cara de humillación,

de impotencia y desconcierto. No contestó a ninguna de las preguntas que le gritaban los periodistas y subió al auto. Mientras miraba aquello, mi madre me observaba en silencio, ella había criticado la nota, pero tuvo la nobleza de no hacer ningún comentario. No hubo caja de digestivos que me impidiera vomitar toda la noche. A la mañana siguiente, fui a plantearle a mi jefe que tal vez nos habíamos equivocado y sin perder la sonrisa que le provocaba mi ingenuidad, dijo:

—Y... ¿Qué sabés, pibe? Está todo podrido.

—Acá, huele a podrido —le contesté y salí.

Así perdí mi primer empleo y gané recuperar el respeto de mi madre, pero no arreglaba nada con eso, el daño estaba hecho. Ésa es la vergüenza que arrastro desde aquel día, que me hizo madurar y tal vez es la que hizo que, a los veintiocho años, cuando conocí a Lucía, me sintiera un viejo. Como averigüé más tarde, la causa de sobreseimiento estaba clara, sin omisión de pruebas. El Juez que siguió a López Escalada, luego de meses de investigación, encontró al verdadero culpable, lo que le costó volar por el aire por una bomba colocada en su auto, al salir para el Juzgado, una mañana.

La culpa empezó a enloquecerme, pasaba los días tirado en la cama, no buscaba trabajo, dejé a mi novia de años, hasta que un día mi madre, mientras me acariciaba la cabeza, dijo: “Andá y pedile perdón”. “Eso no arregla nada”, contesté. “No importa -insistió- es algo que debés hacer”. Pasaron unos días hasta que me decidí. Llegué al Juzgado, sereno, dispuesto a tolerar cualquier insulto sin defenderme, sentía la necesidad de que me humillara como yo lo había humillado a él, aunque con eso no saldaría mi deuda. Yo merecía la humillación y el Juez, no. Cuando el secretario me atendió y me presenté, le aclaré que no buscaba entrevistarle y, en una actitud idiota, me abrí el saco para que viera que no llevaba grabador, como quien muestra que no lleva armas. Le pedí que le rogara de mi parte, si era necesario, que me recibiera unos minutos. Cuando me senté frente al Juez y vi su cara de confusión, sentí que la palabra perdón quedaba corta, quería decirla, pero no salía, hasta que me dijo: “Su padre era un buen hombre, logró ser respetado sin tener que hundir a nadie”. Perdí el poco equilibrio que cargaba conmigo y llorando como un chico repetí, no sé cuántas veces: “Le pido que me perdone”. Me acercó un vaso de agua y cambió de tema como para aliviarme a mí, a mí que le había reventado la vida, que no había calificativo que me definiera. Antes de irme, le dejé mi dirección y teléfono y le dije que no tendría alivio hasta que pudiera hacer algo importante por él, retractarme públicamente, lo que él

pidiera. No esperé su llamado y publiqué una carta de lectores en La Nación, confesando mi mala fe. Ansiaba el momento en que pudiera reparar lo que había hecho. Por fin, una semana atrás, me había citado en su despacho, diciéndome que su pedido me parecería ridículo, que él no solía involucrarse así, pero que me encargaba una investigación. Cuando me lo explicó me desilusioné, esperaba pagar mi deuda con algo más importante o algo que lo ayudara en forma personal, pero insistió en que ese caso le intrigaba especialmente y que era crucial para él, encontrar la verdad. No entendí, en ese momento, su argumento porque, acostumbrado como estaría a resolver litigios familiares, no era lógico que uno de ellos lo conmoviera especialmente. Lo entendí, finalmente, después de haber escuchado la historia en aquel primer viaje a Chascomús ya que, sin haber conocido a Yosi, todavía, había caído bajo su embrujo. El doctor López Escalada le había tomado declaración y eso explicaba su interés. Fue algo atípico en su conducta, era un hombre parco, poco afecto a demostrar emociones y era evidente que su nombramiento al frente del Juzgado Civil lo había insensibilizado. Mi sorpresa estuvo acompañada de simpatía, siento especial respeto por las personas que me sorprenden. En mi adolescencia, me había deslumbrado un amigo de mi padre que, siendo académico en Medicina, recomendaba a su esposa que no olvidara grabar para él, la telenovela de las tres, y si el argumento estaba muy atrapante, no esperaba volver a su casa, la llamaba y le preguntaba qué había pasado en ese capítulo. Otra persona que me cautivó con su dualidad fue una cantante de bailantas a quien hice un reportaje. Era una mujer muy sencilla, que cantaba mal pero que debía su éxito a sus formas voluptuosas y a su descarado. En una parte del reportaje en donde le pregunté en qué ocupaba su vida privada, me contestó que leía filosofía. Pensé que lo decía en broma o para hacerse la intelectual, pero me ametralló en el acto con conocimientos sólidos que abarcaban desde Sócrates hasta Sartre. El Juez me había sorprendido en el caso Yosi y Jorge, de la misma manera. Jamás habría imaginado hasta que me pidió que investigara, que le interesaría solucionar un conflicto amoroso y creo que él mismo no se reconocía y estaba un poco incómodo. Tal vez por eso me recomendaba tanto que yo no hablara de su persona mientras averiguaba.

Entré al despacho, su gesto de ansiedad era notorio, antes de que yo llegara a sentarme ya me estaba preguntando: “¿Y?, ¿cómo le fue?” Saqué mis apuntes no sé por qué, recordaba cada palabra de lo que había escuchado, pero fingía consultarlos cada tanto. Escuchó en silencio, concentrado y sin

interrumpirme. Le aclaré que volvería a Chascomús el sábado, que no tenía muy en claro para qué y que pensaba que él estaba en lo cierto sobre las cartas, en creer que ninguno mentía, que el único punto oscuro parecía ser la razón que había llevado a Augusto a falsificarlas.

Tampoco sé por qué todos hablábamos como si el Juicio comenzara al lunes siguiente, ya que éste ya llevaba su curso, el expediente estaba sobre el escritorio del Juez. Lo que se llevaría a cabo, aquel lunes, era el enfrentamiento de las partes y el desenlace final. Después de advertirme con un lacónico “usted no ha visto nada”, me dio a leer las fojas de las declaraciones de Jorge y de Yosi. Habían sido tomadas en distintos días, ambas coincidían perfectamente hasta el punto en que llegaban a las cartas. Los dos afirmaban haber reconocido la letra del otro, sin lugar a dudas. El abogado de Yosi se aferraba a la idea del abandono y la pérdida de derecho, consecuente, de Villalba sobre su hija y el abogado de Jorge sostenía la figura del engaño y ocultamiento por lo que su cliente no se limitaría a pelear por darle su apellido, sino también para llevarse a su hija, dado el tiempo que había transcurrido sin que él pudiera disfrutarla. Terminada mi lectura, el Juez me comentó que lo que le había llamado la atención fue palpar la genuina ira de Villalba. Me dijo que él mismo le había advertido que sin la carta sería casi imposible probar lo del engaño a lo que Villalba contestó, casi fuera de sí, que ésa era la verdad y que quería enfrentar a Yosi, ya que ella no podría mentir cara a cara.

La entrevista con Yosi había sido diferente. Se había sentado sin el menor signo de emoción, prácticamente había solo hablado su abogado y ella se limitó a contestar, algunas veces luego de largos silencios que su abogado cortaba diciéndole algo al oído, cuando el Juez le hizo alguna pregunta. El Juez me explicó que, tal como se planteaban las cosas hasta allí, él debería fallar a favor de la madre, pero que más allá del veredicto sobre la tenencia le importaba saber la verdad que se escapaba. Le dije que lo que más quería en el mundo era serle útil y que tenía las esperanzas puestas en mi viaje a Chascomús, el sábado.

Muy a mi pesar, volví a la editorial. Había conseguido este empleo, como el anterior, sin mayores esfuerzos. Mi nombre, a partir del escándalo de la nota sobre el Juez, era conocido en el medio y fui a ofrecerme a la mayor competencia de la editorial en la que había trabajado. Creo que resulté una desilusión para mis nuevos jefes, aunque aún no me han echado. Esperarían a una fiera despiadada a la hora de poner la tinta en asuntos políticos, pero

yo fui sordo a cada recomendación que terminara con algún “hacelo polvo”. Lo que quedaba del jueves y el viernes, lo pasé corriendo en la calle con el fotógrafo a cuestas, mi jefe me encargó entrevistas para el sábado, pero le dije que no podía hacerlas. Así, sin más. Lo último que escuché al salir fue su voz lejana diciendo: “No jodas conmigo, mirá que hay mucha gente sin laburo...”. Al llegar a casa, la voz de Lucía me acarició desde el contestador del teléfono, decía que el sábado me esperaba en “La Blanqueada”, que dejaría las indicaciones para llegar, al cajero de la confitería Atalaya, que queda sobre la Ruta 2, y me encargaba que comprara allí medialunas para desayunar juntos.

## RUMOR DE CASUARINAS

Al salir de la confitería Atalaya con la bolsa de medialunas, me detuve a observar ese amanecer de abril, sereno, cautivante. Una invasión de egocentrismo me atacó diluyendo mi desesperación por averiguar el tema de las cartas, y sólo tuve deseos de internarme en “La Blanqueada”, tirarme en el pasto y mirar el cielo, tal vez debajo de las casuarinas, aunque no me hablaran, escuchar la risa fresca de Lucía... Aparté, en cuanto pude, mis deseos inoportunos, subí al auto y leí las indicaciones para llegar. Debía seguir por la Ruta 2 y, a la altura de la entrada a Chascomús, doblar en el sentido contrario tomando, así, la Ruta 20. Desde allí recorrería ocho kilómetros. La esquila detallaba los mínimos detalles, gracias a Dios, porque no era nada ducho en ambientes rurales. Luego de pasar una curva abierta y prolongada, debería contar catorce postes de luz, vería un monte sobre la mano derecha y, al terminarlo, encontraría la tranquera de entrada. Llegué sin inconvenientes, me acordé del candado y me llamó la atención que Lucía no me diera instrucciones sobre eso, pero, al acercarme, comprobé que no lo tenía. Seguí el camino, dejé a mi paso una espesa capa de polvo, la lluvia se hacía desear por la zona. Habré recorrido unos dos kilómetros hasta divisar la casa y unos metros antes de llegar, me detuve, desconcertado, al ver dos autos y una ambulancia en la zona del parque. Finalmente, me acerqué, caminé temblando sin saber qué encontraría, dos feroces dóberman me ladraron, encadenados. Mientras avanzaba, oí la voz de Lucía que me llamaba, por fin la vi haciéndome señas, desde la famosa arboleda. Formaban dos filas de veinte casuarinas cada una dejando, en el medio, un sendero de tierra acolchada por las hojas caídas. No me detuve a observarlas más porque Lucía se acercó a mí, llorosa, con papeles en la mano y me abrazó muy fuerte como si nos conociéramos desde siempre. Sin soltarme y, entre sollozos, empezó a contar:

—Ayer, Rubén me llevó al colegio como todos los días, después se fue a dejar el papel a Atalaya y no vino para acá porque tenía que hacer las compras y unos papeles en ISARA, no sé... Yo había quedado con Facundo, que venía de Buenos Aires a buscar a mamá, en almorzar juntos en el pueblo. Estaba muy triste porque mamá se iba y tenía miedo de lo que decidiera el Juez, así que después de comer, Facundo me llevó a pasear por la laguna, me tranquilizó, me dijo que nadie me iba a separar de mi madre, que él me lo

prometía... Se hizo tarde, llegamos a “La Blanqueada” como a las cinco. Rubén todavía no había llegado, la mujer andaba trabajando por el fondo, buscamos a mamá por la casa y no la encontramos. Facundo miró para acá y vio que volaban unos papeles y vinimos corriendo. La encontró tirada en la tierra, hecha un bollo entre fotos y papeles, la tocamos y parecía muerta, yo le pegué y le grité, pero no reaccionaba. Tenía puesto un vestido largo, muy antiguo, con encajes, no sé de dónde lo sacó. Facundo la alzó, la metió en el auto y la llevamos a la clínica, le hicieron un lavaje de estómago en seguida, pero nos dijeron después que lo habían hecho por precaución, que estuviéramos tranquilos porque no había tomado nada. Le inyectaron un calmante, se despertó a las cinco de la mañana y se puso tan mal al verse internada que Facundo, casi a las trompadas, consiguió que le firmen el alta y la acaban de traer, pero el médico que vino en la ambulancia todavía no se va, no sé qué pasa.

Lucía no paraba de llorar y mi lengua estaba enredada, no podía decirle nada. Por fin, ella me pidió que la ayudara a juntar los papeles.

Encontramos letras de canciones, poemas, cartas fogosas de distintas fechas, las hojas mezcladas, los sobres por otro lado y fotos del colegio. En una de ellas, podía verse el curso completo con un cartel que sostenían los de la primera fila adonde se leía: “Tercer año”. Yosi estaba en un extremo y Jorge Villalba en el otro, separados por varios compañeros como un presagio, pero mirándose entre ellos con un gesto de complicidad que los alejaba del grupo. Vimos otra con un cartel de cuarto año en donde estaban muy juntos, y las demás eran todas fotos sacadas en “La Blanqueada”, varias de ellas bajo las casuarinas, siempre abrazados. Algunas individuales que, obviamente, se habían sacado uno al otro, y entre esas pudimos ver a Yosi con el vestido de su casamiento, tal como lo había descrito Emilce y con el que Lucía la había encontrado el día anterior. La foto la habría sacado Jorge días después, ya que estaba iluminada por el sol. Aproveché el momento para contarle a Lucía lo de la boda en secreto y volvió a llorar. “Nunca me habló de todos estos recuerdos” dijo, entre rencorosa y fascinada, sin poder apartar la vista de las fotos. Pusimos todo en la caja que encontramos tirada y caminamos hacia la casa. Ya saliendo del sendero, vi un sobre enganchado entre las hojas de una de las casuarinas. Estaba muy alto, logré bajarlo golpeando las ramas y me paralicé al leer que no era como los demás, que evidentemente habían sido entregados en mano. No decía un simple “Yosi”, decía Josefina Unzué, una dirección y Esquel, Chubut.

Le pedí a Lucía que me ayudara a revisar nuevamente todas las cartas de la caja y los dos, con manos temblorosas, revisamos una por una. La carta no estaba allí. Cuando nos acercamos a la casa, vimos salir a la ambulancia, y en la galería estaba Clara despeinada y ojerosa, junto a Facundo y Rubén que retorció la boina entre sus manos y miraba el piso. El efecto casuarina parecía haberme hecho invisible ya que, a excepción de Rubén, nadie me saludó. Clara tranquilizó a Lucía, Yosi dormía profundamente bajo el efecto de un calmante, sólo había pasado un mal momento emocional ante la inminencia del viaje y su enfrentamiento con Villalba. Facundo le explicó que encontrarían la forma de aplazar la audiencia. Le mostré el sobre con la dirección de Esquel y le dije que no encontrábamos la carta. “No la vas a encontrar”, dijo sacando las hojas de su bolsillo. “Las tenía Yosi en la mano cuando la encontré, y son para su abogado”, agregó con gesto despectivo. Le aclaré que me aliviaba profundamente que apareciera aquella prueba, que, inexplicablemente, Yosi había negado tener. “Me alegro que estemos del mismo lado”, me contestó sin variar su cara de pocos amigos. Lucía me apartó del lugar, me dijo que no lo juzgara mal, que era un tipo bárbaro y que actuaba así porque desconfiaba de mí. Me pidió que le contara la verdadera razón de mi interés en el caso, pero le expliqué que era imposible, que su Estudio se ocupaba de la defensa de Yosi y que, por ese motivo, yo no podía nombrar al Juez. “Tiene la carta”, me dijo Lucía preocupada. “Eso nos conviene, si realmente es falsa”, la tranquilicé y me intranqualicé. Quedé desconcertado, no sabía qué paso seguir, quería entrevistar a Agustina Álzaga, pero no podía dejar a Lucía, se había aferrado a mí y parecía distraerse con nuestra charla. La aparición de la carta era una bendición. Si Villalba había dicho la verdad, sería fácil comprobarlo, pero me sentí en la obligación de advertirle a Lucía que eso no implicaba que sus padres se reconciliaran, habían pasado muchos años, aunque después de lo que habíamos encontrado era obvio que su madre todavía lo quería, pero como no sabíamos nada sobre la vida de él, su único interés podría ser recuperar a Lucía, pero no a Yosi.

—El tiempo borra cosas que parecen imposibles de olvidar —le dije.

— ¿Vos borraste alguna marca muy fuerte? — preguntó Lucía.

Callé unos minutos y recordando mi vergüenza con el Juez le dije:

—No, pero no han pasado dieciséis años.

Lo dije sin creer lo que decía, porque sé que esa culpa no se va a borrar hasta que me muera, por más favores que le haga al Juez.

- ¿Cómo se llamaba?  
— ¿Quién?  
— La que todavía no olvidaste.  
— No me refería a eso.  
— Me alegro.

Cambié de tema, nervioso. Le pedí caminar hasta las casuarinas por curiosidad, ya sin la preocupación de recuperar los papeles y fotos esparcidos, quería comprobar los dichos de Emilce y Lucía sobre su hechizo y voces que se mezclaban con las hojas para hablar con Yosi. Nos sentamos sobre la tierra, en la mitad del sendero y, para mi desilusión, no oí nada especial, sólo un sonido agradable de la brisa en las hojas, nada más. Pero algo inexplicable ocurrió. Lucía, sin hablarme, apoyó su cabeza en mi hombro y yo, sin haberlo decidido, le conté, paso a paso, mi historia con el Juez, mi soberbia de aquel entonces, mi vergüenza e impotencia por no poder cambiar aquello. Ella, en silencio, me acarició la cara y me puse a llorar sin pudor, con todo el dolor acumulado en cinco años. Fue como si, al llegar allí, alguien me hubiera desnudado. Eso sentí, que no podía ocultarme, que mi esencia había quedado descubierta. Lucía me abrazó, me balanceaba arrullándome y, en ese momento, no me sentí un viejo y la vi a ella madura, plena. “¿Ves?, dijo sin dejar de abrazarme, ellas logran esto, nunca las oí hablar como mamá, pero sí comprobé que te desnudan, te alivian, te lavan el alma, como si fueran madres”. Nos quedamos allí, sin conciencia del tiempo, callados y serenos. Inés, la mujer de Rubén, nos hizo señas para que fuéramos a almorzar. Nos acercamos a la casa por no despreciarla, pero, en realidad, nadie podía comer. Las pocas palabras que cruzábamos con Facundo y Clara eran tensas y punzantes, ellos no confiaban en mí, yo dudaba de ellos por momentos, ambos se habían sentido damnificados de distintas maneras por la relación de Yosi y Jorge. Facundo había hablado conmigo sobre las vergüenzas que todos cargamos, ahora tenía en su poder la carta y, si estaba involucrado, podía destruirla. La tarde transcurrió densa, insoportablemente larga, Lucía se había puesto sombría, tirada en el suelo miraba una y otra vez las fotos y releía las cartas a pesar de las protestas de Clara, recordándole que no estaba bien que lo hiciera. A las seis de la tarde, llegó la enfermera que inyectaría un nuevo calmante a Yosi, pero no alcanzó a entrar a su cuarto. Cuando le estaba pidiendo a Clara la caja del remedio, se abrió la puerta del living. Apareció Yosi y dijo:

- ¿Vamos, Facundo?

— ¿Adónde? —preguntó él, perplejo.

—A Buenos Aires, ¿adónde más? — dijo ella con su cartera en la mano.

Verla entrar me dejó sin aire. Había sido mi obsesión desde mi encuentro con Emilce, y mi imaginación y curiosidad, acrecentadas por sus fotos y la descripción que me habían dado de ella los que la conocían, por fin encontraban a Yosi tan real e irreal como la había imaginado. Su belleza estaba intacta, como si se hubiera detenido bajo el vidrio del tocador de Emilce, pero su gesto no era el mismo, tenía cuando la vi, una mirada vaga, una voz impersonal. A pesar de eso, emanaba algo de su interior que era imposible no conmoverse al verla. Lucía se acercó, la abrazó, le dijo que quería acompañarla a Buenos Aires, que por favor se lo permitiera, pero, tal como era su costumbre, Yosi no respondió a su pedido y le dijo que le trajera un café. Clara intervino diciendo que no podía tomar café, que el médico se lo había prohibido, Facundo le pidió que se acostara, que postergarían la audiencia, pero Yosi, mirando a Lucía, dijo “que no esté muy caliente”. Parecía no verme, no supe qué hacer hasta que murmuré un saludo tímido y confuso, pero no me miró. Me dirigió la palabra sólo cuando Lucía salió del living en busca del café. Perdió su mirada inexpresiva mientras me decía, sin haberme saludado:

—Lucía está enamorada de vos, si no sentís lo mismo, no vuelvas jamás a este lugar.

— ¿Ella le dijo eso? —pregunté sorprendido.

—Claro que no — contestó y dejó de mirarme.

Le pidió a Facundo que cargara su valija en el auto y nadie se atrevió a contradecirla. Tomó su café mientras Lucía la peinaba, tenía el pelo mojado, el peine al bajar salpicaba gotas de agua, como si no se hubiera tomado el trabajo de pasarse una toalla después de lavarlo. Aproveché que parecía no acordarse de mi existencia, para observarla. Llevaba puesto un jean que le quedaba grande, estaba increíblemente flaca y una remera de manga larga blanca acentuaba su palidez y su pelo oscuro. No tenía maquillaje, y de no conocer su vida jamás habría pensado que tenía una hija, ni siquiera pequeña. No se parecían en nada con Lucía, ningún rasgo en común las identificaba como madre e hija. De pronto, la vi mirar la caja que Lucía había dejado a los pies del sillón, con las cartas y fotos y temí alguna reacción de su parte. Lucía me miró preocupada, pero Yosi se puso de pie, tomó mi encendedor de la mesa y lo apoyó sobre la caja, luego me miró y no dijo nada, pero entendí su mensaje silente. Abrazó a Lucía y la besó a modo de despedida,

dijo un “hasta luego, mamá”, en forma displicente hacia Clara y salió sin siquiera mirarme. Salimos detrás de ella. Mientras la acompañábamos al auto, Clara me preguntó, malhumorada, qué pensaba hacer. “Yo me voy al pueblo y usted no puede quedarse acá con Lucía”, agregó. Yosi sonrió al oír el comentario de su madre y, mientras subía al auto, Clara le dijo: “Yosi, ¿quién queda a cargo de Lucía?”. “Ella se cuida a sí misma, mamá, andá a tu casa y no te preocupes”. Incómodo por la situación, aclaré que ya me iba, que dormiría en un hotel de Chascomús, pero a nadie le importó demasiado mi respuesta, Clara, ofendida, subía a su auto y Facundo arrancaba el suyo para partir con Yosi. Lucía se quedó parada mirando el camino hasta que la tierra que flotaba en el aire, cayó.

Me acerqué a ella, le toqué la cabeza y, sin mirarme, dijo: “Si papá no la quiere todavía, no importa lo que diga el Juez, yo me quedo con ella”. Quedé suspendido, del modo en que nos hace permanecer el dolor ajeno, ante el cual somos totalmente inútiles. Luego me miró y me dijo que yo no me iba a ningún lado sin ella, que su abuela no podía opinar sobre su vida. “Además- agregó- tenés una deuda conmigo, pero no te preocupes, a mí tampoco me gustan los lugares ruidosos y voy a resistir la tentación de mandarme la parte con vos frente a mis amigas, vamos a bailar acá”.

—En las casuarinas, no — dije en tono firme, temiendo que me llevaran a hacer algo que lamentaría después.

—Lástima —dijo Lucía— pero está bien, bailemos en el living.

Le pedí darme una ducha y acostarme un par de horas, estaba agotado. La expectativa por el viaje me había dejado insomne la noche anterior, los momentos tensos vividos por la situación de Yosi, y mi llanto de la mañana me hacían sentir debilitado. Me acompañó a la habitación que había sido de Augusto, me entregó una toalla y me hizo prometer que dormiría allí aquella noche.

Dormí profundamente, Lucía golpeó mi puerta a las tres horas. Llegué al comedor totalmente descansado y encontré a Lucía vestida como para salir.

—No te preocupes —aclaró— no vamos a salir.

Inés nos sirvió la comida que no habíamos tocado al mediodía y comimos con ganas. Mientras tomábamos el café, Lucía fue hasta el aparato de música y la voz de su padre llenó el lugar. Bailamos sin hablarnos, yo olía su pelo, no puede explicarse un aroma a excepción de los que son comparables a otros. Sólo puedo decir que su pelo, increíblemente suave, olía a casuarinas. Nuestros cuerpos se acomodaban cada vez mejor, el hueco de mi hombro se

hizo perfecto para su cabeza, sus manos en mi cuello y las mías en su cintura se amoldaron, se mimetizaron. La música terminó y Lucía no fue a renovarla, seguimos bailando por miedo a perder cada lugar descubierto. Mentiría si dijera quién de los dos buscó el beso, vino solo, profundo y eterno. Reaccioné a tiempo, cuando los dos ya estábamos en el suelo, con el deseo a punto de ser calmado. Me paré y la ayudé a levantarse, quise arreglarle el pelo con mis manos, pero me apartó a punto de largarse a llorar.

—No me querés — dijo temblando.

—Te quiero demasiado — contesté repitiendo lo que su padre había dicho en un bote hacía muchos años.

—Entonces no entiendo.

—Yo tampoco entendía el significado de esas palabras, Lucía, ahora lo hago y por eso es mejor parar acá.

—No sos un viejo y yo no soy una nena, nunca había querido a nadie y sé bien lo que hago, aunque después no vuelvas.

—No es por la edad— le dije— no es eso, es que...

No pude terminar la frase, la atraje hacia mí casi con enojo y la besé desesperado.

Desperté a las seis en el cuarto de Augusto, con la primera luz del día. No me moví para mirarla dormir abrazada a mí. Intenté sentir culpa, era tan chica... Quise sumar aquello a mi lista de vergüenzas, pero no lo logré, me sentía radiante, purificado. Pegué mi cara a su pelo y así quedé durante una hora y media hasta que despertó. Despegarnos fue un desgarró, a las diez y media corrimos a vestimos, el tiempo apuraba y yo no había hecho nada por averiguar el porqué de las cartas. Tuve que hacer un esfuerzo para programar mi día porque estaba hipnotizado con la mirada nueva con que había amanecido Lucía. Me alcanzó un café, corrimos hacia el auto mientras comíamos las medialunas del día anterior, estábamos hambrientos. Le hice notar que no se había peinado y me contestó que no lo haría si yo no le prometía despeinarla, nuevamente, antes de regresar a Buenos Aires.

Nunca prometí algo tan fácil. Le pregunté el camino al cementerio, quedaba sobre la Ruta 2, llegamos poco antes de las once. Fuimos hasta la tumba de Augusto, no sé por qué se lo pedí, creo que necesitaba insultarlo en algún lugar físico concreto. Después de espetarle un “grandísimo hijo de puta” al mármol mudo, me sentí más tranquilo.

Agustina Álzaga no estaba en su casa a las once y media, Lucía dedujo que por la hora estaría en misa y decidimos volver después de almorzar. El

amor nos había vuelto voraces, comimos con avidez en el restaurante del Club de Regatas, mirando la laguna. Aproveché para contarle la declaración de Jorge a Yosi, su madre no le había hablado de ello. Fuimos hasta los botes y los miramos largo rato. Lucía dijo allí, que no pensaba como yo, que creía que ciertas cosas no se borran nunca. La acerqué a mí y le dije que, desde la noche anterior, yo pensaba lo mismo.

Llegamos a lo de Álzaga a las tres en punto.

## AGUSTINA ÁLZAGA

Nuevamente fue Lucía quien logró que me atendieran. Los miembros de esta familia no eran gente fácil de convencer. Agustina Álzaga nos hizo pasar a su casa, en un primer momento, hablando a Lucía con cariño y evidente alegría por verla. Le reprochó, amablemente, que no la visitara con más frecuencia, pero luego, mirándome fijamente, dijo:

—Lucía, ¿tu madre sabe que conocés a este señor?

—Sí— se apresuró a contestar Lucía con una verdad a medias.

A ese “señor” lo noté cargado de escepticismo.

—Facundo me habló de usted—siguió—pero no está muy seguro de lo que pretende. Para ser franca, sospecha que usted esté usando a Lucía, de alguna manera, en todo esto.

Hasta allí, yo había soportado su hostilidad sin inmutarme, pero aquella última frase rompió en pedazos mi sangre fría. Después de los momentos vividos con Lucía, no toleré que me dijera aquello. No recuerdo las palabras que usé para contestarle, pero sí que no me defendí de aquellas acusaciones bajas, y que lancé frases duras, tal vez excesivas.

Cuando terminé de hablar, tomé conciencia de que lo que me unía a Lucía a partir de la noche anterior, había debilitado mis fuerzas, ya no podría ser objetivo en mi investigación. La sola mención de la palabra “usar” que había empleado Agustina Álzaga, me hizo perder el control. Debo haber levantado el tono de voz, apareció el marido y, de mal modo, me pidió que me fuera de allí. Me puse de pie y miré a Lucía para que me acompañe, pero ella estaba llorando y, otra vez, como tantas veces me ha pasado en la vida, no supe qué hacer, permanecí inmóvil en el lugar. Lucía, todavía llorando, comenzó a decirles: —Por favor, les pido que entiendan, Gonzalo sólo quiere ayudar a mamá, y me quiere ayudar a mí. La situación en el Juicio está comprometida para nosotras, Villalba tiene un abogado que está dando vuelta las cosas y podemos perder. No sé qué hago si me separan de mamá, Agustina, te pido que hables con Gonzalo.

—Pero Lucía —contestó Agustina visiblemente emocionada por el llanto y la actuación— este hombre no tiene nada que ver con la defensa de Yosi, el abogado que la representa es amigo de Facundo, trabajan juntos y dice que no lo conoce —finalizó señalándome.

—Ya sé —contestó Lucía más tranquila— a Gonzalo lo contrató Clara, sé que eso no me ayuda a convencerte, pero te lo pido como algo personal, Agustina, no permitas que ese hombre me lleve a Venezuela.

Mientras Lucía hablaba yo la miraba sin poder creer lo que oía. Finalmente, Francisco Álzaga intervino lacónico y oportuno:

—Contestale lo que quiera saber, no tenemos nada que ocultar.

Agustina Álzaga me miró indecisa hasta que, dirigiéndose a Lucía, dijo:

—Sería muy incómodo para mí hablar de ciertas cosas frente a vos.

—Entiendo —dijo Lucía, compungida— me voy a lo de Emilce.

—Acompáñela —me ordenó Francisco Álzaga—. Lucía no está bien.

Subimos al auto en silencio y al doblar en la esquina, Lucía me abrazó y, entre risas, me preguntó:

—¿Estuve bien?

—Yo voy a terminar en cana con todo esto — contesté, pero no pude eludir el contagio de su risa. Luego, y ya sin reírme, agregué: - En este momento deben estar hablando con Clara y cuando vuelva a lo de Álzaga me voy a encontrar con la Comisaría en pleno.

—No me veas tan tonta — contestó Lucía— hace años que no se hablan con mi abuela, creo que desde que papá desapareció. Por eso la nombré a ella y usé mi tono lastimero para decir “te lo pido como algo personal”. Ellos me quieren mucho y a mamá la adoran. Insistí, ahora cuando vuelvas, en que estés de su lado y si tenés que hablar mal de mi padre para que suene más creíble, hazlo.

Agustina Álzaga me estaba esperando cuando llegué. A su esposo no lo vi mientras duró nuestra charla, pero presentí que no estaba muy lejos de nosotros. Ya no estaba tensa, pero su preocupación estaba latente. Me esperaba con café y se esforzaba por parecer cordial.

—Espero que Clara sepa lo que está haciendo. Personalmente, dejaría que los abogados manejen el asunto sin interferencias, hago esto porque Lucía me lo pide, pero...

—Por favor —la interrumpí atajando la amenaza—su hijo ya me advirtió.

—No quise advertirle nada, sólo quería decirle que no estoy segura de hacer lo correcto. Cometí un error muy grande, hace algunos años, al intervenir en la vida de los demás y no querría equivocarme nuevamente. He querido olvidar mi culpa por mucho tiempo, pero el solo hecho de ver a Yosi, a Lucía o a Facundo, la reaviva y la agiganta.

Calló unos minutos y siguió:

—Sería una gran injusticia que le otorguen la tenencia al padre. Una gran injusticia.

—Tengo entendido que usted ayudó a Jorge y a Yosi en los comienzos de su relación.

—Sí, y eso es lo que no me perdono. El chico era muy amigo de Facundo, parecía tan bueno... Era comprador, alegre... Cuando venía a casa se acercaba a conversar conmigo, me contaba sus cosas... Piense usted que tenía quince años cuando lo conocimos, a esa edad, los chicos huyen de los adultos, somos como la peste para ellos, pero él, pienso que por la situación familiar que vivía, parecía encantado de charlar conmigo o con Francisco. Imagínese, sus padres recién separados, se lo habían sacado de encima. El padre decía que por su trabajo no podía cuidarlo y la madre con el cuento de la depresión, repartió los hijos por cualquier lado. Jorge, en realidad, tuvo mucha suerte, su tío era un hombre extraordinario, lo cuidó como a un hijo, pero el chico cargaba con esa sensación de abandono y buscaba en nosotros, creo yo, la imagen de familia que no tenía. Muchas veces se quedó a dormir aquí, llegamos a quererlo muchísimo. En aquel entonces, con mi marido éramos muy amigos de los Unzué, yo había sido compañera de colegio de Clara. Facundo y Yosi nacieron el mismo año, se llevaron bien desde chiquitos y a todos les decían que eran hermanos. La casualidad o el destino hicieron que Yosi y Jorge se enamoraran, nosotros queríamos mucho a los dos. El problema era Clara, siempre fue una mujer muy complicada, muy vueltera, cree que el mundo entero conspira contra ella. Todos sabíamos que no toleraría que Yosi saliera con un chico que trabajaba de mecánico, ella tiene esas pavadas, así que los chicos mantuvieron el noviazgo en secreto y yo los ayudé, les permitía encontrarse en casa, maldigo la hora.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué? - contestó sorprendida de que le hiciera esa pregunta tonta—. Porque el muchachito Villalba no fue lo que parecía, nos engañó a todos con su carita de huérfano, porque nos usó para divertirse con Yosi, porque tuvo relaciones sexuales con ella cuando sólo tenían dieciséis años, traicionó nuestra confianza, porque después de tenerla la dejó al verse acorralado por un embarazo que lo tomó por sorpresa y porque desapareció sin importarle siquiera su tío que le había dado todo. ¿Le parecen pocos argumentos para maldecir mi intervención?

—Olvidó nombrar uno muy importante, que Facundo se enamoró de Yosi.

—Ése es otro tema, no menos doloroso. Facundo podría haber hecho feliz a Yosi, la habría ayudado a olvidar todo aquel asunto, pero ella nunca lo superó y lo trató distante, hasta cortó aquella relación de hermanos que los había unido. Facundo se habría conformado con eso, pero Yosi lo hizo sentir un extraño, lo destrozó, pero ella no es la culpable. Ya ve usted, lo que significa el nombre de Jorge Villalba en esta casa. Las secuelas que dejó están a la vista. Hasta perdí mi amistad de años con Clara, no me perdonó mi complicidad con los chicos a sus espaldas y la entiendo. Como le dije antes, somos muy distintas, ella se fija en cosas que a mí no me importan, pero yo también tengo las mías y, a pesar de las diferencias, nos queríamos mucho, todavía la quiero, pero así están las cosas.

— ¿Puede decirme algo del suicidio de Augusto?

— ¿Qué tiene que ver eso con el Juicio? — preguntó con enojo.

— Más de lo que parece — contesté.

— ¿Clara le dijo que somos culpables de eso también?

— No, esto corre por mi cuenta.

— No lo creo. Sé que Emilce y Clara nos hacen responsables de su muerte, pero bastantes culpas propias tengo como para hacerme cargo de las que no soy responsable. Con mi marido fuimos el detonante involuntario de un problema que Emilce debió solucionar hace muchos años. No sé si ya lo sabe, pero Augusto gastó todo el dinero de su madre, estafó a medio pueblo, incluyendo a su cuñado y dejó a Clara en una situación económica comprometida, lo poco que le queda no es fácil de mantener. Falsificó la firma de Rodolfo en cheques que pagaron parte de su deuda. El año pasado, intentó hacer lo mismo con mi marido, pero avisaron, inmediatamente, del Banco. Les llamó la atención que una persona había presentado al cobro un cheque al portador con la firma de Francisco. Mi marido jamás firma un cheque al portador. El que presentó el cheque estuvo detenido unas horas y declaró que Augusto se lo había entregado como pago de un negocio. “El negocio” era el juego, hasta la policía lo sabía. Detuvieron a Augusto, Emilce estaba desesperada, vino llorando a rogarle a Francisco que retirara los cargos, que dijera que ésa era su firma, pero mi marido estaba furioso y no quiso escucharla, le contestó que Augusto era responsable de la muerte de Rodolfo y que, ya que ella no tomaba medidas para arreglar la conducta de su hijo, él lo haría y que le estaba haciendo un favor. Augusto fue excarcelado mientras la causa seguía su curso, pero él sabía que terminaría preso. Vino una noche, muy tarde, a rogarle a Francisco que lo perdonara, me pedía a mí

que lo convenciera, pero yo le daba la razón a mi marido. Cuando vio que no nos convencía, inventó que nosotros le debíamos un favor, aunque no lo habíamos sabido aprovechar. Dijo que él había falsificado una carta en la que Yosi dejaba a Jorge Villalba, que él lo había hecho por Facundo a quien quería como a un hijo y que no soportaba verlo sufrir.

Al oír aquello, me incorporé en el sillón hasta quedar en el borde. El letargo que me producía escuchar cosas más o menos conocidas, desapareció. Agustina seguía:

—Nos dijo que él había ayudado a Yosi y a Jorge, en un principio, porque le había parecido cosa de chicos, pero que antes del desenlace se había arrepentido viendo que las cosas tomaban otro color. Que también lo había hecho por Yosi, pensando en la vida simple que llevaría si se casaba con el mecánico. Mi marido no lo dejó seguir, lo agarró de la ropa y lo empujó hasta la vereda, mientras le aclaraba que un tiempo en la cárcel le vendría bien. A las cinco de la mañana, nos despertó el teléfono, Emilce nos preguntaba si queríamos ir a regocijarnos con el cadáver de su hijo. Augusto se había pegado un tiro y su madre no nos lo perdona. En un primer momento, me desesperé, me sentí culpable, pero ya no, no me siento responsable por eso.

— ¿Le comentó usted a Facundo lo de la falsificación de la carta de Yosi?

—De ninguna manera. No tenía sentido repetir palabras de una persona que, en definitiva, tenía desórdenes mentales, que en su desesperación por no ir preso era capaz de inventar cualquier cosa y creer que, si nos convencían sus argumentos, le agradeceríamos semejante bajeza.

— ¿Conservan ustedes el cheque original o una copia con la firma de Augusto?

—Sí.

—Necesito eso.

—No veo qué relación pueda...

—Por favor.

—Está bien, no nos sirve para nada.

— ¿Declararía usted, si la citan en el Juicio, lo que Augusto comentó sobre la carta?

—No, de ninguna manera, son las palabras de un loco desesperado por no ir preso y que perjudicarían a Yosi. Todos sabemos que Jorge Villalba le escribió una carta, abandonándola. Facundo me habló esta mañana y me contó que la tiene en su poder, con esa prueba es suficiente para que Yosi

conserve a su hija. Lamento haberle dicho lo que Augusto deliró aquel día, pero estamos solos y le aclaro que voy a negar habérselo dicho.

—Yo le aseguro que esa carta va a perjudicar a Yosi.

—No veo cómo.

—No importa ahora, pero ¿me da su palabra de que si yo tengo razón usted va a declarar lo que dijo Augusto?

—No puedo prometerle eso, tengo que consultarlo con mi esposo. Por ahora, confórmese con el cheque que, en realidad, no sé si hago bien en dárselo.

Salí de la casa de los Álzaga tan excitado que no podía meter la llave en la puerta del auto. Reconozco que había llegado allí con mucha intriga y sospechas, hasta había imaginado un romance oculto entre Augusto y Agustina, un pacto macabro de los dos en la falsificación de las cartas, para salvar a Facundo del dolor. Me había planteado también la posibilidad del pago de una suma importante por parte de los Álzaga a Augusto, pero al escuchar a Agustina todo desapareció, creí todo lo que me dijo, no porque me conviniera hacerlo, simplemente es una mujer tan transparente que sería incapaz de mentir o adornar un relato.

Busqué a Lucía, no tuve que bajarme del auto, caminaba como una loca de un lado para el otro por la vereda. Al verla, me enamoré más de ella. Me pidió pasar por la clínica a buscar el vestido que Yosi llevaba puesto el día de la internación. Estaba en la guardia, tal como se lo habían sacado, con tierra y algunas roturas en los bordes. Lucía subió al auto abrazada al vestido y me dijo:

—Ahora sí, contame todo.

No conduje, volé hasta “La Blanqueada” en tiempo récord. Si no nos matamos aquel día al cruzar la Ruta 2 sin mirar, creo que somos inmortales. Mi excitación volvió al relato un manojito de frases desordenadas y superpuestas que no sé cómo Lucía logró entender, lloraba y se reía. Pocos metros después de pasar la tranquera de entrada, tuve que detener el auto, no aguantábamos más. Llegamos a la casa a las nueve, Lucía le encargó a Inés algo para comer y comimos en cantidad. Cuando recuerdo aquellos días, nos veo comiendo y haciendo el amor, haciendo el amor y comiendo. Mientras charlábamos ya más tranquilos, vi la caja con los papeles y fotos que había quedado a los pies de un sillón con mi encendedor arriba.

—No puedo quemar eso —le dije a Lucía.

—Ni se te ocurra — contestó.

Decidimos que lo escondería en mi departamento.

—Aunque todo esto termine mal —dijo Lucía— quiero conservar estas cosas como recuerdo.

Intenté explicarle que yo tenía que viajar, que a las nueve empezaba la audiencia y que debería estar dos horas antes, pero me abrazó y me dijo que no estaba suficientemente despeinada.

Logramos separarnos a las cinco de la mañana, tuve que sobreponerme al llanto de Lucía, quería acompañarme, me fui destrozado viendo su figura en el espejo. Convinimos en que a la mañana iría a lo de Emilce y que no se movería de allí, yo la llamaría ante cualquier novedad.

Demoré dos horas en llegar a Buenos Aires, durante el viaje tuve que sacar la cabeza por la ventanilla para no dormirme, prendía un cigarrillo con el otro. Me sentía raro en la ruta, en la entrada a Buenos Aires, todo era tan real... y yo parecía emerger de un mundo fantástico. Aquel lunes se cumplía una semana de mi primer viaje a Chascomús, y mi vida ya se llamaba Lucía. “Estamos locos” pensé entre mis cabezazos somnolientos.

A partir de mi llegada a Buenos Aires, mi día se transformó en una burda imitación de una película de detectives. El Juez me había recomendado que entrara a Tribunales irreconocible, la calle estaría llena de periodistas y algún colega podría reconocerme. Pasé por la casa de mi madre a buscar unos bigotes postizos que había usado de chico en una fiesta escolar. Gracias a Dios, mi madre es de las que guardan todo y tiene la virtud de no preguntar nada así que, mientras ella preparaba mi desayuno, me los pegué y me oscurecí el pelo con su tinte. Por un lado, me sentía un idiota y por el otro me divertía mi camuflaje. Le di un beso apurado que no le gustó porque la pinché, pasé por casa a darme un baño a disgusto porque me quitaría el aroma de Lucía, me puse un traje y tomé un taxi hasta Tribunales. Llegué ocho y diez, la prensa tenía todas las entradas cubiertas, alcancé a ver a la periodista de mi editorial con el fotógrafo, a los empujones llegué hasta la puerta. En ese momento, entendí un poco a Clara en su indignación porque esto se transformaría en un circo televisado. No faltaban representantes de ningún medio gráfico ni de ningún canal de televisión. Mostré mi documento al policía que me dijo que me apurara, que el Juez había preguntado varias veces por mí. No esperé el ascensor, corrí hasta su despacho, otra vez el documento y entré con él a la vista por si el Juez no me reconocía, pero, sin mirarlo, me gruñó: “Creí que se había ahogado en la laguna, lo estoy esperando desde las

seis, al cassette de su contestador lo llené con mis llamados, habíamos quedado en que usted me llamaba ¿por qué no lo hizo?”.

—Perdón — dije y me puse colorado como un chico mientras me acordaba de Lucía. Al ver que no le explicaba más me dijo: - Se ve muy gracioso. Empecemos, tenemos poco tiempo.

Le conté rápidamente, pero en detalle, lo que había pasado con Yosi, su crisis emocional, su inesperada e insólita recuperación, del hallazgo de los papeles y fotos, de la carta clave en manos de Facundo, de mi entrevista con Agustina Álzaga y lo dicho por Augusto sobre la falsificación, obvié, por supuesto, contarle lo sucedido en el medio de aquellas cosas. Pensó unos instantes, llamó a alguien por el intercomunicador y le dijo que mientras se llevara a cabo la audiencia de Villalba contra Unzué, quería que un perito calígrafo estuviera disponible. “Que no se haga ver”, recomendó. Le entregué el cheque con la firma falsificada y, luego de meditar unos instantes, dijo lo que yo temía escuchar:

—Si la carta es falsa como creo, el abogado de Josefina Unzué se va a ver en un aprieto, porque el de Villalba va a alegar que el tío de Josefina o quien quiera que la haya falsificado, se la dejó como un seguro por si Villalba reclamaba algún día a su hija. Creo que va a complicar las cosas porque la otra carta no aparece y...

—Doctor —interrumpió un empleado—es la hora de la audiencia, ya están los abogados con los clientes.

Salimos del despacho, inmersos en el desasosiego.

## LA AUDIENCIA

Al llegar a la puerta de la sala adonde se llevaría a cabo la audiencia, me paralicé, tomé conciencia de que, por primera vez, los vería a los dos allí. Lo abstracto se volvería concreto y sentí un inexplicable temor por enfrentarlo. El Juez había entrado y tuvo que salir a decirme que entrara de una buena vez. Mi imaginación teledirigida e infantil, había ideado una sala repleta, con un Jurado, un pesado martillo de madera sobre la mesa del Juez, pero me encontré con una sala despojada y sin los atributos previstos.

López Escalada me había recomendado que pusiera la mejor cara de empleado judicial que me saliera y que simulara tomar apuntes. Entré con la vista empecinada en el expediente que me había entregado en su despacho, alcancé a ver a los abogados pararse ante la llegada del Juez y darle la mano sin mayor pompa. Cuando se sentaron, cada uno al lado de sus respectivos clientes, reuní valor para mirar a Jorge y a Yosi. Allí los tenía frente a mí, separados por dos metros de distancia y sus respectivos abogados. Yosi miraba al Juez fijamente, llevaba puesto un vestido blanco de cuello alto y mangas cortas, no sé de qué género, no entiendo de esas cosas, que la volvían más etérea de lo que ya era, estaba pálida y sin emoción alguna a la vista. Jorge Villalba, por su parte, se veía contrariado, de visible mal humor y acomodaba, permanentemente, el nudo de su corbata mientras decía algo al oído a su abogado. De su atuendo sólo puedo decir que la corbata era muy venezolana. Un escribiente tuvo que tirnearme la manga del saco para avisarme que el Juez me pedía el expediente. El doctor López Escalada lo abrió y preguntó a Yosi si ratificaba todos sus dichos en la declaración de fojas tal. Yosi lo miraba sin contestarle y, luego de repetir dos veces la pregunta, el Juez, impaciente, le pidió al abogado que persuadiera a su cliente para que colaborara. El abogado dijo algo al oído de Yosi, ella sin dejar de mirar al Juez, por fin dijo “Sí”. El Juez preguntó lo mismo a Villalba que contestó un “Sí” inmediato y seguro. El abogado de Yosi, poniéndose de pie, le dijo al Juez que, a la declaración de Yosi, quería sumar una prueba de sus dichos que, por error, su cliente había declarado no tenerla y que solicitaba que se agregara al expediente. Aclaró que se trataba de la carta en la que Jorge Villalba abandonaba a Josefina Unzué sabiéndola embarazada.

Mientras entregaba los papeles al Juez, Jorge Villalba se puso de pie y gritó que eso era un engaño, que él jamás había escrito semejante cosa, que

exigía ver esos papeles, Yosi no se inmutó. El Juez, dirigiéndose al abogado de Villalba, le advirtió que calmara a su cliente porque no iba a tolerar, nuevamente, la palabra exigir y que no permitiría otro exabrupto de esa naturaleza. Por fin, y enseñándole la carta a Villalba, le preguntó si él reconocía haberla escrito y agregó que sólo aceptaría un sí o un no. Jorge, sin mirarla, vociferó que no, pero pude ver a su abogado, visiblemente, contrariado. Creo que dudó de la veracidad de aquel “no” y eso daba vuelta las cosas. El Juez les comunicó a las partes que, dada la negativa del querellante, las hojas se entregarían a un perito calígrafo, el cual tomaría muestras de escritura a Jorge Villalba, luego de finalizada la audiencia. Luego, dirigiéndose a ambos, les explicó las consecuencias negativas del Juicio, del daño que ocasionarían a su hija, los invitó a reflexionar y sugirió como solución que Yosi permitiera a Jorge Villalba el reconocimiento legal de Lucía y que ella conservara la tenencia, concordando un régimen de visitas. La consulta de los abogados a los clientes duró apenas segundos, un “no” al unísono se escuchó de ambas partes. El abogado de Villalba pidió autorización al Juez para interrogar a Yosi, explicó que tenía suficientes razones para probar que Josefina Unzué no estaba en condiciones de cuidar a Lucía.

Evidentemente, la duda sobre la veracidad de los dichos de Jorge lo obligó a cambiar de táctica. El abogado de Yosi protestó, pero el Juez autorizó el interrogatorio. El abogado dijo a Yosi que no contestara lo que no quería e, inmediatamente, comenzó aquel ataque cruel que jamás voy a olvidar. Parándose frente a Yosi, el abogado de Villalba comenzó:

—Usted declaró no tener problemas económicos y poder mantener a su hija normalmente. ¿Insiste en afirmarlo?

—...

—En un año y medio, su hija comenzaría, de quererlo así, la Universidad, para lo que tendría que enviarla a Buenos Aires o a otra ciudad que cuente con nivel terciario. ¿Se encuentra en condiciones de afrontar esos gastos?

—...

— ¿Usted trabaja?

—No.

— ¿De qué vive?

—...

— ¿Sabe conducir autos?

—No.

— ¿Nunca trabajó?

—No.

— ¿Le parece normal hacer vivir a su hija en el campo, que como única salida vaya al colegio y privarla de la vida social necesaria para su edad?

—...

— ¿Por qué no se casó?

—...

— ¿No es verdad que usted no se casó porque cree estar casada con Jorge Villalba, por un juego al que llamaron ceremonia, dieciocho años atrás?

—...

—Señora, tengo una lista aquí —dijo el abogado tomando un papel de su escritorio— en donde figuran distintas fechas en las que usted debió ser internada y asistida por el jefe del Servicio de Neurología de la Clínica Chascomús. Tuvieron lugar en los meses de marzo y agosto del año sesenta y nueve y en el mes de octubre del setenta. También tengo las fechas de sus internaciones en el Sanatorio Del Sur de la ciudad de Esquel. La primera...

El abogado de Yosi protestó, pero el Juez no hizo lugar. Pude ver a Jorge Villalba con la cabeza hacia abajo apretando, fuertemente, sus lagrimales con los dedos, mientras su abogado seguía:

—La primera, en el mes de marzo del setenta y siete y siguen, septiembre del mismo año, noviembre del mismo año, junio del setenta y ocho, diciembre del mismo año... y sigue la lista de internaciones, todas ellas dependientes del Departamento de Neurología. ¿Podría decirnos qué enfermedad padece para necesitar atenciones que, según mi fuente de información, se registraban como urgentes?

Yosi lo miraba, incrédula, temblando y con la voz casi inaudible le preguntó:

— ¿Cómo consiguió eso?

—No puedo decirlo. ¿Usted niega que mis datos sean verdaderos?

—...

— ¿Va a contestar los motivos de sus internaciones?

—Tengo problemas con mi peso.

— ¿Por problemas de peso la atendían neurólogos?

—...

El abogado alcanzó al Juez una copia de su lista y le solicitó una orden judicial requiriendo las historias clínicas de los respectivos sanatorios. López

Escalada anexó la hoja al expediente y le contestó que en breve le haría conocer su decisión.

—Doctor —intervino el abogado de Yosi dirigiéndose al Juez— esto no tiene relación con la causa, no veo el sentido del interrogatorio.

El abogado de Villalba argumentó que no sólo quería probar que Yosi no estaba en condiciones de educar a Lucía, sino que su negativa al reconocimiento legal por parte del padre, no se debía a ningún sentido de justicia, sino al rencor y al resentimiento que ella sentía por Jorge Villalba y que aquello no abrigaba ningún interés por su hija quien merecía tener un padre.

El Juez le permitió continuar.

— ¿Qué motivo la retuvo en Esquel durante dieciséis años, siendo que usted no tiene parientes allí?

—Me gusta la montaña.

—Le gusta la montaña... ¿Por esa razón se aisló al extremo de no concurrir al entierro de su padre y de someter a su hija a llevar una vida sin abuelos o tíos que la acompañaran en su crecimiento?

—Mi hija es muy sociable, hizo muchos amigos en Esquel y sus parientes la visitaban con frecuencia.

— ¿Podría contestar por qué no asistió al entierro de su padre o a despedirse de él, sabiendo que moriría?

—...

— ¿Quién vivía con usted además de su hija?

—El personal doméstico.

— ¿Podría detallar quiénes formaban parte de ese personal?

—Dos mucamas, una cocinera, una planchadora y un jardinero.

— ¿Usted dirigía al personal en sus tareas?

—No, una señora se ocupaba de eso.

—O sea, que olvidó nombrar a lo que sería un ama de llaves. ¿Quién pagaba esos sueldos?

—Mi padre.

— ¿No le parece excesiva la cantidad de personas empleadas en una casa en donde sólo viven dos personas? ¿Usted no sabe hacer ninguna tarea doméstica?

—...

— ¿Trabó amistad con personas de Esquel?

—No.

— ¿En qué ocupaba sus días?

—Educaba a mi hija y leía.

—Leía... ¿Qué leía? ¿Cartas viejas, letras de canciones, poemas...?

—Libros.

— ¿Sólo libros?

—...

—O sea que, si no entendí mal, usted no se relacionó con nadie, vivió aislada sin necesidad de amigos, siendo su único nexo con el mundo exterior, su hija. Realmente no veo eso muy normal.

—Yo no lo veo a usted normal y no hago un escándalo por eso.

La respuesta de Yosi arrancó una sonrisa hasta al mismo Villalba, pero ese instante de distensión lo cortó el abogado, abruptamente.

—Señora —siguió— ¿tuvo usted relaciones sexuales con alguna persona, no importa con quién —aclaró— durante los últimos dieciséis años?

Jorge Villalba salió de su mutismo y le gritó “basta” a su abogado, adelantándose al abogado de Yosi que se ponía de pie, indignado para protestar. Pero Yosi nos sorprendió a todos, incorporándose en su silla, dijo:

—Voy a contestar a su pregunta.

Por primera vez, logré ver en sus ojos, hasta ese momento inexpresivos, la mirada profunda y vivaz que había visto en la foto del tocador de Emilce. Y siguió:

—No tuve relaciones sexuales con ninguna persona en los últimos dieciséis años.

— ¿Porque sigue queriendo a Jorge Villalba?

—No, doctor en psicología —comenzó a contestar Yosi con una sonrisa despectiva y enojándose a medida que hablaba. - Yo no quiero a este señor (lo señaló a Jorge sin mirarlo) Es más, no sé quién es, yo quise, alguna vez, a lo que él parecía ser y la única razón por la que no he tenido relaciones sexuales en los últimos años, es porque no he querido a nadie y no soy ni una vaca ni una yegua en celo para acostarme con cualquiera que se me cruce y, descuide, no hago responsable a su cliente de mi vida asexual.

Yosi terminó de decir aquello visiblemente alterada, respiraba agitada, tuve que hacer un esfuerzo para no agarrar a patadas al abogadito de Villalba. El Juez dijo que ya era suficiente, ofreció un vaso de agua a Yosi, ella lo rechazó y le pidió retirarse. Su abogado la acompañó hasta la puerta, por la

que alcancé a ver a Facundo y a Clara, y volvió a su lugar. Pidió al Juez interrogar, por su parte, a Villalba y comenzó:

—Le pido que no se altere, no gana nada con eso, sólo conteste mis preguntas. ¿Por qué niega haber escrito la carta en la que abandonó a Josefina Unzué?

—Porque nunca escribí ninguna maldita carta para dejarla, ella me dejó a mí. Yo estaba listo para ir a casarme a Esquel y su tío me entregó una carta de ella (otra vez surgía aquel ella, despectivo y tajante) con un certificado médico, sellado y firmado donde constaba que había perdido el embarazo, aborto espontáneo, decía. Me pedía que no la buscara y por supuesto que no lo hice, se divirtió conmigo como con un ejemplar interesante y me dejó. Me ocultó a nuestra hija, seguramente me vio como a un padre no digno de ser mostrado, alguien de quien avergonzarse.

—El tío al que usted se refiere está muerto y la carta que dice haber recibido de mi cliente no la conserva. ¿No le parecen poco convincentes sus argumentos?

El abogado de Villalba tuvo que calmarlo al notar su alteración.

—No voy a contestar a eso hasta que se demuestre que la prueba que ustedes entregaron es falsa.

—Supongamos, por ahora, que usted no abandonó a Josefina Unzué. ¿Cómo justifica su indiferencia ante Pedro Ludueña, que, si bien tengo entendido, se hizo cargo de usted cuando sus padres se separaron? Según declaró al Juez, anteriormente, jamás volvió a Chascomús, ni aun cuando le avisaron que su tío moría.

Por un momento, pensé que no respondería a la pregunta, pero luego de un silencio, contestó.

—Todavía no me lo perdono. No quiero hablar de eso.

—Algunos meses antes de irse definitivamente de Chascomús, usted manifestó en la casa de los Álzaga, su arrepentimiento por haberse involucrado con Josefina Unzué y la decisión de llamar a su padre para que lo recibiera en Venezuela y así, tomar distancia de ella. Agustina y Facundo Álzaga lo persuadieron de lo contrario porque ese mismo día usted les confesó que mantenía relaciones sexuales con mi cliente desde que Emilce Blanch les organizara un casamiento que ustedes habían tomado como válido. Agustina Álzaga tuvo que insistirle en que no podía dejar a Yosi después de aquello. Visto a la distancia, podría decirse que fue una muestra de lo que terminaría haciendo poco tiempo después.

—No fue así.

— ¿Niega haber dicho esas cosas en lo de Álzaga?

—No, no lo niego, pero usted no plantea la situación que vivíamos en ese momento. La madre de Josefina Unzué fue a ver a mi tío, yo estaba presente, habló de las diferencias que jamás se salvarían, de la vida que esperaba a su hija a mi lado. Cuando se fueron, quedé destrozado, yo adoraba a Josefina Unzué y la creía un ser especial y único en la Tierra, tanto que íntimamente le di la razón a su madre. Con ese estado de ánimo llegué a lo de Álzaga. Sinceramente pensaba que lo mejor para ella era que yo la dejara y me fuera lejos de allí. Agustina Álzaga me hizo ver las cosas de otra manera, primero me reprochó mis relaciones íntimas con Josefina, pero como una madre, sin dejar de ser cariñosa conmigo. Me dijo que Yosi, que Josefina Unzué — corrigió— sólo podría ser feliz conmigo, me alentó a seguir, me dio seguridad y salí de allí con la firme resolución de desafiar los malos pronósticos de Clara Unzué. De todos modos, jamás se me habría cruzado por la cabeza marcharme sabiéndola embarazada, y cuando pasó eso en realidad, luego de sobreponerme a la sorpresa que me produjo la noticia, me sentí verdaderamente feliz, porque era un hecho que nos uniría para siempre y adelantaba el momento de convivir con ella, que era lo que yo más deseaba.

— ¿Tuvo alguna relación sentimental durante los últimos dieciséis años?

—Cosas pasajeras.

— ¿Por qué?

—Tal vez no pude superar la mala experiencia.

— ¿No será porque estuvo muy ocupado haciendo dinero, para regresar después de tantos años a mostrarlo a modo de venganza y usa como pantalla el interés por su hija?

El abogado de Villalba tuvo que sentar a Jorge de un empujón.

—Yo no sabía de mi hija —gritó— me enteré dieciséis años tarde. ¿Quién me los repone? Facundo Álzaga, después de desfigurarme, me habló de ella y fui a “La Blanqueada” para averiguar la verdad. Allí vi a *mi hija y su cliente* largó a los perros para que me mataran. ¿Quiere que le diga una cosa? No necesito mi dinero para demostrar lo que valgo, habría sido un buen padre, a pesar del *overall* y el olor a grasa, y no quiero hablar más hasta que se sepa que la letra de la carta no es mía.

—Le voy a robar sólo unos minutos. Usted aseguró en su declaración del expediente, que Augusto Blanch le entregó una carta en la que Josefina Unzué lo abandonaba ¿Por qué no la conservó?

—La leí muchas veces, no me convencía de lo que leía, y luego la tiré en la estación antes de subir al tren.

— ¿Le mostró a alguien la carta antes de tirarla?

—No.

—Dígame Villalba, su fama, su éxito como cantante ¿adormecen su conciencia?

El Juez decidió que ya era suficiente, fijó una nueva audiencia para el día siguiente y pidió a Villalba y a su abogado que lo acompañaran para la pericia. Quedé sentado allí, solo, mirando los asientos vacíos, pensé en Lucía. Tardé en salir del Palacio y, al hacerlo, coincidí con la salida de Villalba. Demoró diez minutos en llegar desde la puerta hasta el auto. El griterío era insoportable, los camarógrafos se insultaban, pero nadie consiguió una declaración, ni siquiera la periodista de mi editorial que perdería el empleo.

Fui directo a mi oficina, escribí una renuncia escueta y al entregársela a mi jefe me pareció aliviado. “Vos sabrás lo que hacés, pibe”, dijo, y me tendió una mano floja y húmeda. Al llegar a mi departamento llamé a Lucía, le rogué que no llorara, bastante destruido estaba como para soportar su dolor a la distancia, la puse al tanto de lo sucedido y le recordé que la amaba. Llamé a mi madre, sin mayores explicaciones le pregunté si aceptaría al hijo pródigo, ya no podría pagar el alquiler, y con toda su nobleza me dijo que sí sin preguntar nada. Me tiré en un sillón y, sin acordarme de comer, me dormí profundamente. A las cinco de la tarde, me despertó el teléfono: “Los rasgos de escritura de la carta coinciden con la firma del cheque”. El Juez me decía aquello sin sorpresa, pero con evidente preocupación. Siguió diciendo: “Según el perito, la letra de la carta es una imitación casi perfecta de la letra de Villalba. Esto compromete la situación de Unzué, va a quedar como cómplice de engaño. Tiene que buscar a Agustina Álzaga hoy mismo, sea convincente porque si no, esto no tiene arreglo La única prueba de falsificación es de una sola carta”.

Tomé dos CafiAspirinas para despabilarme, nuevamente recorrí la Ruta 2 y, en ese momento, habría jurado que el abogado de Villalba le había agregado más kilómetros. Llegué a lo de Emilce poco después de las siete, no le di tiempo a Lucía a reaccionar, le di un beso desesperado, todavía con los bigotes puestos ya que no me los podía despegar; en el apuro los había fijado con la gotita y, sin explicarle nada a pesar de sus preguntas, la llevé conmigo hasta lo de Álzaga. Agustina nos recibió sorprendida, le pedí que estuviera su marido presente en la conversación, hizo un llamado y

esperamos que llegara. Recién cuando estuvimos los cuatro sentados comencé a hablar. Les conté mi impresión sobre la crueldad de los interrogatorios para las dos partes, no olvidé detalle y, finalmente, no encontrando otro método para resultar convincente, confesé que conocía el resultado de la pericia caligráfica. Francisco Álzaga se agarró la cabeza con las manos, y repetía: “¡Qué hijo de puta!”. Parecía que era el epíteto exacto para Augusto, a todos nos salía lo mismo. Agustina no podía parar de decir “Dios mío, Dios mío” y Lucía permaneció serena, esperaba aquel resultado. Les dije que era imprescindible el viaje de Agustina, que para ayudar a Yosi sólo debería hablar con Jorge Villalba sobre lo dicho por Augusto, la noche que se suicidó. La calmé diciéndole que no debería declarar en la audiencia, sólo hablar con él en privado. Miró a su marido, desconcertada, sin lograr ordenar aquel rompecabezas de tantos años, en los pocos minutos que yo le daba.

Secándose las lágrimas me preguntó: “¿Qué clase de monstruo era ese hombre?”. “De la peor de todas” contesté y agregué un “por favor” que sacó a Francisco Álzaga de sus insultos al aire y me dijo: “Pase a buscar a mi mujer en media hora”.

Al salir de la casa, Lucía me comunicó que viajaría con nosotros, que si me negaba a llevarla se iría a dedo. Imposible convencerla de lo contrario, sólo le pedí que me llevara yerba y cigarrillos a la Comisaría cuando me detuvieran por llevar una menor sin autorización. Buscamos su bolso, recogimos a Agustina y salimos. Lucía se durmió en el acto, no había pegado un ojo en todo el día y nuestra noche anterior se le vino encima. Agustina parecía dormir, pero pude ver por el espejo retrovisor que movía un rosario entre sus manos. Quería alojarse en casa de Facundo, pero las dejé en un hotel, le expliqué que no era oportuno que su hijo conociera el resultado de la pericia, conociendo su mal genio, yo temía que acusara al Juez por informarme el resultado y le confesé la verdadera razón de mi intervención en el asunto. A las doce y media de la noche llamé al Juez a su casa para avisarle de mi llegada con Agustina Álzaga.

Volví a pasar inadvertido por entre mis colegas a la entrada de Tribunales. Con el Juez tomamos café en silencio mientras él firmaba notas, no había nada que decir, sólo esperar.

—No sé cómo voy a sacarme los bigotes — dije tratando de aliviar mi tensión.

—Yo le soluciono eso — contestó riendo— A usted lo agobia la culpa conmigo y sé que este favor que me ha hecho no le parece suficiente.

—Es un trato — contesté.

Entré a la sala de audiencias improvisando, nuevamente, mi poco convincente gesto de empleado judicial. Yosi llevaba puesto, ese día, un vestido exacto al del día anterior pero negro. Así parecía ser su vida, sin matices, o blanca o negra.

El Juez pareció titubear, luego mirando a Jorge Villalba, le comunicó el resultado de la pericia sin decirle, por supuesto, que la escritura pertenecía a Augusto Blanch. Jorge se mostró impasible, su abogado, radiante, no podía ocultar su sonrisa de alivio; el abogado de Yosi pareció saltar en su silla y ella quedó mirando al Juez, la boca entreabierta, no reaccionaba del modo que esperábamos. Poco a poco, su respiración se aceleró, miró hacia el piso, su abogado le hablaba, pero ella no contestaba. Finalmente, se paró y caminó, tambaleante hacia la puerta, se detuvo y pidió al Juez hablar con su abogado en privado, unos minutos. El abogado de Villalba aprovechó la ausencia de la otra parte para decirle al Juez que presentarían cargos contra Yosi por ser cómplice del engaño que había privado a su cliente de su hija. La cara de consternación con que entró el abogado de Yosi mostraba su derrota; empezó diciendo que él no estaba de acuerdo con su cliente pero que ella manifestaba aceptar el reconocimiento legal de Lucía por parte de Villalba, le otorgaba la tenencia, renunciaba a cualquier régimen de visitas y que lo único que reclamaba era una investigación sobre el responsable de la carta. El abogado de Villalba contestó que aceptaba la oferta en todos sus términos pero que no por ello dejaría de presentar cargos. El Juez decidió que era la hora de hablar con Agustina Álzaga y pidió a las dos partes: “Pasen a mi despacho, por favor”. La encontré en el pasillo, nerviosa, separada de Clara por unos pocos pasos. La acompañé al despacho del Juez, quien comenzó diciendo: “Señores, ésta es una entrevista privada, voy a pedirles que no usen lo que esta señora va a decir”. Agustina, antes de sentarse, acarició la cara de un Villalba rígido y frío. “Quiero buscar a mi hija” dijo Jorge, en tono impaciente, al ver que aquello se prolongaba sin sentido aparente. Agustina empezó a hablar. Comenzó pidiendo disculpas a Jorge por haberlo prejuzgado y relató, paso a paso, su parte en la historia y la confesión de

Augusto sobre la falsificación de la carta de Yosi. Mientras Agustina hablaba, yo miraba sus caras esperando la reacción que provocarían aquellas palabras, pero, cuando terminó su relato, ninguno de los dos se movía, ni hablaba, sólo la miraban fijamente. Los abogados se pararon y empezaron a hablar entre ellos, el Juez me miraba desconcertado. Por fin Yosi se paró, dijo que saldría a tomar aire, que se sentía mal. Jorge Villalba no se movió del lugar, seguía mirando a Agustina, como hipnotizado, mientras ella le tomaba las manos. Salí a buscar a Lucía que esperaba en el pasillo contiguo a la sala de audiencias. Al verla, Villalba pareció despertar de un mal sueño, se le aflojaron los músculos de la cara, hasta aquel momento tan tensos, la abrazó y llorando le besaba el pelo, ese pelo que era mío y que huele a casuarinas. Fue un abrazo largo y silencioso. El Juez se acercó a mí y me dio un fuerte apretón de manos, me miró unos instantes y, sin aviso previo, me arrancó el bigote de un tirón, me saltaron las lágrimas y pegué un grito de dolor. Lo sentí como una ceremonia formal y significativa, como un corte de cintas. Me miró sonriente y dijo: “Deuda saldada”.

Escuché la voz de Jorge que preguntaba a Lucía dónde estaba Yosi.

— ¿No está acá? —preguntó Lucía mirando a su alrededor.

—Ay Dios—dijo Agustina mirando al abogado de Yosi— ¿Usted no la siguió?

Dejamos al Juez con los abogados en el despacho y corrimos por los pasillos, pero no la encontramos. Fuimos hasta la puerta de salida y vimos entrar a Facundo. Entre Lucía y Agustina tuvieron que convencerlo mientras yo lo sostenía, de que no le rompiera, nuevamente, la cara a Jorge, ya que al verlo lo había agarrado de la solapa del traje.

— ¿Dónde está mamá? —le preguntó Lucía asustada.

—La acompañé hasta el auto para sacarle periodistas de encima, se fue con Clara.

— ¿Cómo la dejaste ir? —le gritó Lucía.

—Es que le dijo a Clara que la lleve a Chascomús porque recién el lunes tendría una nueva audiencia.

Le expliqué, lo más rápido que pude, la situación y corrimos al auto de Facundo al que llegamos gracias a los músculos que pocos días antes me habían aterrorizado. Mandaba trompadas por abajo como para que no las registren las cámaras. Logramos meter a Jorge y a Lucía a quienes tironeaban de todos lados y salimos a toda velocidad, no sé cómo no nos llevamos un periodista puesto. Jorge y Lucía viajaron en el asiento trasero, los dos

abrazados, hablándose y mirándose y, al poco rato, reían juntos con esa risa igual y contagiosa que tienen los dos. Viajamos a 160 kilómetros por hora, yo rogaba que el dios de Emilce existiera en realidad, para librarnos de una muerte segura y para que evitara que Yosi se tirara bajo las casuarinas a dejarse morir. Facundo no hablaba, miraba cada tanto a Jorge y Lucía por el espejo, hasta que pareció tomar coraje para decir a Jorge:

— ¿Dolió mucho? —a modo de disculpa.

—Bueno, sacando el tabique roto, los dientes partidos que tuve que reemplazar y la mandíbula descolocada, no fue nada.

Lo miró, disfrutó la cara de culpa de Facundo y agregó:

—Es una broma, pero sí dolió. Mirémoslo de este modo, gracias a tus trompadas yo estoy con Lucía.

Facundo se golpeó la frente con la mano, en el apuro por salir y esquivar periodistas habíamos olvidado a Agustina en la vereda de Tribunales.

Entramos a “La Blanqueada” como perseguidos por el demonio, el auto coleaba y, casi llegando, vimos venir hacia nosotros el auto de Clara. Venía sola, le gritó a Facundo que la ayudara porque Yosi, nuevamente, se había tirado bajo las casuarinas y que no la podían sacar ni con la ayuda de Rubén.

Jorge le dio un beso a Lucía, le dijo que no se preocupara “Es que la tonta de tu madre cree que ya no la quiero, como si eso fuera posible”. Sacó de su cuello una cadena de plata que llevaba debajo de la ropa, se puso la alianza que colgaba de ella y corrió hacia la arboleda. Nos quedamos parados, expectantes, sin poder hablar por el miedo a lo que pudiera hacer Yosi. No sé cuántos minutos pasaron, demasiados para nuestros nervios, hasta que vimos correr a los dóberman. Lucía gritó que iban a matar a su padre, pero los perros pasaron de largo por la arboleda y siguieron corriendo hasta que fueron un punto en el horizonte y desaparecieron. Las casuarinas estaban distantes a unos trescientos metros de nosotros, no distinguíamos la figura de Yosi y Jorge y, cuando preocupados decidimos acercarnos, una música extraña sonó en el aire, como una melodía de voces superpuestas y armónicas a la vez. Luego se oyó un Ave María glorioso, antiguo y liberado. Lucía me abrazó y Clara nos invitó a su casa. Subimos al auto sabiendo que no veríamos a Jorge y a Yosi por unos cuantos días.

## EPILOGO

Yosi murió poco antes de que se cumplieran dos años del reencuentro con Jorge Villalba. Durante ese tiempo, no se separaron un solo día. Yosi se resignó a romper su aislamiento, lo siguió en todas sus giras y, entre una y otra, vivieron en “La Blanqueada”. Jorge levantó la hipoteca que pesaba sobre ella y la puso en funcionamiento. Las risas cómplices de Lucía y Jorge acompañaban los silencios de Yosi que siguió contestando las preguntas sólo cuando le daba la gana.

Jorge las sorprendió en su primer show junto a ellas, saliendo al escenario vestido con un *overall* manchado de grasa y así cantó todo el espectáculo. Lo hizo porque Yosi, en el avión, le dijo que habría preferido que siguiera siendo mecánico. Un año y once meses después, en un avión que los traía a Argentina, Yosi, que dormía con la cabeza apoyada en las piernas de Jorge, murió en calma. Una ambulancia los esperó en la pista, alguien del aeropuerto había avisado a la prensa que, para variar, armó allí un despliegue imposible de sortear. Para el entierro hubo que pedir ayuda a la Policía de Chascomús para que impidiera el acceso al cementerio a los periodistas que se multiplicaban a cada segundo. En la entrada hubo insultos, empujones, ofensas, parientes y amigos que quedaron afuera, pero logramos enterrar a Yosi sin intrusos. El sacerdote dijo unas palabras, yo miraba a Emilce, a Clara y a Lucía, estaban serenas, enteras. Las mujeres entienden algo que a los hombres se nos escapa. Lucía abrazaba a su padre que lloraba sin consuelo, Jorge no se resignaba a haber disfrutado a Yosi tan poco tiempo y yo lloré con él. Pasó meses encerrado en “La Blanqueada” rechazando contratos hasta que Lucía simuló ofenderse por no conseguir hacerlo feliz. Logró que volviera a trabajar, pero, inmediatamente de terminar sus giras o grabaciones, vuelve a la estancia y no sale hasta la siguiente, porque dice que allí puede hablar con Yosi.

Luego del funeral, Lucía fue al campo con su padre y yo llevé a Emilce y a Clara hasta su casa. Cada una se fue a su cuarto y Emilce me pidió que abriera las ventanas. Se sentó en la mecedora, yo me senté en la banqueta como la primera vez que habíamos hablado y sin mucho tacto, le pregunté:

— ¿Yosi estaba...?

No me dejó decir la palabra, me chistó levantando una mano y dijo:

—No encasillemos a Yosi en palabras desagradables. Digamos que era diferente al común de las personas, y por esa razón todos la quisimos tanto. Su extravagancia, por decirlo de alguna manera, la volvió encantadora, irresistible a quien la conociera. Jorge Villalba no se casó con nadie ni dejó de quererla durante los dieciséis años que estuvieron separados, precisamente porque ella era distinta.

— ¿Y después de tanto sufrimiento, adónde está el dios que usted me dijo una vez, yo encontraría? Prefiero no verlo en la decisión de dejar morir a Yosi cuando, finalmente, fue feliz por tan poco tiempo.

—Allí mismo — contestó— ¿Es que no lo ve? Dios es infinitamente bondadoso, muchos habríamos pagado, gustosos, dieciséis años de dolor por cinco de la intensidad que vivieron ellos dos. Jorge algún día lo va a entender y se va a alegrar, le quedan Lucía y recuerdos maravillosos e intensos. Con los años, Yosi habría empeorado y Él la salvó de eso. Si lo que a usted le preocupa es Lucía, no debe hacerlo, ella es igual a su padre, en físico y carácter, no corre riesgos. Tal vez a usted le extrañen ciertas conductas suyas, pero piense que fue educada, exclusivamente, por su madre. Si quiere mi opinión sobre eso, fue lo mejor que pudo pasarle. Clara fue muy generosa al respecto, sabía que tenía derecho legal para pedir la tutela de Lucía, sin embargo, confió en Yosi a pesar de su problema.

—No me preocupa Lucía — contesté y fui sincero.

—Todo parece cerrar ahora, Dios acaba de dar la última pincelada en la vida de Yosi y ahora sólo le ruego que termine mi cuadro. Por años le pedí que me concediera la gracia de verla feliz, nuevamente, y me la otorgó. Sé que se va a apiadar de mí y que pronto me va a llamar.

— ¿Desde cuándo sabía usted la verdad de las cartas?

—Desde la noche en que Augusto se suicidó. Llegó de lo de Álzaga, aquella noche, en una crisis nerviosa. Gritó toda la verdad mientras se golpeaba contra las puertas. “No sé por qué lo hice”, repetía una y otra vez. Me hizo jurar que no hablaría con nadie sobre eso. Lo vi peor que otras veces, corrí a llamar al médico, vino y le inyectó un calmante, pero no impidió que a la madrugada se pegara el tiro. Yo jamás había visto el arma, supe después que la había pedido como pago de un partido de póker. Augusto padecía lo mismo que Yosi, pero con una inclinación a dañar a los que amaba, que Yosi nunca tuvo. Su nobleza la llevó a perdonarlo, jamás lo juzgó por lo que le hizo. Antes de irse —agregó— cierre las ventanas y tráigame una manta del ropero, por favor, los recuerdos me dan frío.

Busqué la manta mientras Emilce se hamacaba en su sillón con los ojos entrecerrados. Al acercarme a ella, los abrió y me dijo:

-Hoy es un día triste para mí, muy triste. Clara quiere mandar a Yosi a estudiar a Buenos Aires. No vamos a poder llevarla a “La Blanqueada”.

—No se aflija —le contesté— Yosi va a ir a la Escuela Normal, va a pasar los fines de semana con usted y Augusto, en el campo, y va a conocer a alguien con quien va a ser muy feliz.

La tapé con la manta, le di un beso en la frente y me fui al ver que dormía con una sonrisa. Emilce murió tres meses después de Yosi, con las uñas pintadas, el pelo con un ligero tono lila y un cigarrillo a medio fumar.

Lucía y Josefina están dormidas, aprovecho sus horas de sueño para escribir la historia de esta familia que ya es la mía; la escribo sólo para nosotros y los que nos sigan. Lamento que Yosi no conociera a Josefina, tiene un año y medio y nos tiene absolutamente locos. Me acostumbré a compartir a Lucía con mi suegro, tienen muchos años en blanco que llenar. Tal vez debí aparecer unos años más tarde, pero está visto que no manejamos nuestros destinos. Lo acompaña en algunos viajes y se divierten juntos, los dos son alegres. Cuando Jorge vive en “La Blanqueada,” Lucía va y viene todo el tiempo, y cuando mi trabajo me lo permite, nos quedamos con él a pasar unos días. Poco después del juicio, conseguí empleo en el diario “El Argentino” de Chascomús y, si bien tiene su tendencia, a su director no se le ocurre “hacer polvo a nadie”, estoy conforme. Cada tanto llamo al Juez, le cuento de mi vida y él de la suya y, antes de colgar, le recuerdo que me pida lo que quiera, pero él repite que mi cuenta fue saldada.

No creo que pueda explicar lo que significó para mí ser testigo del amor de Jorge y Yosi. Eran, como lo había dicho Emilce en nuestro primer encuentro, una cosa compacta, indestructible, viajaban juntos en un planeta privado y aquella injusta y cruel separación les dejó una desesperación por no desperdiciar ni un segundo. Para cantar en los recitales, Jorge debía ver a Yosi a un costado del escenario, ella lo miraba todo el tiempo, pero tapándose los oídos porque no soportaba los gritos histéricos de las mujeres del público. Desde el día del reencuentro, Yosi no debió ser internada. Jorge insistía en que debía realizar controles médicos porque, si bien no tenía crisis, sus silencios aumentaban. En los viajes, muchas veces no recordaba en el lugar que estaba, pero su angustia desaparecía al instante, sólo le importaba saber que estaba con él. Jorge nos contó que el día de su muerte, poco antes de

subir al avión, Yosi le había dicho, preocupada, que no lograba recordar qué día era, ni siquiera el año. Ya en el avión, Jorge le avisó que la llevaría al médico, que, si debían internarla unos días, él se quedaría con ella todo el tiempo. Yosi pareció tranquilizarse en ese momento, lo abrazó muy fuerte y sólo le dijo: “Está bien así”. Luego se durmió y no despertó más.

Tal vez esté siendo un poco injusto al contar esta historia en la que Yosi se llevó tantas líneas, pero al mismo tiempo sé que me fue imposible evitarlo, sólo el que la haya conocido, al leer estas memorias logrará entender mi arbitrariedad. Siento que Jorge quedó algo desdibujado en estas páginas y no se lo merece, es de una nobleza increíble, jamás vi a un hombre amar a una mujer como él amó a Yosi. Conoció a Lucía ya conmigo a cuestas, podría haberme sentido como a un intruso inoportuno, sin embargo, me aceptó inmediatamente. Sólo me llamó aparte, una vez, y en muy buen tono me dijo: “No le hagas daño a Lucía, nunca la hagas sufrir, demasiado dolor hemos pasado ya”. Le juré que la adoraba y que no podría lastimarla de ningún modo y aquella conversación fue la base de una sólida amistad. Supe por su representante, porque él no habla de eso, que en cuanto empezó a ganar buen dinero como cantante, se hizo cargo de las carreras universitarias de sus hermanas y de todo lo que les hiciera falta. A su madre le compró un departamento en Buenos Aires y le envía, mensualmente, sumas considerables pero la señora sigue indiferente a su hijo y no se molesta en preguntar por su vida, sólo se digna a recibirlo, algo molesta, cuando la visita. Sé que él lo hace por sentido del deber, el amor de hijo lo recibe Agustina Álzaga que lo mimaba y lo atiende como si aún fuera el adolescente amigo de Facundo. Fue duro escuchar el relato de sus años en Caracas, de su dolor, de su obsesión por hacer dinero y gustar a las mujeres para demostrarse que valía algo. De su decepción al comprobar que el alcanzar su meta no lo aliviaba, que nada lograba borrar ese amor que él se empeñaba en transformar en rencor y no podía. Dice que lo salvaron sus amigos a los que seguramente Dios mandó para que lo apuntalaran en esos años, y que gracias a ellos no cometió alguna locura.

Todavía no se perdona la indiferencia ante su tío, dice que estaba tan apabullado por su propio dolor, que no fue capaz de pensar en el de los demás. Lucía trata de convencerlo de que fue una reacción humana comprensible a su edad, pero él insiste en no tener justificación.

Me gusta pensar que los muertos ven y oyen lo que pasa aquí. Le cuento a Emilce que veo a Dios al mirar a mi mujer y a mi hija; a Yosi que Josefina tiene su pelo, sus ojos, su mirada... Ella es muy chiquita y no le llama la atención que su abuelo se vista de jeans y zapatillas, que aún no cumplió los treinta y ocho y que sólo tiene cuatro años más que su papá. Cantan juntos sus canciones, Josefina muy desafinada en su idioma privado, pero Jorge está fascinado con el dúo que forman y nos llama para que los escuchemos. A veces duermen la siesta de la mano, bajo las casuarinas y cuando se despiertan él le cuenta cosas de Yosi: “Justo en este lugar me casé con tu abuela”, le dice siempre y Josefina le contesta cualquier cosa. Con Lucía los miramos y extrañamos a Yosi.

Facundo y su esposa tuvieron un varón hace cuatro años, se llama Federico y asegura querer casarse con Josefina. “Siempre y cuando seas mecánico”, le dice Jorge muy serio y el chico contesta que sí.

Clara se preocupa —ella siempre se preocupa por algo— al mirar a Josefina. Nuestra hija se parece cada día más a Yosi, no sólo de cara sino en sus actitudes. Cuando la llamamos, a veces nos contesta y otras sigue de largo como si nadie le hubiera hablado. Suele ir sola hacia el sendero de las casuarinas, se tira panza arriba, habla en su idioma y escucha, atenta, como si alguien le contestara. Toda ella es una réplica de la “señora de los silencios” como definió Lucía, cierta vez, a Yosi. Cuando Clara pretende hablar sobre eso, yo la detengo, le pido que no encasille a Josefina con palabras desagradables, le digo que ella es sólo diferente a los demás, y que por eso todos la amamos mucho, muchísimo más que lo normal.

Gracias por leer.

Si esta historia te gustó, compartila con alguien.

Este libro es gratuito, y la mejor manera de ayudar a que siga vivo es hacerlo llegar a otros lectores.

Mamá era una mujer diferente, y por eso todos la amamos mucho, muchísimo más que lo normal.

A ver hasta dónde llega el canto de las casuarinas.

*Malena*  
*(1 de sus 5)*